

ELVIRA NAVARRO

La trabajadora



ESPA
EBOOK

Esta novela, que confirma a Elvira Navarro como una de las voces más singulares de su generación, es quizá una de las pocas de la literatura española reciente que indaga en la patología mental sin desligarla del contexto social en el que se produce.

Elisa corrige libros para un gran grupo editorial que retrasa los pagos durante meses. La precariedad económica la obliga a compartir piso con una extraña mujer sin pasado. Un asfixiante silencio sobre lo que concierne al trabajo y a la vida de esta insólita inquilina lleva a Elisa a obsesionarse por saber quién es. Sus preguntas obtienen por toda respuesta una serie de ficciones con las que su compañera de piso sabotea cualquier posibilidad de que alguien la conozca, o al menos eso es lo que cree Elisa, que no concibe que la locura sea un lugar desde el que construirse voluntariamente.

En estas páginas la enfermedad acaba por aparecer como signo de normalidad. Tras su lectura surge la inevitable cuestión de si en un escenario como el actual, donde los proyectos comunes parecen haberse desvanecido, es posible vivir fuera de lo patológico y contar algo que no sea patología.



Elvira Navarro

La trabajadora

ePub r1.0

Titivillus 13.01.16

Título original: *La trabajadora*

Elvira Navarro, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espaebook.com

Reconozco el universo en cada rostro, sea hermoso o feo, sublime o grotesco, elevado o vulgar; no me hago ilusiones respecto a lo ridículo, lo cómico o lo anodino: a la distancia justa todo lo es. En cambio, para ti, que te pretendes realista intoxicado, detrás de la literatura solo hay literatura.

LUIS MAGRINYÀ

PRIMERA PARTE

FABIO

[Este relato recoge lo que Susana me contó sobre su locura. También anoto algunas de mis reacciones, en verdad no muchas. Huelga añadir que su narración fue más caótica.]

Acababa de regresar a Madrid, no existía Internet y tenía que recurrir a los periódicos. Mi deseo se cifraba en que alguien me lamiera el coño con la regla en un día de luna llena. Así por las buenas. Creo que el delirio se había escondido ahí, en esa pretensión al límite y al mismo tiempo diminuta, como tragarse un ciempiés aliñado en la ensalada. Al principio no pensaba en ello a no ser que tuviera delante un periódico con su sección de hombres y mujeres conspirando en tres líneas; entonces me entraba la neura, llamaba e iba de cualquier manera a la cita. Llevaba un calendario de mis reglas y les pedía que el siguiente encuentro fuera en luna llena y en mi casa. La mayoría me contestaba con un no nervioso, en absoluto porque les pareciera una desmesura, sino por haber lanzado yo la propuesta como si jugase a la ruleta rusa. También por mi rubicundez oronda y mi hablar deshilachado y unos ojos que lo decían todo en su naufragio vano y terrorífico. Sé cómo eran mis ojos, medía con la precisión vaporosa de mis cinco sentidos lo ridículo de mis gestos intoxicados, bobos, atentos por encima de mis posibilidades. Mi rostro se agitaba por corrientes convulsas, producía torsiones imprevistas. Todos me miraban con asco, pues además de ser fea y evidenciar mi locura, mi propuesta no me redimía. No vayas a pensar que me importaba. Sí cuidaba el escenario, y a tal fin recorrí todos los bares de Huertas que tuvieran un ambiente de cafetería, de manos abrazando tazas calientes a la luz de una tarde mortecina. Me gustaba contemplar la calle a través de un cristal que connotara el frío de fuera y la pátina de calor seco de dentro, ese calor arrebujado, de agua encima de los radiadores y humo de cuando fumábamos todos. Digo ambiente de cafetería porque no deseaba que fueran exactamente cafeterías. A las cafeterías iban las viejas a merendar, y sus miradas me pintaban culpable. Te estoy hablando de cuando las cafeterías rezumaban mujeres cardadas y de luto. Aquellas mujeres sesentonas no perdonaban el croasán plancha mojado en Nescafé de las seis, y yo quedaba con los anunciantes a las siete. Logré encontrar un bar de paredes verdes, ligeramente inhóspito, donde siempre había una mesa libre junto a la ventana. No reparaba en la edad de los hombres con los que me citaba, ni tampoco en el aspecto, siempre y cuando no lucieran manchas, uñas sin cortar y con los bordes negros o restos de ensaladilla entre los dientes. No solía ser el caso; a la primera cita acudían todos limpios. A la segunda, y dado mi requerimiento, algunos se descuidaban. Yo veía entonces cómo colgaba de sus cuerpos el pensamiento de Esta tía qué importa. Si pide eso es que no importa, pero aun así lo intentaban una vez más, puesto que algunas brevas siempre caen. Trataban de que los subiera a mi buhardilla diciendo que desde luego, oh, cómo no, las señoritas primero. Pero yo ya les había visto la cara. Los que se han perdido el respeto a sí mismos no tardan en perderselo a los demás. Para serte sincera, eran muy pocos los que se prestaban a una segunda cita. Únicamente los que llevaban tanto tiempo solos que arrastraban una higiene de macarrón en la solapa. Por eso te hablo de las manchas. La desesperación no solía ir tan lejos. Mi locura daba miedo, y los hombres se levantaban de la silla después de que yo desplegara mi calendario y señalara con una punta del dedo lívido la fase lunar como si evocara las mareas. Los delicados se esperaban a acabarse la cerveza para marcharse. Conseguir que alguien accediera a mi deseo llegó a ser tan importante para mí que, cuando me di

cuenta de que ningún hombre de los que no me asustaban estaba dispuesto a empezar por ahí, me pasé a las mujeres. Nunca me han gustado mucho porque son como besarme a mí misma, pero para lo que quería me valían igual, o tal vez un poco menos. Ellas tampoco se escandalizaban, si bien les parecía un primer plato descomunal. Me di cuenta de que responder al reclamo de alguien me hacía sentirme menos poderosa, por lo que empecé a poner mis propios anuncios. Para entonces ya me habían cambiado el risperdal por el litio: mi categoría pasó de esquizofrénica a bipolar. El litio tiene menos efectos secundarios y me dejaba atender a las conversaciones. Parte de mi energía se escurrió en anuncios semanales en todos los periódicos, dirigidos a hombres y a mujeres, pues a esas alturas estaba escaldada. Ahora pienso que lo que quería no era un trasunto de mi delirio, sino una mera obsesión que además me mantenía entretenida. Por aquel entonces no tenía nada que hacer. Digo nada y quiero decir NADA, abriendo así la boca [*Susana abrió la boca y se metió el puño entero*], y no sabes hasta qué punto deprime que lo real, o tu cabeza, sea un pedazo de vidrio roto, opaco, abandonado al borde de una acera. El objetivo me centraba. Me daba cierto aire de amazona y la ilusión de que llevaba en mi mano una brújula. Puse también un anuncio dirigido a gais: «Mujer heterosexual busca hombres homosexuales». Tras cinco meses estaba totalmente desanimada, pues no había conseguido que nadie me lamiera el coño con la regla en mi segunda cita en un día de luna llena. Ni siquiera había logrado que alguien me gustara. Las lesbianas que contestaban a mi anuncio eran de las que tenían pinta de lesbianas: pelicortas, anchas de espalda, brazos de campeonas de balonvolea. Nunca me había citado con tanta gente, pero tener mi objetivo me daba, como te he dicho, estabilidad. Ahora ni siquiera estoy segura de que mi afán tuviera que ver con el sexo, porque me pasaba la mayor parte del tiempo atontada. En mis citas, si la otra persona hablaba mucho y me obligaba a escucharla, me quedaba dormida. Cuando me despertaba ya no había nadie.

Un día de otoño apareció Fabio. Era mexicano, aunque nadie lo habría dicho dado su aspecto de irlandés. Yo tenía cierta paranoia con lo rubicundo. [*Hice un gesto vago, como el de una gacela thompson al acecho de la cámara en un documental. Estuve a punto de decir algo, pero.*] Un día mi psicoanalista me confirmó que estaba buscando a la niña que fui en todos los hombres de pelo rubio de los que me enamoraba. Hubo un segundo psicólogo, junguiano, que me soltó que en el fondo yo reverenciaba la raza aria. [*Miré al suelo; me parecían unas observaciones ridículas si Susana pretendía que la creyera, aunque por otro lado esa parte de mí que se asomaba con morbo y envidia a la libertad que ella se daba para construirse había emitido una lejana señal de regocijo. Estaba acostumbrada a su exageración, incluso a que mintiera, aunque no con tan escaso sentido de la medida. Que su fantasía se desparramara me hizo albergar esperanzas de separar con exactitud el grano de la paja, e incluso de que Susana me contase lo que yo ansiaba, importante solo por la codicia de la espera. Por otra parte, al estar yo medicada me hacía dudar, como si lo que escuchaba pudiera absorberse con naturalidad sin una química intercediendo en mis células.*] Fabio respondió a mi anuncio para homosexuales. Se presentó como un rastreador de lo que había detrás de esos anuncios. Sabía qué peticiones escondían, incluso cuando eran muy parcos. Lo descubría por el olfato. Se pasaba el día oliendo periódicos y revistas. Según él, había un olor originario que persistía. [*Quizá fue a partir de aquí cuando me quedé medio dormida durante unos segundos, como una alumna sentada en primera fila que cierra apenas los ojos porque su voluntad de que no la pille el profesor permanece en la duermevela. Tal vez recurro al sueño para excusar a*

Susana, o para disculparme yo. Enseguida comenzó a molestarme su desparpajo. Del entusiasmo pasé a sospechar que se aprovechaba del atontamiento en el que me sumían las pastillas. ¿O acaso no la entendí bien y todo se debía a que ella continuaba delirando porque los medicamentos no le habían hecho efecto? ¿Me había perdido algo esencial por haberme dormido durante unos instantes?] Para que me hiciera una idea de su facultad me preguntaba si no me había dado cuenta de que las palabras tenían un color. La esperanza, me decía, era azul. Un coche despeñado por un puente era blanco, y si bajo el puente había agua, esta era del color de las inundaciones en la antigua Indochina. Con el olor pasaba lo mismo: todo desprendía un aroma sutil que no se encontraba fuera, sino en nuestro cerebro. No es que él estuviera seguro de que las cosas respondieran a este modelo pero, me decía, no encontraba una manera mejor de explicarme lo de su nariz. Esto que te cuento ocurrió cuando no existían los móviles y las llamadas podían registrarse en esos contestadores automáticos con casetes. Me encantaba el pitido, mi voz grabada, que yo procuraba que fuera ronca y sensual, como en las películas, lo que resultó inútil. Ya ves lo que es mi voz: parece que me estoy limpiando las cuerdas vocales con un kleenex. Era martes, yo había salido a pasear mi angustia por los jardines de Sabatini, y al volver a mi cuchitril de la plaza Mayor me encontré el aparato henchido de parpadeante luz roja. Continuamente estaba así, pues mis anuncios salían a diario. A pesar de que los mensajes eran exasperantemente iguales, esta vez tuve un presentimiento al ver la lucecita titilar en la oscuridad, como el ojo del diablo, y corrí al contestador imitando a las heroínas de los telefilmes. Nunca me había sentido protagonista con la alegría invadiéndome. Fabio habló al final, después de cinco hombres de entre treinta y cincuenta años que me sonaron como si masticaran una bola de regaliz y dos mujeres veinteañeras con intereses escurridizos. Al igual que Fabio con su olfato, yo podía saberlo casi todo de una persona por la voz tras seis meses quedando con desconocidos a los que había oído antes en el contestador. Jamás descolgaba, sino que los dejaba susurrar sus anhelos y sus números de teléfono; luego los escuchaba con frecuencia compulsiva hasta que ya no estaba segura de mi intuición, que siempre decía no, Susana, ahí no vas a encontrar nada. Mi intuición era tan desoladoramente certera que tenía que machacarla. Esta vez le hice caso y quedé solo con la voz que balbucía Hueles a sangre. Acudí al bar asustada; en la tercera mesa de la izquierda, que siempre reservaba, estaba Fabio con su piel blanca, una piel que a la luz desvaída del local se veía grisácea.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

Era tan enano que creí sacarle un lustro o más. Si me hubiese dicho que estaba haciendo pellas en el colegio no se me habría desencajado la cara. Pero Fabio resopló y ahí me di cuenta de su edad: no hubo nada adolescente, ni siquiera postadolescente, en aquel gesto, que de todos modos acompañó de un documento identificativo donde ponía veintiséis años.

—Yo también tengo veintiséis.

—Lo dices en tu anuncio.

De repente se me había olvidado lo de la sangre. Se me había olvidado también por qué había quedado con una persona con ese aspecto, como si alguna vez les hubiera visto la facha a los demás. Fabio se parecía al señor Galindo, el enano de ese programa de la tele que nadie se perdía, *Crónicas marcianas*. [No pude evitar sonreír al imaginarme a Fabio, y en el gesto le concedí todo el crédito a Susana, aunque «crédito» no es la palabra más adecuada. Quiero decir que dejé de especular

sobre sus intenciones, tal vez porque su relato me desconcertaba y ya solo pensaba en él. Por otra parte, si la dejaba hablar, no tenía sentido seguir a la defensiva. Está bien, me dije, observa hacia dónde quiere ir. Y si no, pues córtala. Pero, ah, yo no iba a atreverme a eso.] El caso es que durante largos segundos no entendí nada; me limité a sentarme frente a Fabio y a dejar que el litio desplegara sus efectos secundarios, que son como los virus y las bacterias: te invaden cuando tus defensas están bajas. La visión se me tornó borrosa, empecé a tener palpitaciones, me entraron ganas de hacer pis y por mis sienes caracoleó un sudor ingrato. Cuando lo toqué, advertí que ese sudor era viscoso, aunque lo más probable es que tuviese el tacto alterado.

—Disculpa, tengo que pasar al baño.

Apenas pude orinar unas gotitas. Me eché agua por la cara, pensé en meterme unos cuantos ansiolíticos y lo descarté porque no era seguro que fueran a contrarrestar el litio, y cuando salí de allí estaba tan blanca como Fabio. También estaba en cierto modo igual de pequeña a pesar de mi metro ochenta. Supe que me tenía en sus manos.

—Mi madre no me dejó crecer —me dijo.

Yo no estaba para adivinanzas ni metáforas; le contesté con un simple:

—¿Qué?

—Que no llego al metro y medio porque mi madre no quería que me hiciera adulto.

—Pero eres adulto.

—Ya has visto mi documentación.

—Sí —le dije.

No me lo acababa de creer. Fabio tenía los huesos largos a pesar de su enanismo, lo que le hacía, desde el primer golpe de vista, contradictorio. Se trataba de un efecto similar al producido por las figuras de cristal pequeñas y estilizadas, que siempre parecen más grandes. Aunque no me gusta sacarle tres cabezas a un hombre, me senté frente a él siendo de nuevo consciente de mi estatura, tanto que pedí un whisky on the rocks para evadirme de mis proporciones. Él optó por un descafeinado de sobre.

—¿Y?

Lo dije por decir, porque, como te acabo de contar, no recordaba mi objetivo. Solo sabía que estaba allí por algo distinto a lo que me había llevado a conocer a casi un centenar de personas en los últimos meses.

—Sé que quieres que te lama el coño durante la regla, y a ser posible cuando más sangras, que es con la luna llena.

Aquí debo decir lo de: Lo observé atónita. Me dejé resbalar por el whisky, sin miedo a que se me olvidaran las cosas porque sabía que Fabio iba a recordármelas. Aquella tarde hablamos de su vida, de la mía y, a causa de vericuetos difícilmente reproducibles de la conversación, de la repugnancia que nos producía el anuncio del turrón El Almendro. *[Recordé el anuncio, lo recordé instalada en la tibieza de un sofá verde cuyo tacto daba grima, los pies como una figura de goma en torno a un brasero eléctrico y el olor dulzón de los postres: turrón, naranjas, bombones rellenos de cerezas al brandy. En la pantalla del televisor aparecía primero, o eso creo, el perfil de un pueblo del que emanaba la luz de la Navidad. La luz de la Navidad era caleidoscópica, podía deshacerse en imágenes fugaces que sin embargo anidaban en la percepción por estar de sobra connotadas: la*

*madera apilada en cocheras, junto a puertas falsas o frente al corral de las gallinas; el humo reconfortante que esparcían las chimeneas y que acunaba a los dioses del hogar; la nieve cayendo con la oportunidad de una bola de cristal de las que se agitan, cuyos copos siempre componen bellezas pequeñas y manejables para ponerlas sobre una coqueta. El hijo irrumpía en un salón que guardaba las proporciones de un imaginario kitsch, pues aquel pueblo cuya silueta hacía pensar en Extremadura o Cádiz no tenía mesas camilla ni paredes encaladas, sino unos ventanales de chalet de La Moraleja, un abeto alpino, una chimenea de película americana. Luego salía a escena la madre con sus cabellos espesos de laca y su vestido abotonado y aires de misa, toca y caché cañí. No sé cuántos años duró ese anuncio, o tal vez es que se hacían versiones cada año; no veía la tele desde que entré en la universidad. Por culpa del anuncio, cuando llegaba a mi pueblo andaluz para celebrar la Nochebuena siempre me daba la impresión de que faltaba algo que no estaba demasiado lejos, algo que los mayores deberían haber hecho. Me parecía legítimo mostrar cierta desilusión.] ¿Era El Almendro o El Lobo? Ahora los confundo. Hace una eternidad que no veo la tele. Fabio me dijo que, desde que murió su padre, jamás volvía a su casa por Navidad. Llevaba siete años en España, su madre vivía en Santander, y prefería dejarse la pasta en algún viaje por alguna latitud donde no hubiera rastro alguno de la Navidad. En los ochenta viajar no era *low cost*. Me insistió mucho en que se gastaba una fortuna en irse lejos. Y no había conseguido la nacionalidad. Tenía, eso sí, un buen trabajo gracias a su olfato. Estaba contratado por el CNI para oler a asesinos y terroristas en cartas y otro tipo de documentos. La revolución informática había comenzado y eso lo alarmaba: su olfato no funcionaba con las pantallas. También le pagaban por dejarse investigar en el CSIC, donde se lo repartían dos centros de neurociencia. Asimismo, experimentaban con él los del Grupo Hepza, dedicado a los fenómenos paranormales. [Escuchado desde mi nube: consistencia de los sueños, pero juraría que no soñaba. Creo que no he aclarado que era la mezcla del antidepresivo y el ansiolítico lo que me llevaba a dormirme. La historia de Susana era lo suficientemente estafalaria para mantenerme alerta, aunque por momentos me vencía el cansancio. Estoy segura de que eso no enturbió mi escucha, de que incluso en la duermevela las palabras de Susana se aferraron a mi memoria, pues guardo un recuerdo claro, sin apenas fisuras. Me motivaban mi enfado y mi confusión, lo que quise haber inquirido y permaneció en la penumbra; no cerré los ojos más de tres veces, y mi apagón duró segundos. Susana no se dio cuenta.] Ahora lo tenía frente a mí porque estaba dispuesto a hacer lo que yo quería. Se trataba, añadió, de una de sus prácticas sexuales favoritas, imposible además de practicar con hombres. Volvió a decirme que él era homosexual.*

—Solo te pongo un requisito: quiero un espejo al lado.

Como te dije, yo vivía en una buhardilla de la plaza Mayor. Ahora pienso que las condiciones en las que habitaba mi buhardilla preconizaban lo que iba a pasar veinte años después con las viviendas. Mi renuncia a un espacio más amplio y cómodo se debía a mi fobia con el dinero. Era una de las fobias que me habían dado después del brote psicótico: jamás encontraría un trabajo con el que subsistir. Y aunque todavía contaba con mi herencia, pensaba que se me iba a acabar cualquier día, números rojos mientras me calzaba las alpargatas y me tomaba el litio, razón por la cual alquilé una buhardilla por la que solo podía andar de pie hasta su mitad. Mi buhardilla tenía el váter y la ducha a la vista. El dueño me dijo que si quería ponerle tabiques me subía el alquiler, que era

ridículo, sobre todo en comparación con lo que pagamos ahora. Me podría haber alquilado una casa de cinco habitaciones en el barrio de Salamanca por el precio de mi habitación en tu piso [*Aparté la vista*], pero estaba aterrada y acepté vivir así, sin poder ir al baño cada vez que tenía visita. También podría haberme comprado un piso, o incluso un edificio ruinoso. Quiero que comprendas que yo no era razonable con el dinero. Además, comprar un edificio ruinoso me habría obligado a trabajar, lo que a su vez me habría hecho no estar tan pendiente de quienes respondían a mi anuncio. Y aquella actividad era fundamental. Se la oculté a mi psiquiatra y a mi psicoterapeuta. Temía que me censuraran. [*Pensé en mi recién estrenado psiquiatra, y en que la gente tiene la creencia de que no sirven para nada pero que al mismo tiempo son adivinos por poder interpretar gestos, vacilaciones, omisiones, actos fallidos.*] Durante un año y medio fui incapaz de romper mi rutina de medicación y de anuncios para buscar empleo o meterme en la universidad, que fue lo que hice cuando me encontré bien. El caso es que Fabio aterrizó en mi buhardilla un sábado de luna llena, en el segundo día de mi ciclo, y cuando yo estaba echada sobre el suelo y él a punto de llegar al néctar, cerré las piernas. De repente vi claro que aquello no era a cambio de nada, y que no se trataba de una práctica sexual que le gustara. Al cerrar las piernas le golpeé sin querer la mandíbula. Fabio gritó de dolor. Tras calmarse, me contó que tenía un problema de huesos que le había afectado al maxilar. Se quedó un tiempo inmóvil, desnudo y diminuto, en una esquina del colchón. Se había puesto mi albornoz porque hacía frío, y en lugar de que me lamiera, follamos. Tuve un orgasmo tan intenso que me mareé. Lo hicimos muchas veces más en los meses que siguieron, y eso que él era gay y en teoría las mujeres no le gustaban, al igual que a mí tampoco me gustaban los hombres tan esmirriados. Era digno de admirar el hecho de que, si bien mi libido se arrastraba penosa y olvidada debido a la medicación, cuando Fabio me tocaba parecía que las yemas de sus dedos contuvieran una pócima, y eso fue así todo el tiempo que duró nuestra relación. Al terminar, se asomaba a la ventana, como queriendo escapar, y yo volvía a no sentir nada, lo que me llevaba a interrogarme sobre la naturaleza de mi deseo. Si el recuerdo que guardaba del sexo con él no hacía que mi deseo reflatara, ¿qué es lo que me impulsaba a abrirle la puerta a las siete de la tarde? ¿Por qué había dejado de dar mi paseo diario y oscuro por los jardines de Sabatini, que tanto bien me hacía? El verano antes de conocer a Fabio las autoridades decidieron no cambiar la hora, y las tardes estivales habían sido cortas. Eso explicaba que, a pesar del calor, la gente siguiera durmiendo con la colcha, y que en la oscuridad arbórea de los jardines de palacio brillaran por la tarde las hebillas de las chupas, pues era la época de los cueros y de los grandes cinturones. Desde luego, se trataba de un fenómeno bien curioso, pero mi vida ya era lo suficientemente estrambótica, y yo encontraba consuelo en saber que la capital de España se comportaba, en pleno agosto, como si sufriese una primavera lluviosa. Al igual que para ti ahora [*Miré de nuevo al suelo; fui consciente de hasta qué punto Susana había permanecido atenta a mis costumbres, y me sentí como si hubiera comenzado a desabrocharme la camisa*], algo en mis nervios me impelía a moverme, sobre todo durante la noche, y ese movimiento no solo era una necesidad de los músculos tensos, sino que el día cercado por las paredes de mi buhardilla y las de mi cabeza buscaba la amplitud de los espacios abiertos. Bajaba por Arenal hasta Ópera, y desde ahí llegaba al Palacio Real, donde dejaba que mi vista se recreara en luces tan lejanas y frágiles que parecían farolillos. Más allá de paseo de Extremadura y Carabanchel las urbanizaciones eran aún edificios tímidos y las carreteras no estaban tan iluminadas como ahora. Si me concentraba lo

suficiente durante las noches cerradas perdía el sentido de la lejanía. Las luces de Somosaguas se tornaban en farolas repartidas en cerros, al igual que los ranchos de Caracas. ¿Conoces Caracas? Me daba una tranquilidad mustia, como si me hubiesen envasado en un vacío aburrido y acogedor, imaginarme que estaba en otro lugar, o bien pensar en los trayectos de mi infancia en el coche, con mis padres y mis hermanos. *[Era la primera vez que Susana nombraba a sus padres y a sus hermanos; procuré poner cara de no haberme enterado, tarea inútil.]* Luego bajaba a los jardines de Sabatini y me aplicaba en recorrer con las manos la turgencia de los bojés, las espinas de los rosales sin rosas, la tierra negra y seca y también, si tenía el día atrevido, los cabellos y los fútiles chándales de manga larga de los paseantes. Yo llevaba una cazadora de charol rojo y notaba el sudor derramándose por mi espalda. Recuerdo que los escasos bebés que las madres amamantaban iban envueltos en tocas. Algunos días había conciertos y podían escucharse balalaikas, diyiridús, grupos de la movida; entonces me paseaba entre la gente y la música con cierta añoranza del sonido de los grillos y las chicharras, y sobre todo del silencio, pues eso también era fundamental para llegar a mi casa con sensación de espacio: el campo sonoro. Solo podía sentirlo amplio si había una buena cantidad de silencio emanando extrañamente de los arriates, con los lepidópteros desplazándose con sigilo para no enturbiar los sueños de las hormigas reinas. Sostengo que mucho ruido, muchas voces, dan la impresión de risas enlatadas, que por algo se llaman enlatadas en lugar de, por ejemplo, almacenadas. Me sentaba junto al estanque artificial, del que subía una humedad tímida pero decisiva para evocar las grandes lagunas, y miraba las estatuas, que aún hoy no sé a quiénes representan, pero que en cualquier caso ejercen de guardianes de la noche, de hacedores de aquellos laberintos de bojés por los que era imposible perderse. Ni siquiera los niños podían despistarse entre las paredes vegetales. No sé si todo sigue como lo recuerdo; ignoro si los parques cambian. No me he educado en la contemplación de almendros y araucarias.

Durante el día no pensaba en Fabio. Seguía con mi ritmo de poner anuncios en todos los periódicos y de estar atenta a las llamadas, a las voces que quedaban registradas en la cinta diminuta del contestador y que empecé a guardar, pues algo tenía que hacer con esas voces si no iba a citarme con ellas. Qué menos que escucharlas tres veces al día y saborear las posibilidades que encerraban. Darle al *play* era además una forma de precaverme, ya que al principio no creía demasiado en Fabio. Por otra parte, ¿qué más podía hacer con ese letargo de la medicación y de haberme pasado quince días delirando en un psiquiátrico y seis meses quedando con extraños para conseguir que me lamieran el coño con la regla? Conforme avanzaban las semanas y la mansedumbre amorosa del pequeño saltamontes se afianzaba, las voces comenzaron a sonarme de manera distinta y mucho más atractiva. Empezaba a atarme a ellas no por mera curiosidad, ni por miedo a no tener qué hacer durante las largas mañanas, sino porque de repente no podía prescindir de lo que sugerían, de la promesa de los cuerpos perfectos, de ese timbre que parecía pertenecer a la persona indicada para comprenderme, amarme y sentirse amada por mí de la manera que siempre había imaginado, que ahora nunca se materializaría porque a las siete de la tarde venía Fabio, es decir, justo a la hora de mis citas en el bar de Huertas. No le debía nada, eso me repetía a mí misma, pero no me movía de allí. A veces lo esperaba en albornoz, recién salida de la ducha. No se me ocurría darme jabón, pues no me gusta el sexo inodoro, y a Fabio tampoco le gustaba. Él no faltaba a su cita, y aunque jamás me dijo nada cariñoso e incluso me hablaba de los hombres con los que se acostaba, la tristeza lo

envolvía, y yo sé que sus miradas eran nostálgicas, que anticipaban la pérdida, que a ratos eso le producía dolor. Si bien yo no sentía gran cosa por él, apreciaba sus visitas diarias y la práctica regular de sexo, que era algo que hacía tiempo que no tenía. Durante los últimos años siempre había follado en cuartos de baño por miedo a que quienes se habían fijado en mí se aparearan arrepentidos del taxi que nos llevaba de la discoteca a casa. El sexo regular conseguía que no me obsesionara con el sexo, y era una pena que no se me ocurriera nada especial que hacer. Podría haberme entregado a cualquier tarea sin distracciones. También era cierto que la impresión de no amarle me mantenía enganchada a las voces, y que antes de Fabio yo teorizaba menos sobre las parejas. Pero me había entrado la duda. ¿Por qué no pensaba en mi amante? ¿Por qué el desapego? ¿Era el desapego bueno o malo? Tal vez no estaba muy segura de lo que sentía debido a que la medicación me bloqueaba la entrega a sentimientos fuertes. A veces intentaba hablarlo con Fabio, pero él huía de ponerle palabras a lo que pensaba que iba a herirle. Creo que tenía una fe ciega en los hechos y en la costumbre, que confiaba en salir vencedor por ahí, a base de no fallarme ni un solo día. También estaba al tanto de las películas que me gustaban, que por aquel entonces eran, al igual que ahora, casi todas, y a menudo traía cintas de vídeo. Las veíamos en la cama. A veces le obligaba a salir conmigo a los jardines, y entonces se sentía más pequeño aún y no soltaba una sola palabra. Le acomplexaba tanto que yo le sacara tres cabezas que se bloqueaba, y parecía que jamás hubiese pisado un parque. Una vez lo llevé a un restaurante y se quedó encogido, sin parar de olisquear la carta porque era lo único que le daba seguridad: saber decirme cómo se encontraba el cocinero asturiano cuando escribió el menú. Yo le instaba a que me contara sobre su trabajo. Imaginaba interesante ir a la caza de asesinos y terroristas; sin embargo, Fabio tenía una manera muy aburrida de relatar. El tono de su voz era como el eco de una vasija, y todo el rato construía analogías interminables destinadas a que yo entendiera bien, hasta un fondo que nunca tocábamos, lo crucial de ciertas investigaciones. Se enredaba en complicadas estrategias de Estado que me refería pormenorizadamente hasta que se percataba de mi tedio. Entonces se sentía dolido. Me daba pena, y le ofrecía pasar la noche en mi buhardilla, aunque ya no jugaba limpio, pues me movía la culpa y, para decirlo todo, algunas noches yo lo que quería era leer, y no follar ni dormir con nadie.

Fabio me decía que pensaba a menudo en cómo un cuerpo gurrumino gozaba de capacidades portentosas, y que concluía con rabia que el mayor poder residía siempre en la paradoja. Podía hacer uso de la inmediata excitación que su tacto producía en los otros para acostarse con quien le diera la gana, pero le resultaba tan fácil que no tenía gracia, y prefería exponerse, tal como había hecho conmigo. Yo no le decía que ahí había jugado con ventaja, puesto que se ofreció a hacer lo que nadie quería. Cuando pienso ahora en Fabio sé que es la persona que más me ha amado tal cual yo era, con toda mi gordura de entonces, que él sabía disfrutar; con mi culo de estufa y mis piernas de mesa camilla y toda la aspereza de mi carácter, que supongo que la medicación dulcificaba, aunque nunca hasta el punto de no devolverle, en cada uno de mis gestos y de mis pecas y de mi piel blanca y en los hilitos de baba que asomaban en la comisura de mis labios, un mientras tanto que era más desesperanzado que el mientras tanto de cualquiera, pues yo no tenía esperanza de que ocurriera nada mejor de lo que me estaba pasando, y lo que me estaba pasando ni siquiera lo quería. Tan solo barajaba ese tipo de esperanza a lo grande al escuchar las voces en el contestador, pero como ya te he dicho no albergaba una expectativa real de que eso pudiera sucederme a mí. No digo esto para dar

pena, sino para señalar las contradicciones de mi historia.

Enseguida establecimos una rutina. Lo primero siempre era irnos a la cama; luego yo preparaba la cena en una cocina americana incómoda, razón por la cual optaba por las ensaladas y las salchichas de Frankfurt frías. Nos comíamos las salchichas con las manos; a veces me asaltaban los remordimientos ante toda esa grasa cotidiana y las compraba de soja. Fabio no se daba cuenta del cambio, lo que me resultaba llamativo dado lo portentoso de su olfato. Tal vez no quería decirme nada. Se quedaba sobre la cama, que era un colchón en el suelo, mirando revistas y en el fondo espiándome, grabando en su retina mi torpeza. Quizá lo que Fabio veía era seco y preciso como una estampa vieja: mis manos abriendo una lata de atún, con el aceite de girasol brillante y dorado en mis yemas, que yo lamía consciente de la inutilidad del gesto, pues tras el aceite de la lata venía el de oliva, bien guardado en una aceitera sobre la que parecía haber una capa de crema. Siempre he sabido con exactitud lo que hay en mis cocinas. No soporto que estén desordenadas, como bien sabes. *[Lo sabía, sí, pero yo ya había introducido el desorden en nuestra cocina y ellanose había dado cuenta.]* No quiero desviarme: decía que Fabio miraba mi espalda encorvada, mis glúteos apretados, convertidos en proyectiles, que ahora se alían conmigo pero que por aquel entonces eran excesivos. Espiaba de reojo todas mis posturas, de la misma manera que yo estaba atenta a que su indolencia fuera simulada, pues de otro modo me habría sentido herida. Nos observábamos demasiado, les dábamos excesiva importancia a las reacciones del otro. Para remediarlo, él trataba de concentrarse en asuntos que nada tenían que ver conmigo. Se enchufaba por ejemplo los cascos y escuchaba la liga de fútbol. Se oía muy bajito al locutor gritar gol; yo tarareaba contra aquella monotonía. Había días en que, tras el sexo, no volvíamos a mirarnos, aunque ello no parecía repercutir en la atención que disimuladamente nos prestábamos.

Un día dejé de disimular. Para serte sincera, no estoy muy segura de haberme formulado ese propósito. Había sido rigurosa con nuestra intimidad durante unos meses, y al llegar mayo todo me inquietaba. ¿Y si quienes llamaban a partir de las siete no volvían a intentarlo por la mañana? A esa hora solía desconectar el teléfono para que mis encuentros no se vieran perturbados por el timbre, que sonaba con una insistencia atractiva y exasperante; la relativa novedad de mis citas con Fabio había hecho que no me importara desatender las llamadas. Al cabo de ese tiempo, y conforme aumentaba mi creencia en que me estaba perdiendo algo, en lugar de retirar el cable lo que hice fue quitarle el volumen al teléfono y al contestador. Así quedaban registradas todas las voces. Esta medida significaba una interrupción mínima, la de la tecla de *record* activándose ella sola y la de la cinta pasando con su sonido *poltergeist*, de una forma similar al crujido de las viejas vigas de madera y el parquet revenido cuando permanecíamos acostados. ¿Te he dicho ya que mi cama era un colchón en el suelo? No había espacio para otra cosa. Estábamos muy cerca del contestador, de la tecla de *record* saltarina, del ojo rojo que pestañeaba pletórico de mensajes y que acabé cubriendo con un paño negro de limpiar el polvo. Para disimular mejor había empezado a poner música, una música que se mezclaba con las voces de los turistas que iban a la chocolatería San Ginés a comer churros. Jamás comentábamos el hecho de que yo continuara publicando mis anuncios con aquella petición estrambótica que había sido satisfecha de sobra por Fabio en noches de luna llena y sin ella. A veces me imaginaba con tristeza a Fabio, quien de lunes a domingo tenía que revisar todos los periódicos, topándose con mi anuncio, con mis palabras monótonas e hirientes, y podía verle el

rostro descompuesto tras figurarse una rutina durante las mañanas como la que tenía con él por las tardes y las noches, con otro hombre, con muchos, tal vez con una mujer. Quién sabe si pensaba que acudía al bar de Huertas sola, sin quedar con nadie, pues a menudo le contaba que echaba en falta aquel menester no por los encuentros, sino por el vacío entre uno y otro. Lo que había explorado durante ese tiempo era el hueco, simple y al mismo tiempo misterioso, que me proyectaba sobre el futuro, ese «espectro del pensamiento». Su nariz debía de indicarle que yo no me encontraba con nadie. Sin embargo, solo podía sospecharlo, pues el olor no es más que un indicio. Y Fabio era en el fondo celoso, así que cualquier precisión resultaba inútil.

Al llegar mayo y asomar la pezuña el estallido de calor, un estallido para el que no hubo el consuelo de las noches, comenzó una inquietud indefinible y decisiva. El aparato me requería. La luz, que parpadeaba con un furor nuevo, contenía un mensaje que yo debía escuchar en ese preciso momento. Una noche Fabio, que solía adivinarme, subió el volumen del contestador y pudimos escuchar la voz de un viejo, una voz decepcionante que decía: Bonita, cuánto cuesta que quedes conmigo, te invito a lo que tú quieras, mi teléfono es el 3334119. Me relajé ipso facto y bajé el volumen. Ya no volví a pensar durante aquella noche en las posibilidades telefónicas; también estuve tranquila la siguiente, pero a la tercera fui yo quien subió el volumen, y a la cuarta y a la quinta. A la sexta ni siquiera respeté nuestro coito diario, lo que produjo que, cuando llamaron por segunda vez y se oyó a una mujer, Fabio se desempalmara. No podía enfadarme y sin embargo me enfadé. O más bien: advertí la potencialidad de mis enfados para hacer lo que realmente quería: permanecer atenta al teléfono sin tener mala conciencia delante de Fabio. Además hay un tercer asunto sobre el que no te he hablado. Me había acostumbrado a que el contestador se activara de madrugada y mis sueños fueran interrumpidos por voces. Aunque muchas horas cercada por la oscuridad y la máquina de grabar con sus teclas tensas me recordaban a la habitación colombiana donde se habían gestado mis alucinaciones, lo cierto es que durante la madrugada no recibía más de dos o tres llamadas, normalmente de borrachos; sus timbres acuosos y deslenguados me asustaban, pero nunca lo suficiente como para renunciar a oírlos. Gracias a sus voces tenía la impresión de que quienes se colaban en mi buhardilla a través del aparato eran fantasmas. Lo percibía así porque los escuchaba medio dormida. Me sentía recorrida por alientos fríos; a pesar de ello, no quería descartar la posibilidad de asomarme a ese más allá. Pensaba que había dejado de creer para siempre en los espíritus, pero ahí estaba la sensación, a veces nítida, de un fantasma saliendo del contestador. En mi duermevela, me parecía entender la potencia y lo irremediable de las conversiones, y también de los milagros. La lógica de: Lázaro, levántate y anda. Cuando Fabio se quedaba a dormir, y al llegar junio comenzó a quedarse más a menudo, no tenía a qué agarrarme para justificar que nos despertaran tres o cuatro veces todas las noches. Como te decía, a esas horas casi siempre eran hombres los que manifestaban su interés por mis palabras, similares a un puñado de legumbres encogidas. Había quienes llamaban y colgaban tras toparse con el contestador. Siempre he pensado que luego volvían a llamar, pues después del corte en la comunicación pasaba apenas un tiempo vacilante hasta el nuevo ring ring ring.

Él no decía nada, y yo pensé que en su silencio se gestaba la venganza. Si al principio se mostraba meditabundo y ya no podía hacer el amor, llegó un momento en el que se quedaba tan ancho al escuchar a jóvenes y a viejos pronunciar el nombre falso con el que yo me anunciaba, Katia,

apelativo que sonaba a ruso o a polaco, como si yo fuera una rubia lánguida con boina y cara de estar sumergida en un drama de esos en los que la chica guapa no puede con el peso de su ser. *[Me pareció antiguo; en «Katia» yo veía a las rusas y a las polacas queteatienden en un área de servicio.]* Antes de Fabio me había enfrentado diariamente a mi inverosímil aspecto de Katia, un espejo dudoso que se resquebrajaba cada vez que repetían mi nombre: Susana, Susana, Susana. Decía que Fabio acabó escuchando a aquellos viejos y a aquellos jóvenes y a aquellas mujeres como si fueran moscas sobre el hule en una sobremesa estival. Levantaba la cabeza, constatando una existencia leve, y luego seguía con lo que tuviera entre manos, normalmente a mí, o las revistas que se llevaba para matar un tiempo extrañamente vivo. Yo era incapaz de precisar qué había cambiado en su manera de mirarme. Resultaba además inútil tratar de hacerlo participar en algo que quebrara nuestra monotonía en la buhardilla. Sin embargo, sus pómulos se habían vuelto más duros y en su mirada había una impenetrabilidad nueva. El juicio parecía brillar en un iris entre verde y anaranjado que me hacía añorar una canción sobre un gnomo sonriente. No recordaba de quién era, pero sí la letra. *[Creo que se refería a una canción de David Bowie que yo también escuchaba y que no recuerdo qué decía.]* El gnomo le hacía lanzar vítores y carcajadas al amigo humano al que siempre acompañaba. Aunque yo a Fabio no me lo podía meter en el bolsillo, estaba ahí como el bufón de mi corte, entreteniéndome de una forma que la medicación me impedía valorar. Era esa baldosa rota y modernista del piso viejo para la que no encuentras recambio, con la que te tropiezas cuando la leche rebosa de la taza. Un día vas descalza y ya no es el caldo blanco atravesando el aire para aterrizar en el dedo gordo, sino que te rajas el pie y no puedes caminar. Yo no podía caminar. Me pasó al llegar julio. Habían respetado el cambio de horario, los días eran otra vez largos y daba gusto llegarse a la Almudena y contemplar cómo caía la tarde con esos filos de nubes fugaces sobre la Casa de Campo, el paseo de Extremadura y Somosaguas. El cielo se aproximaba; parecía querer contarle algo a los pedazos de urbanizaciones que asomaban sus cuerpecitos histéricos de ladrillo entre la maleza y la lejanía. Tener a Fabio al lado sin demostrar la menor emoción me estropeaba el éxtasis. Un día le dije que por favor a partir de ese momento llegara más tarde. Qué tal a las diez. De nuevo quedé libre para mis encuentros en el bar de Huertas, pero los primeros días no me cité con nadie. No me atreví a hacer ese gesto inaugural, sino que me fui al puente del Viaducto y desde ahí miré los colores de la atardecida, con esos murciélagos batiendo sus alas en torno a las farolas. Así estuve todo el mes de julio. Todavía no habían puesto las mamparas antisuicidas, y la gente se tiraba. A pesar del tráfico, sentía muy cerca de mis orejas cómo reventaban los órganos del muerto, con ese ruido de haberse roto la tapa del yogur. Los hilos de sangre se deslizaban por la calle de Segovia; parecían raspaduras líquidas. La extraña disposición de miembros en zigzag permitía hipótesis sobre el número de huesos rotos, así como el estático baile del cuerpo cuya mitad era ya una plasta, cocina fusión de tejidos y asfalto, un asco. A veces se veía el cráneo abierto, el ramillete de sesos, las mollejas del cuello lustroso. *[Aquí fruncí el entrecejo. Desde hacía un rato me asaltaba la misma objeción del principio: ¿por qué exagerar algo que yo podía comprobar?, ¿y por qué yo no aceptaba que hiciera lo que le diera la gana con el relato de su vida, que se inventara como mejor le pareciera?]* Cuando llegó agosto y parecía no haber nadie en la ciudad, porque antes la gente se iba de vacaciones en masa y podía oírse cómo caía una hoja a tres calles de distancia, me harté de ver a los suicidas. Quedé con una de las voces, la más atractiva, pues tras Fabio me había vuelto

exigente. No me bastaba cualquiera. Ni siquiera necesitaba que cumplieran mi petición. Llegué al bar, cuyas paredes ya no estaban pintadas de verde, sino de azul salvaje. En la mesa de siempre esperaba leyendo el periódico un hombre canoso con aspecto de cincuentón. Yo acababa de cumplir veintisiete, y aunque nunca me importó la edad, lo juzgué demasiado mayor. El tamaño de su cuerpo debía tornarlo más deseable que Fabio, pero no fue así. Me senté; algo había cambiado, no estaba tan atontada por la medicación. Mi metabolismo, acostumbrado a la química, hacía de mí alguien que, tras meses en un glaciario durmiendo al raso, lograba construir un iglú. La mesa era la nieve sobre la que ahora me deslizaba con la elegancia de una liebre. Apoyé los codos, le dediqué al hombre un gesto coqueto; seguía siendo tan fea como siempre, aunque supongo que mi cara ya no era la sombra de procesos mentales caóticos, pues él me miraba con cierto placer, sin asomo del desconcierto con el que me observaban antes.

—Me alegra conocerte —me dijo.

—Me llamo Susana, no Katia —le respondí.

—Todas las chicas mentís con los nombres. Yo soy Paco.

Nos dimos la mano con tal diligencia que parecíamos a punto de comenzar una reunión de trabajo.

—Me gusta ese nombre.

—A mí también me gusta el tuyo. Más que Katia, que me hizo dudar de que fuera una agencia encubierta.

—No soy ninguna agencia.

—Ya. ¿En qué trabajas?

—Ahora mismo en nada. Estoy de año sabático.

—Qué bueno. Yo soy auxiliar de clínica. ¿Llevas mucho tiempo con esto de las citas?

—Un año, aunque de manera intermitente. Siempre tengo los anuncios puestos. ¿Y tú?

—Yo hace solo dos semanas que me dedico a llamar. En tu anuncio no especificas qué buscas.

—No sé muy bien lo que busco.

—Eso suena a que no nos vamos a ver otro día.

—Es probable —le contesté—. Tengo novio.

—¿Y le pones a menudo los cuernos?

—Nunca se los he puesto. ¿Qué buscas tú?

—Quiero una relación estable. Pero si surge una aventura no desaprovecho la oportunidad.

—Me parece bien que no seas un sentimental. ¿Dónde trabajas?

—En la Fundación Jiménez Díaz. Estoy divorciado y tengo tres hijos. Mantengo una buena relación con mi ex mujer.

—Estupendo —le respondí.

Me dieron ganas de sincerarme. Al fin, dije:

—Yo en realidad no estoy segura de tener novio.

Noté un globo recién desatado y subiendo por efecto de la presión del aire. Paco me lanzó una mirada codiciosa, y entonces maticé:

—Quiero decir que llevo unos meses con alguien, pero que todavía no he decidido si quiero que sea mi pareja.

¿No te ha ocurrido que ponerle nombre a lo que te está sucediendo es traicionarlo y que, cuando pasan los años, puedes hablar del pasado como si estuviera contenido en una lata de conservas que especificara sus ingredientes? Pensé que cierta dignidad que debía ser mantenida por respeto a los hechos exigía que me levantara de una forma educada de la silla y que despidiera al tal Paco. Si lo hacía deprisa, sería como si las palabras dejaran de tener efecto. Paco habría sido una alucinación. Sin embargo, me quedé esperando a que aquel individuo me preguntara más cosas para poder seguir manipulando la historia. Quería que me salvara de la culpabilidad. No me salvó de nada. Paco era un hombre práctico, y me dijo:

—Hablar sobre un problema recorriendo todos sus enfoques nunca lo ha solucionado. Hagas lo que hagas, decide sentirte bien.

La autoayuda aún no estaba de moda, y a mí me sonó a cura desdiciéndose. Antes de seguir con lo de Paco quiero que apuntes una frase. ¿Tienes un papel? Apúntala. *[Guardaba papel y boli en un cajón del chifonier, aunque preferí sacar mi móvil y pelearme con la pantalla táctil. La frase que Susana quería que apuntara no tenía el menor sentido.]* No quiero ir ahora a por mi portátil. Ya no uso libretas. ¿Tú sí? Solo a veces compro alguna por si me da por dibujar. Pero a lo que iba: estaba en aquel bar con Paco, y la verdad es que me sentía bien a gusto y al mismo tiempo sin tener ni idea de qué hacer. Recuerdo que Paco me sonreía esperando que decidiera el tono de nuestro encuentro. Se lo notaba por la buena disposición. Podríamos incluso despedirnos como dos personas satisfechas por haber cumplido con nuestro deseo, pues la línea de salida de la esperanza estaba puesta en regiones no dolorosas. Ahora soy mucho peor de lo que era en aquellos meses posteriores a la pérdida de mi salud mental. Vacía como estaba, para cualquier cosa hacía sitio y tendía un abrigo de curiosidad, abrigo que poco a poco se fue llenando, como una torre de trapos, hasta volverme de nuevo codiciosa.

—Me gustas —me dijo Paco, y el rubor le cubrió la cara.

Me hice la tonta, y al poco su piel volvió a ser tostada de un modo que recordaba al dulce de leche. Como si supurase azúcar. Lo miré bien. Lo que semejaban los fulgores opacos del dulce eran en verdad pieles secas tras una barba incipiente. Sentí una ligera náusea.

—Me encuentro mal —le dije.

Paco se levantó para ir al baño a mojar con agua un pañuelo blanco con unas iniciales bordadas. Me puso el pañuelo sobre ambas muñecas; a mí el gesto me pareció antiguo y equivocado. Con todo, le dejé hacer. Me quedé con los brazos extendidos sobre la mesa, fingiéndome mareada y tratando de averiguar si el pañuelo estaría usado. Me daban repelús los pañuelos de tela. *[Recordé una cita a ciegas con un profesor de universidad que me había contactado por Facebook; se trataba del amigo de un amigo, y a mí sus comentarios me habían parecido inteligentes. Yo acababa de terminar una relación y andaba un poco al retortero, sin ganas de conocer a nadie pero con esa conciencia mortecina y tal vez ajena del tienes que salir-tienes que conocer-la mancha de mora con otra verde se quita y demás sintagmas populares y aplicables solo a medias, como cualquier ley, como las estadísticas. Siempre me había confiado al tiempo y a la propia fuerza que sabía procurarme en soledad; quiero decir que quedé con el profesor de universidad por los comentarios interesantes y no porque quisiera quitarme ninguna mancha. Fuimos a un restaurante donde servían comida de diseño. El profesor de universidad era aburrido; no tenía, a diferencia*

del hombre del que me hablaba Susana, empatía alguna, y había comenzado a explicarme sus proyectos dando por hecho que a mí me interesaría cualquier relato con la condición de que fuera exhaustivo. Su voz era agradable, sus anécdotas estaban bien enfocadas y cumplían de sobra la función de la que emanaban: darme el parte de su labor de una forma minuciosa y en teoría entretenida, no exenta de todas las horas que el profesor había pasado a solas la última semana o el último mes, pues sus palabras resumaban esa necesidad de contar lo largamente repetido a sí mismo. No había afán de epatar, ni de presentarse como no era, ni de fingir candidez. Pero me estaba resultando decepcionante. Aquella narración en bloque no dejaba lugar al diálogo. La mancha de mora con otra verde se quitó empezó a cobrar todo su sentido por no haber ni rastro del verde; la sentencia se demostraba de súbito poderosa solo por mi desengaño, en el que descubría una fe que desconocía. No podemos sino conceder grados de fe a conveniencia a los enunciados generales. Mi conveniencia fue arañarme. No quería el duelo y sin embargo no podía evitarlo. Salmón marinado, una ensalada de escarola semejante al coral verde o a esos arbolitos de musgo que arrancaba de los niscalos, cuando me permitía comprarlos. En esa cena también nos habíamos permitido una de las variedades de setas de la temporada: gurumelos parecidos a proyectos de roca, a nubes empapadas de barro. Pero el marrón no era barro, sino una piel fina previa a una nervadura sin trenzado, carne trémula de la tierra. Recuerdo que el profesor de universidad sacó un pañuelo blanco de tela para sonarse, un pañuelo similar al que llevaba mi abuela metido en la manga, y fue como si me dieran la puntilla. No sentí asco, o no se trataba de un asco del cuerpo, sino de la imagen. Era capaz de tamaña superficialidad: no quiero hombres que usen pañuelos de tela. La certeza volvía a incurrir en la operación tramposa de las generalidades, que se me antojaron todas frívolas por ser manipulaciones. No quiero hombres que usen pañuelos de tela era una estupidez, y me sentía desconcertada por agarrarme a lo menos elocuente en lugar de haber dado otro paso y decir: demasiado profesor o demasiado ordenado o nuestros proyectos vitales no están en conjunción (más mentiras). Exageraba, sí, pero mi corazón supuraba frío, y supongo que el del profesor de universidad también. Nuestros reflejos eran mates.] Estuve un rato con los brazos tiosos sobre la mesa, dejando que Paco se sintiera como el típico héroe urbano surgido del anonimato que atiende a una señorita desmayada por algún terror neurótico y sutil. No me importaba demasiado aquella representación, y creo que a Paco tampoco; quiero decir que en el fondo no nos jugábamos nada, excepto la tibia capa de amabilidad y relleno, el atrezo en el que me descubría como no necesitada de pastillas. Qué alivio.

—Ya estoy mucho mejor. Gracias —le dije retirando los brazos.

Paco se levantó delicadamente de la silla y yo secundé el gesto. Pagamos a escote, y el buen señor me dio su teléfono y me dijo que si decidía algo lo llamara.

—Puede que yo ya no esté. Estas cosas..., ya sabes —añadió.

Se trataba de un cierre clásico y perfecto. Volví a la buhardilla y enseguida llegó Fabio. No me preguntó dónde había estado, aunque su olfato debía de registrar el abanico de olores del bar donde nos habíamos encontrado: croasán plancha, sándwich plancha, tostadas de pan de molde plancha, Ducados. Ya nadie fuma con esa voluntad macabra de investirse de humos duros y gritones. Nos entregamos al ritual cotidiano; después él apretó el botón del contestador y subió el volumen para escuchar las voces que se habían grabado. La última era de Paco:

—Susana —decía—, estoy contento de haber pasado la tarde contigo. Hagas lo que hagas con ese novio tuyo, ya sabes que estoy aquí para lo que quieras.

Me quedé pensando en esas palabras como si encerraran algo más que una agradable sencillez. Reparé en Fabio, su rostro de repente vuelto hacia la pared, también llano en el pudor que le daba su tristeza.

—Lo siento —le dije.

Desconecté el cable del teléfono y cenamos en silencio porque no me atreví a pedirle que me contara sobre su trabajo en el CNI, el reporte cotidiano de sus pesquisas a través del olfato. Ese día también le habían tocado pruebas en el CSIC. Tras haber analizado a fondo la estructura de su nariz, ahora estudiaban su cerebro. Le hacían TACs para controlar qué zonas cerebrales se activaban con los olores. Usaban olores fuertes porque producían cambios más evidentes en las neuronas. El movimiento del cerebro de Fabio ante la tinta de los periódicos y de los documentos resultaba demasiado sutil, y los aparatos de resonancia no eran tan precisos. Eché de menos ese parte cotidiano, si bien consideré justo quedarme sin él. Yo tampoco podía hablarle de nada; cualquier cosa que dijera sería amortiguar mi traición. Nos acostamos, Fabio me hizo el amor. Pretendía que le mirara. A la mitad del polvo se puso mis piernas sobre los hombros, esos hombros enclenques que apenas podían moverse con mis muslos de elefanta encima. Quería que viera cómo su cuerpo tenía que hacer esfuerzos para no derrumbarse. Yo cerraba los ojos, pero él me decía:

—Mírame. No pienso correrme si no me miras. Mírame a la cara.

Era puro morbo por lo que venía después: el odio y un sabor a trementina bajo la lengua. Al acabar ni siquiera nos hablamos, y la cama se convirtió en una frontera cuya alambrada era mejor no merodear. Fabio se pegó a la pared y yo me tendí justo en el filo contrario, con parte de mi piel al aire y notando cómo subía el frío del suelo. Entre ambos quedaba medio metro; cuando el movimiento de piernas nocturno nos hizo rozarnos, nos despertamos asqueados para volver a extremar nuestra distancia. Parecíamos dos postes de la luz a los que hubieran cortado los cables.

Al día siguiente me cité con otra de las voces, esta vez una mujer. Necesitaba saciar mi hambre de amigas. Durante dos horas nos relatamos nuestras cuitas y quedé satisfecha. Fabio llegó al piso a las diez y le dio al *play*; ese día tuve la impresión de que no había cortes entre unas voces y otras, sino que todas hablaban en una sola llamada y por turnos. Hacia el final las voces se unieron en un coro que podría haberse llamado De Personas Solas, y sentí un calambrazo de angustia similar a los que había experimentado los días antes de que me diera la psicosis. Tuve que sentarme; culebreaba el miedo, y creo que Fabio se dio cuenta porque a su rostro asomó la piedad. Por un momento pareció no acordarse de quiénes éramos, y cuando sus facciones retornaron a la dureza quise decirle que por favor me mirara unos segundos más como si no fuera yo, sino cualquiera a punto de lanzarse por el puente del Viaducto, uno de esos suicidas semejantes a uvas cayendo de una parra, y que hacían pensar que quizá la verdadera madurez es la que nos deja a las puertas de la muerte, y que los que se tiraban no eran desesperados, sino gente que había llegado antes a su final y a quienes movía un espíritu práctico.

Dormí mal; a pesar de que había desconectado el teléfono, durante toda la noche estuve despertándome porque sentía que había una multitud moviéndose por la buhardilla, una multitud que había entrado por el teléfono, y así me parecía ver el aparato, pequeño y a la vez con una puerta del

tamaño de una persona en uno de sus lados. A ratos pensaba que no eran seres humanos, sino esos espíritus de las noches anteriores que se habían colado en mi cuarto a través de las voces y la luz roja del contestador emitiendo en la oscuridad su agrio latido. Esta hipótesis no era creíble en mi sueño a ráfagas, ya que no había luz roja, sino una claridad de pleno día, y también un ruido de muchedumbre. Juraría que no dormí en toda la noche, aunque cuando abrí los ojos me sorprendió el silencio junto con el metal azul del alba en la ventana y el cuerpo tan chiquito de Fabio sin movimiento respiratorio. Le acerqué el espejo de mi polvera, pues temí que hubiera muerto. El cristal se empañó con su aliento microscópico. No era la primera vez que lo hacía; ya otras madrugadas, cuando me desvelaba y veía esa espalda tan quieta, fría y quieta siempre como si el descanso lo congelara, corría a por mi neceser. Solo acercándole la mano no era capaz de percibir ningún hálito. En un par de ocasiones, aterrada, lo había despertado; tres minutos y la piel de Fabio entraba en calor, con las costillas acompasándose a una respiración regular, humana. *[No opuse resistencias. Siempre me han gustado las historias de muertos vivientes, de sesiones de güija. Me pregunté si esta era mi manera de escuchar: dando solo crédito a lo que yo aprobaba.]* Me daban ganas de decirle que tal vez el poder de su olfato tenía que ver con su zambullida nocturna en algún territorio donde apenas era necesario el aire, pero habría transparentado la impresión, tan rara y escabrosa, que me producía un cuerpo inerte, y a Fabio ya le sobraba con el espectáculo de mi no amor. De súbito experimentaba una infinita conmiseración por él, por su carne enana y tan idónea para un circo. Además, ¿de qué le serviría saber que muchas noches yo lo descubría casi cadáver? Asimismo, deseaba plantarme ante quienes lo investigaban para decirles que cómo iban a medir unas simples máquinas la capacidad de Fabio para rondar la muerte. Si las máquinas llegasen a esa región de ultratumba reventarían, o tal vez registrarían imágenes absurdas y terroríficas que serían desestimadas por los investigadores, y con las que se podría escribir poesía. ¿Sería en verdad Fabio uno de los fantasmas de mi contestador? Ahora ya no estoy segura de lo que te estoy contando, pero entonces jamás me permitía dudar de sensaciones como aquellas, puramente intuitivas y que, de una manera que no tocaba ninguno de los bordes de la razón, explicaban las cosas.

Y fue invierno de repente. Si hago bien el cálculo, no era posible que el invierno hubiese llegado tan pronto, pero hacía frío, se levantaban nieblas por la mañana, esas nieblas de enero y de febrero de páramo castellano, las resistencias del calefactor emitiendo su calentura naranja, y desde mi buhardilla que daba a la calle San Ginés no veía árboles pelados, pero me llegaba su soledad desde los parques, como si los árboles tuvieran poderes telepáticos. Era la primera vez que los oía, y desde ese momento, y de una manera que no sé precisarte, no he dejado de escucharlos. Aún podía achacarlo todo a los efectos de la medicación, pero ahora ya no. Para mí el presente es la eternidad; cuando me duele la barriga, me parece que ya para siempre voy a tener que andar encogida, y la situación con mi Fabio enano se me antojaba eterna por este motivo.

Me gusta contar el final así, aunque no sea del todo cierto: un día Fabio desapareció. Durante semanas traté de averiguar qué había aprendido con él. Para qué había usado nuestra relación. Dejé las pastillas, me puse a trabajar de camarera por las noches y empecé a ir a la universidad por las tardes. Me sentía desamparada, aunque de una forma sana en lugar de patológica. Fue en ese desamparo cuando conocí al ingeniero. Date cuenta de que el único hombre que tuve durante mi locura fue Fabio, así que yo no podía sino apreciar al ingeniero, aunque fuese un hijo de puta. El

ingeniero tenía estatura y sus huesos no estaban a punto de quebrarse. Y además, no estaba ya segura de que lo que había vivido fuese cierto tal como lo recordaba, pues cuando dejé la medicación mi sistema nervioso se reintegró a una percepción distinta [*¿Por qué se había demorado tanto en explicarse? ¿Había pretendido mantenerme en vilo? Sentí cierta decepción.*].*[No recordaba haberme preocupado de la existencia de Dios, y así se lo dije. Fue la segunda vez que hablé.]* Ahora soy agnóstica, pero de niña me volví atea. Atea con un fervor puro. No puedo precisar más que con referencias religiosas ya gastadas lo que pretendía obtener de una revelación que tuviera lugar en la cotidianidad más absoluta, en una mecánica de cuya ruptura solo yo fuera espectadora. Desde luego, no esperaba que el semáforo se pusiera en verde a los tres segundos de haber abandonado el rojo, no estaba en mis deseos que Dios produjera un cortocircuito tan obvio y ruidoso, porque tal cosa habría significado que no apreciaba mi inteligencia. Lo que esperaba eran pequeños deslizamientos en la realidad que no fueran evidentes para nadie más. Quizá pienses que mi pretensión no era más que vanidad, el tonto deseo de ser la elegida por Dios para manifestarse, pero no. Lo que yo buscaba era esa puerta de la que hablan los santos y los místicos, el ver a Dios revelándose en todas las cosas. De verlo no con los ojos, pues ya sabía que ninguna luz iba a abrirse paso entre la pared, sino por conjunciones raras, por epifanías a la manera artística y no religiosa. Sin embargo, durante esas tardes de primavera en que caminaba hacia el semáforo tras mis clases de catequesis, no veía otra cosa que la acera sin una sola resquebrajadura, tan sólida bajo mis pies, así como los robustos troncos de los plátanos con sus hojitas tibias esculpidas en el aire, y el filo de la calzada con sus coches en bandolera. La sensación de mayor impenetrabilidad venía del semáforo del que yo aguardaba la luz, ese semáforo que estaba al fondo de la calle y cuya armadura, en lugar de envolver un hueco, hacía pensar en más hierro, en toneladas de un metal tan pesado que espantaba cualquier fenómeno, salvo el de su terca materia. Nada ocurría, solo esa calle sin reverso, árboles a un lado, comercios y portales al otro, el humo de los tubos de escape trazando bandas fugaces a ras de suelo. Un día, con el semáforo en ámbar, atropellaron a una anciana. Su peluca cayó a mis pies con una compostura de escaparate: el moño perfecto, y ni un solo pelo por fuera del recogido. Su cuerpo parecía pesar lo mismo que el semáforo. Exhibía esa misma composición sin fisuras, donde en vano yo esperaba que lo divino hiciera acto de presencia. Por eso te digo que era atea, pues creí fielmente en esa presencia simple de las cosas y en su desaparición, aún más simple. Me quedó el remordimiento de no socorrer a la anciana. Salí de allí en estampida, como si la muerte me fuera a atravesar. El resultado de la conversión atea es que de repente crees en la muerte. Crees en la muerte por encima de todas las cosas. [*Alguno de mis gestos debió de emitir disonancias, a tenor del silencio que se hizo cuando Susana pronunció la palabra «muerte»; me pareció que su cuerpo se tensaba levemente, y que en algún lugar al que mi medicación me impedía llegar aleteaba una duda que llevaba mi nombre. Susana, sin embargo, prosiguió.*]

SEGUNDA PARTE

LA TRABAJADORA

Mi situación económica no era buena. Había tenido que cambiar mi apartamento de Tirso por otro en Aluche, en lo alto de una cuesta con un gran solar. Me dijeron que se trataba del cerro donde Antonio López pintó uno de sus cuadros, pero lo único que encontré en mi búsqueda internauta fue un paisaje de Vallecas y otro que rezaba MADRID SUR, que no concordaba con lo que yo veía desde la ventana. No obstante se le parecía, sobre todo al subir del asfalto y de los tubos de escape esa nube cenicienta y achicharrante que se mezclaba con la luz del verano, y cada vez que iba a la terraza lo hacía con la convicción de que ese era el punto exacto desde el que se desplegaba el sur de Madrid.

Trabajaba en el salón, frente al océano de edificios de ladrillo rojo y encima del solar, en cuyos mazacotes de tierra crecían jaramagos de un tenue amarillo. Todos los lunes llegaba a la séptima planta del grupo editorial para entregar mi trabajo. Al principio, cuando fichaba en las oficinas, pensé que sería una liberación corregir en casa, pues detestaba atravesar la ciudad. Tenía que ir hasta la Quinta de los Molinos, dos transbordos mediante y una breve espera en avenida de América, donde las partículas en suspensión parecían pegarse en los pliegues de la ropa. Las conversaciones con Felipe y Asun en la máquina del café no me resarcían del tedio de pasar ocho horas ante las galeradas de un manuscrito en una estancia sin ventanas y con techo bajo de escayola.

Cuando llegaban, como envueltos en aire, los colaboradores externos, no podía evitar la envidia, e imaginaba que tras soltar las pilas de papel iban a perderse por la Quinta, entre la extraña plantación de almendros y olivos que en el invierno se escarchaban, o que se zambullían por donde yo hubiera deseado hacerlo todas las mañanas de mi vida laboral antes de entrar en la oficina: atravesando el parque y sumergiéndose por las naves industriales que brotaban aquí y allá, salteadas como un plato chino entre ruinosos inmuebles. A veces yo también paseaba al salir, pero me sentía ya cansada y no era lo mismo. Antes de que se me acabara el contrato había barajado la posibilidad de comentarles a mis jefes si podía corregir en mi casa un par de días a la semana. Cuando me anunciaron que iban a convertirme en colaboradora externa, me habían reducido el sueldo y empezaba a tener problemas para llegar a fin de mes.

Les había pedido a los de la Sociedad Pública de Alquiler que ampliaran la búsqueda a los barrios excéntricos de un lo-que-sea para mí sola. Estaba a punto de resignarme a una habitación en un piso compartido cuando me llamaron para enseñarme el apartamento de Aluche. Costaba 440 euros, el límite de lo que estaba dispuesta a pagar, aunque también el límite, por abajo, de lo que podía encontrar, salvo milagros de renta antigua. En mi búsqueda me había visto ya desplazada hacia el sur, barriando Delicias y llegando a la M-30 una tarde de lluvia. El día que di el sí a los de la Sociedad Pública la atravesé por un puente de esos de hierro, feo y con inútiles tramos de escalerillas, y callejeé primero por Usera y luego por Carabanchel, sin detenerme por primera vez en cuatro meses a apuntar los teléfonos de los carteles de SE ALQUILA. En General Ricardos me subí a un autobús y me apeé en una parada provisional junto a una calle de casitas bajas y modestas que resistían a la demolición.

Hacerme colaboradora externa había sido el primer paso. Luego empezaron a atrasar los pagos y a ingresármelos a tiempo solo cuando me quejaba. Me decían que tenían esa deferencia conmigo porque me estimaban. Cuando llegó el frío llevaba dos meses sin cobrar, y había comenzado, sin

demasiado éxito, a asomar el morro en otras editoriales. Trabajaba hasta muy tarde con galeradas que me dejaban sin ganas de leer o de mirar más pantallas, y tenía que salir a la calle, caminar y beberme un par de cervezas. Aquel invierno en que retrasaron los pagos, no obstante, fue virulento; por todas partes encontraba un hielo que se adhería a las superficies de una manera que contradecía las leyes de la naturaleza, como si un relente cuajado se negara a disolverse.

No quería ver aquel hielo ni congelarme, y puesto que era incapaz de permanecer en casa, mis caminatas empezaron a convertirse en una suerte de carreras en las que al principio procuraba no mirar nada. Me limitaba a concentrarme en mi respiración, siguiendo la misma lógica que un año atrás me había llevado a atravesar la M-30 y a deambular por Carabanchel y por Usera. Durante un mes estuve llegando a Eugenia de Montijo, a un parque desde el que podía observar cómo echaban abajo la antigua cárcel, ante cuyas piedras me quedaba un buen rato, pues aquella desolación me resultaba consoladora. Luego volvía en metro a mi casa, o andando. Cuando se acentuó mi necesidad de huida, empecé a subirme a autobuses. No iba muy lejos, entre otras cosas porque el servicio normal terminaba a las once y media; sin embargo, era suficiente para empezar a componer una especie de itinerario mental que funcionaba como una evasión muy efectiva. La Colonia San Ignacio de Loyola, General Fanjul, Carpetana, plaza Elíptica, algunos tramos de avenidas vacías que me dejaban una agradable sensación de estar en otra parte, Leganés a lo lejos cuando me decidía a ir al sur para observar las colinas y el tráfico siempre histérico de la carretera.

A veces me sentaba, aunque solía quedarme de pie, cerca del conductor, pues eso me permitía escuchar las conversaciones entre este y los viejos que subían a aquellas horas (juro que casi siempre eran viejos). En lo que duraban estos viajes por calles de las que luego guardaba una memoria nítida, aventuraba soluciones, como la de alquilar un cuartucho del apartamento, antiguo vestidor, para desahogarme económicamente; no obstante, enseguida me daba cuenta de que no quería a nadie en mi casa, y de que además me había instalado en una paradójica familiaridad, pues todos mis másteres y mis estancias en el extranjero se revelaban ahora como una negación anticipada de lo que me ocurría. Es decir: que me había estado preparando torcidamente para algo parecido a esto. No me consolaba ni me justificaba con ello, pero sí me permitía regodearme en la extrañeza, que roza siempre un sentido poético algo estúpido, y desde ahí aventuraba que se trataba tan solo de un mientras tanto. Algunas jornadas emprendía un antiguo itinerario, de cuando compartía un dúplex por Metropolitano e iba a contemplar el atardecer al Alto de Extremadura. Cerca de allí salían unos microbuses que circulaban por todo el distrito. Uno de aquellos microbuses finalizaba el trayecto en un cerro con un solar, similar a donde vivía ahora, lo que me llevaba a pensar que estaba predestinada a mi nuevo hogar. Me servía de aquella minificción para redundar en todo este asunto.

RELATO PUBLICADO EN UN EXTINTO DIARIO ESPAÑOL

Se presentó una mañana de noviembre. Los coches estaban cubiertos por una fina capa de nieve que contrastaba con la negrura del pavimento. Yo desempañaba constantemente los cristales, movida por un deseo compulsivo de que el exterior penetrara en la casa tal como se me ofrecía desde la ventana: con un cielo enorme. Sin embargo, lo que estaba a punto de recibir era, así lo había supuesto yo, pequeño y trivial, y se disponía a ocupar una de las habitaciones. Tenía la impresión de que había empezado a vivir con otra persona desde que Germán me recomendó a la chica, y me comportaba como si el cuartucho estuviera ya habitado, ese cuartucho que ni siquiera había pintado, con las paredes sucias de polvo, en cuya ventana solía fumarme los cigarros. Lo había arreglado con antelación y sin mucho esmero. Y ya no había entrado más a fumar. No obstante, aquella mañana pasé un buen rato dentro, junto al frío de la ventana, atenta a la lejanía y sin saber qué pedirle. Tal vez me daba miedo.

Llegó a las doce del mediodía. No era como yo la había deseado, bajita y redonda como una madre hispana, sino de tipo nórdico: alta, rubia, caballuna, con la piel de un color parecido al de la seda cruda. Iba embutida en un abrigo marrón hasta los tobillos, y alrededor del cuello llevaba una aparatosa bufanda beige. La coronaba un gorro de color verde, con un repliegue en uno de los lados, a modo de flor. Con tanta lana encima apenas podía moverse, y en sus mejillas lucía dos breves y perfectos rosetones. Estaba un tanto ridícula, sobre todo por una expresión venida de su nariz, que se mantuvo, desde que atravesó el umbral de la puerta, desagradablemente atenta a algún olor, con las aletas vibrantes y abiertas. Era un gesto tan elocuente que, si no fuera por el compromiso, ni yo la habría aceptado como inquilina ni ella, estoy segura, se habría quedado con el cuartucho. Después de quitarse el abrigo, el gorro y varias rebecas, ajustarse unas horrendas gafas de pasta y mirarme con unos ojos que trepidaban al compás de su nariz de rata, resopló y dijo:

—Me llamo Susana, aunque supongo que ya lo sabes. Me gustaría haber hablado antes contigo, peeeero...

Luego musitó algo atropellado que no entendí. Yo me presenté, le hice algunas preguntas sobre su viaje (Germán me había dicho que venía de Utrecht, donde había vivido siete años) y la conduje hasta su habitación.

—Ahora nos vemos —me dijo.

Hice café y me senté a la mesa del comedor, frente al balcón. El hielo que se pegaba al cristal (y no en los bordes, sino en el centro del cristal), como una araña dantesca que hubiese sido lanzada desde la calle y se despanzurrara poco a poco, había dejado, al fundirse, un surco que tornaba arenosas las formas de quienes subían la cuesta. Miré a través de aquella impostura que también era mía, pues estaba a la espera de que Susana me encontrara distraídamente atenta. Cuando me cansé, fui hasta su habitación, di unos golpes en la puerta, abrí. La hallé sentada sobre la cama, con el equipaje sin deshacer y los ojos llorosos. Le pregunté si podía ayudarla. Me contestó que no. Al rato salió del cuarto y dejó sobre el chifonier del salón el dinero del alquiler. Luego caminó hasta la entrada, franqueó la puerta de la calle y no volvió hasta cinco días más tarde.

Su ausencia me molestó. Me había preparado para modificar mis hábitos desde el día en que acepté la proposición de Germán. Mantenía la casa arreglada, pues consideraba un deber causar

buena impresión, y sin embargo Susana no daba señales de vida, y yo me acostaba rezongando. Tampoco podía fumarme mis cigarros mirando la ciudad desde la ventana; la habitación ya no era mía, aunque tampoco suya. Yo entraba y observaba todos aquellos objetos, que me producían una sensación de extrañamiento. Eran lo suficientemente previsibles como para no personalizar jamás la estancia, y a pesar de la cama hecha y del armario lleno de ropa, parecía que nadie iba a dormir nunca allí, como si el cuarto sirviera tan solo para dejar aquellas cosas que no cabían en el propio, lo cual me hacía caer en un estado cercano a la paranoia.

Hubo también por mi parte, en aquellos cinco días de espera, una cuestión más profunda, más mezquina seguramente: ¿por qué ella desaparecía, derrochando autosuficiencia, y yo permanecía encerrada con mis fantasmas?

Aquel fue un tiempo de desesperación, y quizá este hecho explicase mi recelo. Día tras día me levantaba con una creciente angustia que duraba hasta bien entrada la tarde, momento en que mis aprensiones se iban sin que hubiera pasado algo que justificase mi cambio de humor. Entonces me tumbaba en la cama y recibía el sueño como un descanso bendito. Además de dinero, la decisión de alquilar la habitación conllevaba un esfuerzo por salir de mi inercia depresiva, pero mi deseo de una chica insignificante venía directamente de ella: no quería a nadie que interrumpiera este divagar de mí misma a mí misma, los paseos perpetuos de una habitación a otra, el territorio insoportable y limitado que iba de la entrada al salón y del salón a mi cuarto, a la cocina, al baño.

El día en que por fin apareció llevaba la misma ropa con la que se había ido. Al quitarse el abrigo, observé en su jersey unas manchas redondas que refulgían como si fueran pringue fresca. Se sentó en el sofá y comenzó a hablar dando por sentado que yo tenía alguna idea sobre lo que había estado haciendo. Me refirió una discusión con la recepcionista de un centro dietético, y también cómo era el hall de ciertos hoteles. Luego mencionó sueldos y un test de personalidad, y comprendí que había estado buscando trabajo. Añadió que no había tenido tiempo de nada. Que había llegado a la casa durante la madrugada para acostarse inmediatamente, y que se había levantado a las siete de la mañana. «Ya», dije. Susana cortó la conversación, no sin antes componer, porque yo le pregunté, una estampa reseca sobre su vida: había nacido en Madrid, se había criado en Chamberí y siete años atrás se fue a vivir a Utrecht con su novio holandés, al que conoció en la Facultad de Educación de la Complutense. Él había hecho allí su Erasmus.

Esa misma tarde empezaron los cambios en mi aciago piso. En primer lugar, ordenó todos los cacharros de la cocina, pues estimó que la forma en que yo los había colocado era aleatoria. Al caer la noche, tenedores, ollas, platos y vasos estaban dispuestos en un orden tal que parecían haber sido fabricados para ocupar ese lugar. Por supuesto, resolví no respetar el nuevo y maniático acomodo. Al día siguiente, a primera hora de la tarde —por la mañana mi inquilina había empezado a trabajar como teleoperadora—, un mensajero se presentó con cinco cajas procedentes de Utrecht y fue recibido con un grito de entusiasmo, «¡Mis cosas!», y con palmas, mientras yo me horrorizaba ante la obviedad de que todas aquellas cosas no cabían en su cuarto y de que mi pequeño salón iba a ser invadido. Así fue. En las jornadas siguientes, las estanterías se llenaron de libros, de hojas de árboles (debían de ser de árboles que crecían en Canadá, o en Japón, o en algún otro sitio donde se prodigarán aquellos colores resistentes y excéntricos), de cámaras de fotos (tenía nueve), de almanaques, de objetos de vigencia dudosa y absurda. Y todo al tuntún. De la misma manera que el

retrato hecho por Germán no concordaba con lo que estaba resultando ser Susana (me había insistido en que se trataba de una persona corriente y comedida), tampoco el furor clasificatorio desplegado en la cocina guardaba relación con el caos de sus libros, de sus botellitas rellenas de sal tintada, de sus muñecos de goma, de sus chapas, de sus encendedores, de sus coches de juguete, de sus relojes de pulsera pop, de sus cerámicas de Talavera. Juzgué incoherente que alguien poseyera objetos tan dispares, como si sus gustos no acabaran de decantarse y hubiera decidido, a la espera de su definición, almacenar cosas. Por otra parte, durante los primeros días su cuarto pasó de una sosa impersonalidad a ser lo que creí el retrato de su moradora: velas que esparcían una luz flaquéisima, tazas con diseños de flores, montoncitos de ropa sobre la cama y el *horror vacui* amenazando con no dejar un solo trozo de pared sin cubrir por unas figuritas recortadas compulsivamente de revistas que, barrunté, Susana debía de llevarse de los bares. Aquellas revistas habían ocupado un lugar discreto junto a la cama durante los días en que mi inquilina estuvo desaparecida, y apenas me había fijado en ellas. Una noche la invité a una cerveza, y me contó que las figuras elegidas jamás eran de actores ni de nada que pudiera rotularse como famoso, pues lo digno de mitificación no le interesaba. Examiné los recortes; la verdad es que tenía una asombrosa habilidad para cazar motivos secundarios que, observados aisladamente, semejaban escenas de un cuadro de El Bosco y cromos de los álbumes infantiles de Iván Zulueta. Me preguntó si podía contribuir a la decoración del piso. Le dije que sí. Al día siguiente comenzó a pegar, de una forma tan cauta como amenazante, recortes de no más de cinco centímetros que constituyeron los motivos de la estancia. En la cocina, dispuso alimentos a lo Arcimboldo; encima del sofá del salón, dos mujeres estatuarias que me recordaron a dos gatas persas disecadas; en el váter, baños de espuma. Aunque al primer golpe de vista me sobresaltaron, la verdad es que aquellas figuras rompían mi tendencia al minimalismo, el cual, en un piso de Aluche con las paredes forradas de falso gotelé y muebles de la época de la madre de mi casera, no tenía nada de zen, y sí de detestable.

Sus recortes diminutos no me molestaban. Lo que me perturbaba, sobre todo porque yo trabajaba la mayor parte del día en el comedor, eran las estanterías atiborradas. Dado que yo era la arrendadora, ¿por qué no se me ocurría trazar límites precisos, como respetar la disposición de mis cosas, o que sus pertenencias solo pudieran quedarse en su habitación? No lo sé. En aquel momento, creo que me convencí de que no tenía derecho a estas prerrogativas. Susana había pagado por su nuevo hogar. Además, al no haber puesto desde el principio unas normas, le había concedido todo aquel espacio.

Conversábamos a menudo, aunque sería mejor decir que ella monologaba. Siempre sobre asuntos que a mí me aburrían: las diferentes costumbres entre España y Holanda, recetas de cocina, descripciones extenuantes de las películas y series que veía. Todo iba acompañado de quejas. Si me contaba que venía de ver un documental en la filmoteca, echaba pestes del espectador que había tosido, como si los resfriados se pescaran con la sola finalidad de molestar en los cines. Mostraba una notoria obsesión por ceñirse a temas culturales a pesar de no ser una persona realmente culta, y había zonas prohibidas, como su trabajo. Esta negativa a hablar sobre su trabajo me llamó la atención por el contraste con lo pródiga en detalles que había sido al contarme cómo lo había encontrado. «Prefiero no gastar saliva en eso», me decía ahora. No tardé en suprimir el «Qué tal el día» cuando, a las cinco y media de la tarde, llegaba a la casa.

Todo ello no me extrañaba tanto como el hecho de que, cuando entrábamos en el terreno personal, solo existiera su pasado en Utrecht y su novio, Janssen, que se había quedado en Holanda. Susana no mencionaba jamás a su familia, y parecía no haber vivido en ningún barrio ni haber ido a ningún colegio. Traté de abordar su pasado por terrenos menos comprometidos y obtuve el mismo silencio, como si no me hubiera oído. Cuando la escuchaba hablar por teléfono con sus *amigos*, me daba cuenta de que no había confianza en la conversación, ninguna intimidad con esas personas con las que parloteaba, al igual que conmigo, sobre películas, conciertos, series o exposiciones. Como si fueran amigos recientes, o meros conocidos en lugar de amigos.

Para mi desgracia, me la empecé a encontrar también fuera del piso: en mi visita al súper los sábados, cuando alguna vez iba al cine o me reunía con alguien para cenar. Yo salía poco, y me parecía llamativo que coincidiéramos. Un par de amigos que vivían cerca, y que vinieron un domingo a casa a comer, empezaron asimismo a encontrársela y, aunque les caía bien, no dejaban de observar en ella lo mismo que yo, algo oscuro y excesivo que la convertía en un tema recurrente de conversación. Un día pensé que me seguía. Iba hacia el café Barbieri cuando, al doblar por Argumosa, me topé con Susana, que rápidamente se giró y se puso a conversar con una persona a la que no pude verle la cara. La observé con disimulo; me dio la impresión de que el entendimiento con aquella persona era imposible, pero mi inquilina no se marchaba, y ya en el café, gracias a los espejos, creí atisbarla agazapada en un portal. Me constaba que algunas tardes las dedicaba a redescubrir (tal era la palabra que utilizaba) la ciudad. Le resultaba fácil entablar conversación con desconocidos. Me había dicho que no solía gastarse el dinero en bares, y tenía una curiosidad ávida e inquisitiva que le había llevado a localizar sitios, en general cutres y alternativos, en los que permanecer gratis durante horas sin llamar la atención y asistiendo a algún tipo de actividad cultural. De vez en cuando me contaba a quién había conocido y no escatimaba en detalles. Parecía buscar un igual, o un hogar. Su nariz, sutilísimo barómetro de olores que registraba lo que solo un can o algún otro animal era capaz de apreciar, reposaba tranquila, ahuecándose perezosamente sobre sus pliegues, cuando algunas tardes, al llegar del trabajo, me sorprendía haciendo café. No podía no invitarla, y acabé optando por la cafetera grande. En mi caso, eso tenía como resultado beberme tres tazas en lugar de una. Parapetada tras mi invitación, la veía dejar el abrigo en la percha de la entrada, pasar al baño para lavarse las manos y tomar asiento. Venía siempre con una barra de pan, de la que arrancaba pellizquitos de miga para mojarla en el líquido negro. No se metía en su cuarto hasta que no acababa con el pan. Estos cafés empezaron a acercarnos. Puesto que no había un reconocimiento de estar dedicándonos tiempo, a veces Susana no aparecía, o era yo la que no estaba en casa. No dar por hecho que íbamos a reunirnos me relajaba. Seguí bebiéndome tres tazas seguidas de café aun cuando no me encontraba con mi inquilina, pues me hice adicta a esa placentera excitación fruto no de tomar muchos cafés a lo largo del día, sino unos cuantos seguidos. Le sumaba otro placer, el tabaco, y a veces me fumaba un paquete en pocas horas. La sobredosis de cafeína y cigarros no beneficiaba mi creciente debilidad anímica y algunas noches, para contrarrestar el nervio, hacía footing. Cuando optaba por el deporte me ponía un chándal que me iba grande y me tiraba una hora corriendo.

A veces me cruzaba con los del camión. Me arrebujaaba en el abrigo para que no me insultaran. Los había visto siempre por el centro, de madrugada. No sabía que comenzaban su actividad por el extrarradio, aunque era lógico, pues allí el tráfico cesa antes y no hay ya policías. Tendrían entre catorce y dieciséis años cuando yo cumplí los veinte y me topé con ellos por primera vez. Me lanzaron la esquina de una caja plagada de grapas, que me rozó el pelo y fue a clavarse en un arriate de Neptuno. Se rieron. Eran casi unos niños, todos gitanos; recogían cartones y les gritaban a las mujeres jóvenes que se encontraban. También huían de los guardias urbanos, de los camiones de la basura, a los que hacían la competencia; quizá de alguien cuya frente hubiese sido ajada por un pedazo de metal arrojado desde el camión. Una vez los vi quebrar la luna de un coche con una pesada gaveta. El cristal emitió un sonido de cantos precipitándose por una pendiente; las risas se petrificaron. Parecía que llevaran un oscuro motor en su vehículo, del que podía esperarse que descendiera una oveja o algún otro elemento rural. Me los encontré muchas veces más y nunca volvieron a tirarme nada. Lo que hacían era gritar, silbar, recurrir a algún insulto jubiloso y contundente; luego derrapaban por una bocacalle y se esfumaban. Su ubicuidad me recordaba a la del hombre del pelo blanco, un loco a quien todos habían visto alguna vez en sesiones gratuitas de cine o al amparo de un árbol en Pintor Rosales meciendo la silla de ruedas de su novia china. Durante el tiempo que duraron mis contratos temporales y mi piso del centro, dejé de encontrármelos, pues ya no bregaba por las noches como cuando era universitaria. Tan solo me bajaba al bar, y los fines de semana daba unos cuantos pasos más a la derecha o a la izquierda, es decir, Lavapiés o La Latina, calles demasiado estrechas para la fuga. Solo ahora que retomaba mis paseos volvía a verlos. Eran más mayores y ya no me gritaban. Con todo, yo sentía una inquietud idéntica; temía que me tirasen de nuevo el borde de alguna caja con grapas. Anticipaba el golpe cubriéndome los ojos, lo que me impedía verlos desde más cerca. El camión se alejaba dejando un reguero de fibras de cartón, de olores a pasto quemado y a muebles desguarnecidos. Ellos eran apenas sombras asomando de la chapa azul. La madurez los había envuelto en una discreción que me gustaba, aunque solo de lejos.

Cuando Susana llegó al piso yo llevaba unos meses sin cobrar. Había tratado en vano de buscar acomodo en otras editoriales. Con su trabajo de teleoperadora, a mi inquilina le ingresaban la paga puntualmente, y a partir de las cinco de la tarde ya no tenía que ocuparse de nada, mientras que yo guerreaba con las galeradas de los libros hasta las ocho, y vivía pendiente de que me pagaran. Algunos días trajinaba hasta las diez o las once con las maquetas, y no porque dedicara todo ese tiempo a cazar erratas. A lo que me dedicaba, cada vez más y sin provecho alguno, era a vagar por Internet. Visitaba veinte veces la portada de *El País*, las entradas de los blogs que seguía, Facebook. No podía romper el círculo porque en la siguiente página me esperaba una búsqueda ineludible e infinitamente más insulsa que leer la misma cabecera del diario: comprobar, por ejemplo, si el acento de «chérie» era abierto o cerrado. Los profesores de universidad y los ensayistas, y también algunos escritores de ficción, estaban acostumbrados a que les hicieran el trabajo sucio, y la editorial decidía que ese trabajo le correspondía al corrector externo, cuyas horas nadie contabilizaba, ni siquiera el propio corrector. Empecé a desear que Susana acudiera siempre a nuestra cita no hablada del café de las cinco, pues de ese modo, al haber hecho una pausa larga en mi trabajo, me disciplinaba para no vagar por Internet. Este nuevo ritmo solo se rompió cuando, al cabo de un mes y medio, se presentó Janssen, el novio holandés de mi inquilina. Se quedó una semana, y mis conversaciones con él se redujeron a lo que tardaba en comerse, para desayunar, una lata de fabada Litoral. Los oí discutir a diario, y cuando Janssen se fue, Susana se pasó las tardes pegada al Skype, sin tomarse siquiera el café. Mientras corregía, la escuchaba hablar en inglés, idioma que hacía que su voz se tornara más aguda. Mi inglés no era bueno pero, con todo, me bastaba para comprender que la mitad del tiempo le suplicaba, y como acabó dándome vergüenza (no tanto por escucharla como por que supiera que estaba escuchándola), decidí meterme en mi cuarto. Cuando una tarde me dijo que había roto con Janssen, volví a poner en el fuego la cafetera grande y ella se quedó en el sofá mordisqueando su pan. Luego hizo otra cafetera y se merendó un paquete de galletas mientras yo fumaba y asistía a su desolación. Pensé con temor que a partir de ese momento, y para no sentirse sola, querría pasar más rato conmigo. Mis miedos eran infundados, si bien no faltó ni un solo día a nuestra cita no hablada de las cinco. Una tarde me dijo:

—Tú eres Elisa Núñez, ¿verdad?

—Sí —le contesté.

No entendí la pregunta. Susana sacó de su mochila una hoja de periódico arrugada. Entonces comprendí.

—Vi esto en casa de un amigo —aclaró—. Mi amigo acaba de volver de Italia y tenía sus cosas metidas en cajas. Le estuve echando una mano. Había envuelto con tu texto una taza.

—Ah —fue todo lo que respondí.

Supuse que Susana había estado hurgando sobre mí en Internet. Eso me incomodó.

—Y además has publicado una novela.

—La publiqué hace unos años en una editorial pequeña, y no he vuelto a escribir en serio —le contesté.

No le mentía. El texto arrugado que Susana me mostraba era lo último que había escrito, y no

porque quisiera, sino porque el jefe de la sección de Cultura del periódico me ofreció trescientos euros por él. Se trataba de un texto que me atormentaba, redactado poco antes de mudarme a Aluche, cuando ya había visto mi piso y me había familiarizado con el paisaje, pero sin que hubieran empezado a pasar algunas de las cosas allí descritas. No soy supersticiosa; además, todo lo que decía el texto estaba en el ambiente, y de algún modo en mi deseo, pero me acongojaba la sensación de haberme encerrado en aquellas palabras.

Durante algunos días la codicia de mi inquilina dirigió nuestras conversaciones. Quizá era inevitable que, con esa devoción que mostraba por todo lo que oliera a asunto cultural, tratase de averiguar cómo ser agente de ese mundo. Su mirada reflejaba a veces una tensión exasperada, y me recordaba a las presencias que rodeaban mi cama durante un sueño por aquel entonces recurrente que derivaba en algo aterrador: un fundido en negro clavándose en mis cervicales y emitiendo chirridos. Amanecía con la impresión de que una uña larga había rascado mi cuerpo hasta dejarlo en carne viva, y si era fin de semana y me encontraba con Susana inclinada sobre su portátil en el salón (de lunes a viernes salía del piso antes de que me sonara el despertador), era como si la descubriese alzada sobre mi sueño. Para vengarme de la incomodidad que me producía su acecho, la interrogué varias veces sobre su infancia y su vida madrileña de antes de marcharse a Utrecht, pero como siempre desvió mis cuestiones con respuestas rocamboleras o metiéndose en su cuarto. La única mención sobre su pasado que logré arrancarle fue indirecta. Un día rescaté del altillo algunos de los libros que leía de niña. Le pregunté si ella también se había aficionado a la colección El Barco de Vapor. Susana sacó un cómic de su mochila. Me lo enseñó; quiso saber si lo conocía. Le contesté que no. Dijo:

—El niño del cómic vive en Detroit. Su madre no habla: tan solo tose y golpea puertas. Su hermano tampoco habla: toca la batería. Su padre es radiólogo, y boxea en el sótano de la casa. El niño enferma de los pulmones con frecuencia. Su padre le da rayos X para curar la dificultad respiratoria, pues en esa época es lo que se prescribe. A los once años, al niño le sale un bulto en el cuello. Alguien sugiere que es un tumor. Cuando lo examinan, los médicos piensan que se trata de un quiste sebáceo, si bien le recomiendan pasar por el quirófano. La operación cuesta dinero, y su madre prefiere gastarse en ropa el bono de ascenso del padre. La intervención se retrasa tres años. Cuando despierta de la anestesia, solo le queda una cuerda vocal, y el único sonido que puede emitir es «Agh». A las dos semanas de regresar a su casa, se entera por casualidad de que ha tenido cáncer. Más tarde aún, su padre le confiesa que fue él, con sus sesiones de rayos X, el responsable de la enfermedad. Pues eso es lo que yo conservo de mi infancia.

No supe cómo interpretar aquello ni qué contestarle, si con más cómics o con las historias de las enfermedades de mi familia. Me pareció que preguntarle de forma directa era arrojarla a un lugar demasiado doloroso, y sentí que perdía la oportunidad de saber algo esencial sobre ella.

El Grupo Editorial Término había sido el primero de un cuestionario en el que, cinco años antes, señalé mis preferencias a la hora de hacer las prácticas de un máster de edición. Las prácticas dejaban abierta la posibilidad de un contrato, y el contrato era la aspiración fundamental de las ochenta personas que íbamos todos los viernes y sábados a que nos enseñaran el oficio. Mi grupo editorial, cuyos sellos eran los más mencionados en el cuestionario, organizaba el máster. Tras mis prácticas, encadené tres contratos temporales, y luego todo se precipitó: la empresa debía hacer frente a una deuda cuantiosa y comenzaron los recortes salariales y la conversión de los que estábamos contratados temporalmente a colaboradores externos. Eso implicaba, aparte de cobrar menos, corregir no solo para el sello donde había trabajado, sino también para la colección de bolsillo, en la que se editaban libros de todo tipo, incluyendo primeras ediciones. Al principio no me quejé, ni busqué la solidaridad de nadie. Ni siquiera quise saber cuántas conversiones a colaboradores externos habían tenido lugar en el resto de los sellos. Tampoco mantuve contacto con ninguno de mis antiguos compañeros de mesa. Nuestra amistad, si es que podía llamarse así, la atravesaba la punta filosa de la competición, de esos leves y extenuantes signos tipográficos cuya pertinencia era siempre evaluada.

—Se ha vuelto a estropear la caldera —me dijo Carmentxu cuando llegué a su despacho.

—Vaya —le contesté.

Me acerqué al radiador para comprobar que, en efecto, estaba frío. Me sentí violenta; había venido todo el camino rumiando una pregunta que debía ser simple y embarazosa, y de repente, ante ese comentario ajeno al rumor sobre el ERE que me había llegado por la mañana, y que motivaba mi visita, me pareció imposible poder llevar la conversación a mi terreno. No me resigné, y dije con mal disimulada brusquedad:

—¿Cómo van con los pagos atrasados?

—De eso quería hablarte —respondió Carmentxu—. Vamos a adelantaros algunos pagos. Los de los libros urgentes. Luego, cuando desbloqueen, os daremos el resto. Es una forma de aliviaros. No creen que tarden más de tres meses en normalizar la situación.

—Vale —le contesté.

Quise inquirirle sobre el origen de ese dinero por pura impertinencia, pero me callé. Carmentxu resoplaba inquieta, no sé si por efecto de mi propio nerviosismo. Le pregunté al fin sobre el ERE, y mi jefa me dio una réplica exacta del rumor que me había llegado. No me sorprendió que no supiera más.

—Tengo confianza porque sigo aquí y eso me obliga a ser optimista, aunque puede pasar cualquier cosa. Ya son muchos meses. No sé si nos vamos a ir todos a tomar por el culo, pero algunos días lo deseo. ¿Quieres un café?

—Mejor un té —dije.

En la planta había una máquina expendedora de líquidos calientes, excitantes y azucarados. Me bebí rauda, y con la impresión de abrasarme las cuerdas vocales, mi té con sabor a chicle de limón, y de esa misma forma veloz y atropellada pensé que mi conversación con Carmentxu había evidenciado un miedo que no me convenía poner sobre la mesa. Me sentí absurda. Aquella mañana,

al enterarme del posible ERE, me había asaltado la necesidad de *hacer algo por la situación*, pero esa situación no era más que un puñado de habladoras y oficinistas entregados a la rutina. Cuando me despedí de Carmentxu, resolví dar vueltas de un piso a otro y preguntar a mis conocidos. No saqué nada en claro, y menos aún *hice algo por la situación*. Mi afán detectivesco me sirvió, no obstante, de autoengaño ligero.

Me marché en autobús. Hacía más de un mes que no tomaba el interurbano para volver a casa, y vi que habían cerrado algunas de las boutiques en cuyos escaparates me fijaba. Al llegar a Cibeles y a la Gran Vía tuve la impresión de que había menos estatuas coronando las fachadas. No habría sido capaz de precisar qué estatuas faltaban. Pensé que la nerviosidad que arrastraba desde hacía meses me llevaba a percibir de forma anómala.

A pesar de que acababan de romper, durante los últimos días los tonos cariñosos entre mi inquilina y su ex novio se habían deslizado por Skype hasta altas horas de la noche. El Janssen de la foto que Susana me mostraba ahora en la pantalla de su portátil lucía casi igual a como yo lo había visto. Incluso llevaba la misma gorra escocesa con la que se había estado paseando por Madrid, un poco hortera para mi gusto.

—¿Vais a volver? —le pregunté.

—No lo sé.

Me quedé callada, esperando a que añadiera algo más. Ella abrió un archivo de Word y me mostró algunas de las anotaciones que, según me había dicho en alguna ocasión, tomaba siempre en el ordenador. Se trataba de apuntes muy breves, más propios de ser registrados en una libreta por la fugacidad con la que parecían haber sido concebidos, que en ese Hp mini que arrastraba a todos lados y que tardaba un cáncer en arrancar. Leí unos cuantos, aunque sin prestarles atención; la proximidad de mi inquilina y el hecho de que tal vez esperaba que se los comentase me impidieron concentrarme.

—Mi idea es juntar las notas con fotografías de Utrecht —dijo, y volvió a la carpeta de imágenes—. Mira, esta soy yo hace cinco años —añadió.

Miré la imagen: una Susana con flequillo y melena recta embutida en un traje que me recordó a los uniformes de El Corte Inglés.

—Es de cuando trabajaba como recepcionista de hotel —puntualizó.

En Utrecht, continuó, había sido ayudanta en una guardería, camarera, profesora particular de español, guardesa, niñera, pinche de cocina. Además, y aquí su cara fue de entusiasmo, durante un tiempo se había dedicado a hacer encuestas, lo que la llevó a recorrerse todas las regiones de los Países Bajos. Al parecer era un trabajo duro porque, a pesar de su piel blanquecina, su acento extranjero le dificultaba ese ritual de seducción que todo encuestador tiene que acometer a bocajarro para que no le den con la puerta en las narices. Era el trabajo que recordaba con más agradecimiento, pues le había permitido conocer a fondo Holanda. Un país tan reservado, dijo, solo se comprendía adecuadamente cuando se entraba en las casas. Me contó asimismo que trabajar de camarera y de pinche también le había puesto en contacto con la gente, pero que no era igual. Ahí el trato se limitaba a intercambios monótonos y fugaces. Como siempre, Susana hablaba muy rápido, con gestos que, por exagerados, dejaban de ser elocuentes y traslucían un único estado que no sé si era cierto caos, o inseguridad, o ambas cosas. Si bien ya no me caía mal, todavía no estaba segura de que me resultara simpática. Traté de corresponder con mi doctorado inconcluso, mi estancia en París, mi máster y mi experiencia en la editorial. Añadí que durante la temporada que había pasado en Francia, cuatro meses con una beca mínima viviendo en los suburbios, me había sentido por primera vez pobre, de un modo que no experimentaba ahora, a pesar de que salía adelante gracias a que compartía con ella el alquiler. Tal vez había sido así no solo por el dinero, sino, y sobre todo, porque no conocía a nadie, siempre llovía y el ambiente era con frecuencia hostil. Mi inquilina me cortó y, como si no me hubiese escuchado, me dijo que toda aquella vorágine de trabajos había estropeado su relación con Janssen, pues ella se había ido aniquilando, se había sentido cada vez más cansada y

vendida, y había comenzado a considerar a Janssen una obligación más.

Que aquella tarde Susana se extendiese sobre su vida laboral en Holanda y siguiera sin decir una sola palabra acerca de su empleo en Madrid cambió mi perspectiva sobre ella. Durante algunos días esperé que su apertura supusiera romper su secretismo, pero no fue así. Se había acentuado en ella en las últimas semanas la apelación al tema cultural cuando se veía acorralada. Un fin de semana se nos estropeó la cisterna, y mientras el fontanero nos explicaba cómo debíamos tirar de la cadena si no queríamos pagar una reparación a fondo, mi inquilina lo interrumpió, no sin antes parpadear extrañamente y asentir con impaciencia, para hablar sobre una escena de *La burla*, una película de Ingmar Bergman. El fontanero se encogió de hombros. Un par de jornadas después, y puesto que yo volvía a interesarme por sus condiciones laborales (me planteaba buscar trabajo en cualquier cosa que conllevara cobrar a fin de mes; ese día había hecho frente a unos gastos extra, y en mi cuenta la fecha del último ingreso quedaba muy por detrás de la interminable hilera de mis movimientos, escritos en rojo), aproveché otro de estos deslizamientos para tratar de sonsacarle algo sobre su trabajo. Estaba en la cocina preparándose la cena y, mirándome con pasmo, se puso a hablar de la película *Julie y Julia*. Yo había visto aquella película. Sin dejarle terminar, le dije que, al igual que Julie, yo era una oficinista frustrada, salvo que ahora mi mesa de trabajo se llenaba a mediodía de cáscaras de lentejas y migas de pan, y tenía que echarme mi saco de Coronel Tapioca sobre las piernas para protegerme del frío. No había, como en los grandes edificios de oficinas, un sistema de calefacción central que recorriera las arterias principales y llegase hasta esas venillas que salen cuando la circulación es superficial, que acaloran e hinchan los miembros. Mis huesos permanecían siempre a la intemperie. Añadí que comenzaba a no importarme ser teleoperadora si eso me aseguraba un sueldo fijo y no estar a solas en el piso. Se lo dije con temor, pues cuando lo pensaba dos veces, me sobrevenía el desasosiego de los trayectos diarios, de las obligatorias relaciones con los compañeros de trabajo. Por otra parte, ¿aceptaban en su empresa aspirantes sobrecualificados, o tenía que modificar mi currículum? Al principio Susana pareció no haberme escuchado, aunque al cabo de unos segundos me dijo: «Sobre eso no merece la pena hablar». Yo no insistí. Su actitud volvió a encerrarme en el cuarto oscuro de la timidez y la sospecha.

Excepto algún que otro fin de semana, mis salidas eran nocturnas, lo que hizo habituales mis encuentros con los del camión. Seguí acudiendo a la antigua cárcel, que se había convertido en un bosque de escombros, un bosque abrupto por el que correteaban las cucarachas, y que en la noche emitía un falso resplandor, pues en verdad lo que refulgía en los cascotes eran las luces de la avenida de los Poblados. Pero parecía que hubiera focos en los dantescos pedazos quebradizos. Yo me colaba por un boquete de la alambrada y me quedaba largo tiempo quieta. Me daba la impresión de que el espacio estaba acorazado, de que disponía de largas estancias. Los focos que alertaban sobre las sombras de los presos estaban desmantelados, y no me atrevía a caminar entre las ruinas por miedo a caerme. Me limitaba a dar rodeos. El miedo no me encontraba; si los grandes parques periféricos, como la Casa de Campo, se vaciaban incluso de maleantes, que se iban a donde podían sacar algo más que algarrobas duras y pétalos de verbena, cómo no iba a vaciarse aquella incómoda escombrera. Antes de que echaran abajo la cárcel constaté la ocupación de algunas celdas que no debían de medir más de dos metros de largo por uno y medio de ancho, en las que no podías dar dos vueltas sin marearte. Habían puesto un guardia de seguridad para que el panóptico no se convirtiera en una villa de rumanos, pero por la noche se hacía la vista gorda con algunos vagabundos solitarios. En las celdas ocupadas encontré pertenencias de sus moradores nocturnos, sacadas de algún cubo de basura, lo que tornaba paradójica la visión de abrigos y mantas colgados en perchas raquílicas. Yo iba por aquel entonces a la cárcel con una amiga que grababa el silencio en el centro del penal. Si mi amiga me hubiese acompañado ahora le habría sido imposible no registrar los sonidos de ese deforme hueso urbano en el que crujían todas las articulaciones. Sin embargo, aquellos días parecíamos metidas en un sepulcro, pues las bóvedas no dejaban que se filtrara el zumbido de los coches. Ahora también habría podido grabar a los del camión, a quienes vi un día detenerse junto a la alambrada, franquear el boquete y fisgar con potentes linternas. Ellos no me vieron a mí. Estaba lejos, agachada y quieta; a mis pies distinguí el envoltorio de un Tigretón, y se oía un crepitar de insectos. Al tercer día de ver a los gitanos pavonearse sobre maderos podridos me di cuenta de que andaban buscando algo que no era cartón. Mi descubrimiento era una obviedad, pero yo no controlo el mundo del hampa. Lo que sí sabía es que hacía ya tiempo que se producían hurtos de ciertos materiales para venderlos en el mercado negro. El cobre era lo que más se robaba. Me parecía no obstante inverosímil que, tras los años que llevaba la cárcel abandonada, aún quedara algo de valor. No sé exactamente qué birlaron. Me esperé a verlos cargar palos largos de apariencia afilada, como catanas. Tuve que incorporarme, y al hacerlo rocé algo de hojalata, que cayó con un estruendo metálico. Los cinco gitanos se volvieron, enfocaron hacia donde yo estaba; me temblaron levemente las piernas, y aunque quise agacharme, no fui capaz ni de respirar. Se quedaron muy quietos moviendo las linternas. Tras de mí solo había alambrada, árboles y oscuridad. «¿Quién hay?», gritaron, y luego: «Si no te largas, te rajo». Otro contestó: «Eso es un gato o un imbécil. Vámonos». Al día siguiente llegaron unas palas cargadoras que vaciaron el solar. Lo que quedó se asemejaba a un pantano de arena cruda. Caminé una noche más por allí, sin ser capaz de situarme en el centro, pues de repente me sentía desprotegida, con demasiada ciudad a los costados y en el horizonte. Me pegué a la alambrada y a sus aristas, y más allá, a esas tenazas ingravidas que emergían de la

oscuridad del parque. Esa noche llegué a la casa con la cabeza despejada y siguiendo un itinerario nuevo. Me entretuve en avanzar en zigzag, a veces dando grandes rodeos porque me gustaba atravesar calles ignotas. Ignoro en qué momento di con el tramo del barrio que conocía.

Tenía una rara capacidad para orientarme. Se trataba de un instinto que me acompañaba desde niña, y no porque trazase planos en mi cabeza. Cuando consultaba un mapa siempre me extraviaba. Jamás recordaba el orden de las vías, y tampoco me preocupaba de buscarlo. Mi tiempo era escaso, pretendía sacudirme la viscosidad de las jornadas, y también vigorizar mis músculos y mis huesos, como si fuera posible reembolsarles una viveza que tantas horas quieta sobre una silla había magullado. Esa piel seca que yo estiraba mientras corría, a la que en vano intentaba arrancar las patas de gallo, era la auténtica cartografía. Existían otras maneras de alisar, de insuflar energía al chasis, como el sexo, si bien yo había dejado de tener relaciones sexuales, así que mis correteos, en los que apenas fijaba mi atención, me servían para hacer algo con mi cuerpo. Si me quedaba sin aliento me detenía, y entonces escudriñaba (siempre lugares abiertos, pues me pasaba el día anhelando una mayor amplitud; nunca sitios concurridos porque no me gustaba mostrarme en chándal, ni siquiera ante extraños); luego regresaba por calles y avenidas distintas a las que me habían llevado hasta allí, lo que reforzaba la certeza sobre mi capacidad para orientarme. Rara vez podía decir con exactitud dónde me encontraba; en ocasiones la sensación de haberme perdido era absoluta. Las ondulaciones de las calles jugaban al despiste, y creía estar yéndome lejos, lo cual no impedía que siguiera. La inquietud me hacía prestar atención, y aparecían portales, comercios, plazas que se me antojaban levemente conocidos. No me acobardaba ignorar dónde estaba, el desamparo de las calles, las pandillas de maleantes adolescentes y los Latin Kings con sus fulgurantes destellos amarillos, ya que los quinquis siempre iban al centro y los pandilleros latinos se peleaban entre ellos. Seguramente yo tampoco era ningún caramelo. Mi atuendo pobre y escasamente deportivo, el tintineo de mis llaves, mi cara roja por el esfuerzo, el cabello recogido en una coleta, la noche congelada. «¡Eh, tú, chavala!», me habían dicho en alguna ocasión, pues con esa vestimenta y el pelo de cualquier manera en el cogote no soy muy distinta a una muchacha poco agraciada que va a la farmacia de guardia a por medicinas para su madre, cosa esta que yo misma hice entre mis dieciséis y diecisiete años, con mi madre enferma en casa: agarrar las recetas mientras mi padre impartía su calma. Que no fuera muy diferente me arrastraba hacia esta conclusión: el paso del tiempo no cambia nada, todo el rato hacemos las mismas cosas, pero les ponemos un disfraz para que parezcan distintas. No me gustaba enchufarme el iPod; las canciones se convertían en una muralla de ruidos que me aislaban, y era como caminar en el interior de una cápsula a la que no llegaban sonidos fundamentales. Quizá sí caminaba por una cápsula, la conformada por las paredes del piso, unas paredes que yo llevaba puestas en mis paseos a la manera de una capa invisible.

En una de mis carreras nocturnas me di cuenta de la cantidad de casas allanadas que había en el barrio. Subí por Peñaflor y Hoyo y arribé a una zona que, a pesar de mis vueltas, no frecuentaba, pues las calles eran empinadas, no se llegaba rápido a ningún horizonte y yo buscaba las vistas y los remansos. Pero ese día necesitaba cansarme; llevaba dos días sumergida en una bibliografía mal documentada y difícil de verificar. Incluso había tenido que hacer llamadas que nadie iba a abonarme. Había buscado tanto ciertos libros que jugaba ya con la hipótesis de que el ensayista, para apoyar su argumentación, hubiese elegido a propósito obras falsas de autores rusos y suecos escasamente traducidos e imposibles de rastrear por Internet. Tal vez, me decía, la estrategia de algunos estudiosos consiste en manejar fuentes falsas para reforzar puntos de vista propios que la comunidad de expertos no aprueba, ya que nada parece tener solidez si no se acompaña de infinitas referencias que vengan a decir lo mismo. E incluso puede que esas fuentes lleven décadas existiendo solo en las notas a pie de página. ¿Y si además el manejarlas dota al académico de un poder ilimitado, puesto que nadie rebate una existencia que todos conocen de oídas, sin confesar que no han sabido acceder a ella para no mermar su prestigio? El caso: la acera era estrecha, alta e incómoda como la de un pueblo, pero no tuve dificultad en, una vez comprobado que no circulaban coches, bajarme a la calzada y llegar a la cúspide pensando en batir un récord en los cien metros lisos. Descubrí otro montículo, y luego otro y otro; por la forma en que se disponían, parecía que el espacio contara con un espesor distinto; pensé que nunca había visto cuevas parecidas, que no engañaran por su forma laberíntica, como ocurría en ciudades árabes, sino por disponer de un espacio cuya extensión real se hurtaba al prometer un horizonte. Me paré; estaba sin resuello y un poco molesta. No tenía el premio de reposar la vista en un paisaje ni de saber qué había más allá. Los edificios de protección oficial setenteros se alternaban con casas bajas que me hicieron pensar en pueblos de Ciudad Real. En una de ellas había unos maderos sujetos con clavos en la puerta. Era la típica vivienda que llevaba años cerrada, y eso seguiría pensando si no fuera porque, por el agujero de la puerta, asomó un gato orondo, que no pudo sacar el resto del cuerpo, pero que me dijo miau. Cuando desapareció advertí una luz que venía del hueco. Al agacharme vi un zaguán, y al final las resistencias naranjas y brillantes de un calefactor en torno al cual se movían unos pies. Era una casa ocupada, y los maderos estaban ahí para disimular. A la semana siguiente observé en una calle cercana unas cuantas casas más allanadas de esa misma forma discreta, con tablones que disimulaban mal y ventanas forradas con cartón. De algunos pisos cuya construcción no estaba rematada salían cables hasta las farolas cercanas para robar luz. Si el robo permanecía a la vista, es que la policía y los vecinos estaban al tanto. Pensé en los del camión; siempre les había supuesto una vivienda clandestina, asociada con alguna actividad ilícita. Me introduje en la colonia nueva, cuyas casas tenían la luz robada; en las jardineras no encontré más que tierra removida, y solo el ruido de los coches atravesaba una oscuridad cuyo destino era desaparecer, tornarse en una plaza nueva y fea de la que huiría el misterio. No ignoraba la existencia de viviendas sin permiso de habitabilidad debido a irregularidades, y que había muchos pisos a medio construir porque faltaba el dinero. Siempre pensé que estos proyectos fracasados estaban en mitad de páramos, o a unos reglamentarios kilómetros de la línea de costa. No imaginaba que tal cosa sucediera en la ciudad. Tal vez esta

colonia sin rematar no era de protección oficial. Tampoco podía saber si los pisos estaban ocupados de forma ilegal, o se trataba de una cooperativa de viviendas habitada por los timados a pesar de su construcción inacabada. Si me ponía a especular a tenor de lo que había pasado en los últimos años, las posibilidades eran infinitas: urbanizaciones fantasma, calles enteras de inmuebles vacíos en el centro, cuyos propietarios no los alquilaban para jugar con la escasez de oferta y mantener los precios altos (los bajos de esos edificios eran oficinas y comercios, y las calles tenían una actividad plena que parecía contaminar incluso las azoteas, plagadas de carteles); algunas edificaciones con solera que los ayuntamientos habían comprado y cuya ocupación se permitía porque, aunque se defendía el proyecto de rehabilitarlas, ya ni siquiera había presupuesto para mantenerlas. En una ocasión saltó a la prensa el caso de un chalet del que solo se había levantado su estructura porque una familia sin hogar decidió acabar de construirlo para instalarse. Los miembros de esa familia se convirtieron en famosos durante un par de semanas, y en los periódicos y en las tertulias se habló del fenómeno de la autoconstrucción, que había sido relevante durante la posguerra. Por otra parte, los edificios más viejos del centro llevaban décadas con sus vigas de madera afectadas por las termitas, y como la reparación de toda la estructura era difícil y costosa, se multiplicaban las columnas de hierro, lo que hacía que los inmuebles parecieran estar reconstruyéndose en el interior de una fotografía antigua. Aunque ningún edificio se venía abajo por una plaga, lo cierto es que, según escuché en una ocasión, algunos se hundían considerablemente. Imaginaba a las señoras de los semisótanos, que pelaban las patatas para el asado, mirando cómo sus ventanas se llenaban de barro frío, con ese olor denso de la tierra que recuerda a la carne cruda, y arriba una franjita de luz y calle. Me figuraba que los habitantes de ese tipo de inmuebles estaban avisados de que algo así podía ocurrir, y que cuando sucedía, se comportaban como los que viven al pie de un volcán y llevan años atentos a los suaves hilos de humo que atraviesan los días claros. Muy ordenadamente, recogían su ropa predilecta y sus portátiles. A pesar del fraude de las cooperativas, de las calles céntricas cuyos edificios estaban vacíos, de las urbanizaciones a medio construir, hasta hacía muy poco no había habido protestas. Los afectados esperaban educadamente a que llegara el juicio mientras vivían en casa de sus padres o de sus abuelas, y los que alicataban con sus propias manos las paredes del baño de la casa que se acababan de comprar posaban con resignación para los telediaristas. La ciudad permanecía más o menos igual, con su apariencia de caos ordenado, de hecatombe asumida. Yo me subía en ocasiones a la cuarta planta de la biblioteca en la que trabajaba cuando me cansaba de estar en mi piso, aunque cada vez la frecuentaba menos porque habían puesto wifi y ya no estaba allí a salvo de perder el tiempo en Internet. Observaba desde sus palaciegos ventanales la densidad soleada del aire, lo que se podía barruntar frente a la M-30 y la M-40, el golpe de la metrópoli cuando la recordabas desde la playa, pues a eso se parecía aquel paisaje, a un puro recuerdo, y también a una impresión general de soledad, como si los edificios estuvieran deshabitados o los ocupara el desierto. Esa impresión de páramo que desprendía la urbe solo podía desmentirse por el sonido de la calle, y en la biblioteca, a menudo vacía, lo único que se oía era el silencio. Aquellas vistas me llevaban de nuevo a repasar los cuadros de Antonio López en Internet, esos cuadros con su exactitud delirante, de cuajo echado a la existencia. La ciudad parecía congelada, pero no por el frío, sino por la luz y el calor. Desde aquella cuarta planta jamás se veían transeúntes a lo lejos. No es que no los hubiera, sino que resultaba imposible reparar en ellos. La soledad de los edificios erguidos, la

precariedad tan eficaz con la que se multiplicaban unas cuantas formas, como las amebas y otros organismos cuando un rayo fecundó los océanos, hacía que la vista borrara la vida, y todo funcionaba como un revés de ese origen, pues la tierra se reseca. Eso era lo que se veía debajo de la cuadrícula ladrillosa: tierra áspera. Por eso, me dije, el cuadro que buscaba, ese cuadro que estaba segura de haber contemplado, había simplificado la forma hasta resolverla con unas líneas escuetas.

Vagué un rato distraída por la colonia, en verdad inmensa, mirando las luces de las ventanas, que se proyectaban sobre el suelo de arena; a partir de cierto momento me sentí vigilada no desde los pisos de los que salía luz, sino desde los que permanecían en penumbra. Resultaba imposible averiguar si me observaban, pues en torno a las plantas que no tenían luz se cernía una oscuridad cerrada, pero mi impresión era viva, y con sigilo volví a la calle. ¿Qué importaba que alguien se empeñara en mirar, si de todas maneras la circunstancia, de mostrarse cierto lo que pensaba, debía de ser vox pópuli? Eché de nuevo a correr; llevaba mi chándal grueso, de invierno, y deseé proyectar en el cristal de los escaparates una imagen más ligera.

Al llegar al piso me encontré a Susana con unas tijeras de cortar las uñas, finísimas y extrañamente bellas, que surcaban con delicadeza un folleto imponente donde había un mapa de la villa. Se trataba de propaganda de la Entidad Estatal de Suelo. Susana se inclinaba sobre la zona norte. Recortaba inmuebles que no eran más grandes que la mitad de la uña de mi dedo pulgar, y también, y eso me pareció una clase de locura, coches del tamaño de pulgas, cuyas formas, fuera de las carreteras minúsculas del mapa, quedaban reducidas a pizcos de colores. Susana lo hacía con destreza; tardaba apenas tres segundos en rodear con la punta de la tijera los diminutos bordes. Luego metía las figuras en sobres que rezaban: «Árboles», «Jardines», «Edificios altos», «Edificios bajos». Lo que iba quedando sobre el mapa era solo el trazado. Por primera vez recortaba en el salón. Siempre, tras la cena, se metía en su cuarto para dedicarse a sus miniaturas. Le pregunté para qué hacía aquello, y me dijo que quería cambiar los edificios de sitio. Su pretensión era que el mapa permaneciera igual en su estructura, pero con todos sus elementos traspuestos. Iba a componer varios mapas.

—¿Y no hay programas de ordenador que lo hagan más rápido?

—Supongo, pero eso tiene menos gracia —me dijo—. Con el ordenador podría obtener en pocos minutos veinte combinaciones diferentes. Quedaría perfecto, y a mí me gusta que se note el trabajo. La suciedad.

—¿Y qué vas a hacer luego con eso?

Susana cogió la mochila donde llevaba su portátil y sacó un taco de planos.

—Quiero hacer series. Luego puedo quemarlas o exponerlas —respondió, y al pronunciar «exponerlas» tintinearón sus ojos. Eso le permitiría ingresar en el universo cultural que le obsesionaba, o al que en cualquier caso recurría, como máscara, o como coraza, o como lo que fuera—. Hay una película —continuó— en la que un artista descompone en unos lienzos lo que ve por la ventana. Cuando ya ha conseguido desbaratar una parte del paisaje, empieza a percibir su calle tal como está en sus cuadros. Va al supermercado, que parece haber sido machacado en un mortero, y coge un tarro de mayonesa con pinta de patata Pringle. A su alrededor todos se comportan con

normalidad, y solo el vecino a quien él ha descuartizado en tonos ocres y dorados se integra en el nuevo orden. Charlan educadamente; la cabeza del vecino se abre sobre su nariz y de ella sale una mano que va echando latas de cerveza al estropajo de fibras en que se ha convertido el carrito. Al artista le gusta que el mundo se haya plegado con obediencia a sus fundamentos estéticos. Luego la peli se malogra y acaba siendo de lo más previsible.

No quise preguntarle en qué sentido se malograba. Lo que quería era meterme en la cama, pero la mirada de Susana y su voz de urraca me clavaron en la pared como si me hubieran fijado con chinchetas. Me contó hasta el final la mecánica no cuántica de la película. En lo que tardó en detallarme el argumento (pensé que se lo estaba inventando, y no sé por qué, pues mi inquilina había visto casi todas las películas y tenía una memoria prodigiosa), recortó una zona de Villaverde de edificios blancos y lanceolados, como hojas de árbol. Se ayudó de una lupa que proyectaba un reflejo saltarín en la cartulina. Empecé a deslizarme hacia la puerta de mi cuarto. Le dije que deseaba trabajar un rato antes de acostarme. Ella me hizo sitio en la mesa.

—Puedes trabajar aquí. No vamos a hablar. Además, Janssen está conectado.

Me asomé al Hp mini y vi a Janssen reclinado sobre lo que parecía un libro. Por un momento, me imaginé a Susana en el trabajo acompañada desde la pantalla por su novio o ex novio holandés, con el ordenador a sus pies para que no la pillaran los jefes y sin decirse una sola palabra. Janssen espiaría sus piernas cercadas por leotardos negros y espesos. Susana no ocultaba su ansiedad por tener encendido el ordenador a todas horas. Desde que se había medio reconciliado con Janssen, lo primero que hacía al llegar al piso era sacar el portátil de la mochila y darle al *on*. Mientras el motor emitía un ruido metálico, ella se ponía cómoda y, antes de atacar la barra de pan y el café que yo le preparaba, Janssen ya estaba en la pantalla. Jamás se escribían, y el chat no lo usaban por razones que ignoro. Luego venía la hora de utilizar el Skype para hablar en lugar de para solo acompañarse, pero eso era más tarde, cuando Susana había cumplido con sus recortes, sus anotaciones, sus películas y sus visitas virtuales o reales a exposiciones. Algunas tardes Janssen no estaba, y Susana, mientras merendaba, no dejaba de mirar el Hp. Se la veía con una tensión distinta, más pasional y menos rígida, y yo tenía la impresión de que iba a entonar una soleá, o un fado, o cualquier canción popular. Su charla conmigo era impaciente; si Janssen aparecía, anunciaba: «Aquí está Janssen», y lo decía como si hubiese completado un cartón del bingo. Nuestra relación había cambiado de manera notable, y no porque ella dejase de mantener esa conducta esquiva sobre su pasado y su trabajo, sino porque la convivencia había acabado por acostumbrarnos la una a la otra, por naturalizarnos a pesar de nuestras rarezas. Ya no nos vigilábamos. Ahora estaba frente a mí muy tranquila. Pensé que eso sería el efecto de haber pasado toda la tarde enredada con sus recortes y de que su novio, o su ex novio, llevase todo el día en su cuadradito del margen izquierdo de la pantalla, como un Lladró en una vitrina. Me sentí sola cuando encendí mi ordenador; no había nadie que me acompañara de esa manera. Miré mi Facebook insuficiente y frío. También me ocurría que ese domingo ya había dedicado mucho tiempo a las galeradas con las que andaba, y mi intención de trabajar durante la noche había sido una mentira blanca que ahora empezaba a amarillear. Aguanté cuarenta y cinco minutos. Luego, con la excusa de que me estaba durmiendo, logré meterme en mi cuarto. Cuando me acosté, me di cuenta de que tiritaba.

Pocos días después, en la calle, tuve una suerte de pálpito, un presentimiento desbocado, un desbarajuste absoluto de mi sistema nervioso. Me fijé en que habían cerrado la tienda donde hacía un año encargué una bicicleta estática. Los negocios clausurados, pensé, eran detalles mínimos de un organismo cuyo corazón aún latía a pleno rendimiento, y no debía alarmarme. Me dije esto cuando llegué al centro comercial Plaza de Aluche, desde cuya cúpula un proyector lanzaba imágenes de nieve sobre una calle cenicienta. Había carteles anunciando las rebajas de enero, y las tiendas estaban llenas. A pesar de que la estampa era rutinaria, la forma como hervía el bullicio tenía algo inhabitual, algo que recordaba a bulevares franceses de la periferia, donde las tiendas reúnen una clientela dudosa que se arremolina largo tiempo frente a los escaparates. Cogí un autobús; necesitaba ver más, y conforme el vehículo aumentaba su velocidad todo se ralentizaba, como si los perros tardasen el doble en olisquear las esquinas y los troncos de los plátanos. Los únicos transeúntes parados eran viejos sentados en bancos bajo un sol escaso, escena común, si bien me parecía que eran demasiados, y que su apelonamiento en algunas plazas, bajo las estatuas y rondando ciertos edificios oficiales, ofrecía una lectura distinta y torcida. Durante algunos segundos aquellos viejos se tornaron monstruos que me miraron con sonrisas marrulleras. Tardé en formularme esta percepción de manera adecuada, en reconocer que eran visiones. Notaba los latidos del corazón en mis orejas. Tuve también este pensamiento: alguien, o algo, me advertía. Me mantuve un tiempo más al borde del desmoronamiento.

El autobús se alejó de los parásitos. Traté de hablar. La sangre no llegaba a mis extremidades. Las tenía frías, secas; iban a desprendérsese del cuerpo. Cuando di un paso no sentí el suelo y me agarré al abrigo de una mujer.

—¿Es que vas borracha? —me dijo.

Logré bajarme del autocar; el suelo seguía sin estar bajo mis pies y me sujeté a las paredes. Luego me senté en un portal y permanecí allí no sé por cuánto tiempo, hasta que recobré la sensibilidad. Pensé que estaba loca. Me lo formulé diez, veinte veces. Caminé. El movimiento me hería. Los coches con sus zumbidos lacerantes. Las voces de quienes charlaban en los portales, altas y crispadas. Los que andaban tras de mí. Sus alientos, sus cuerpos, estaban demasiado cerca. Yo misma no me aguantaba y quería arrancarme a pedazos. Llegué al piso; caminé por todas las habitaciones. También por la de Susana. Me tumbé en la cama. Huyó la impresión de que una catástrofe me convertía en su epicentro, pero todo seguía pareciéndome irreal. Comencé a andar otra vez por el piso, con lentitud. Entré en la cocina y observé la hornilla; pasé al salón y miré la vieja mesa y las estanterías atestadas de libros con roña. Las cosas desprendían una existencia pesada que me abrumaba. De nuevo me fui a la cama. Estaba exhausta y me quedé dormida.

Me desperté con un desamparo y una angustia peores que las percepciones de antes. Eso pensé al principio, pero comencé a manejarme, a sacar fuerzas para rastrear en Internet mis inhóspitas alteraciones. Busqué esquizofrenia y luego psicosis. Yo no había escuchado voces. Había visto máscaras. Me pregunté, pregunté a la pantalla, dónde estaba lo decisivo. Encontré estas tres palabras, ataques de pánico, y entonces me acordé de cuando Germán se desvanecía en sus reuniones de trabajo. Le llamé.

—Tengo ataques de pánico —le dije—. Y creo que me estoy volviendo loca.

Me pareció de fábula hablar. Hilar frases y poner nombres; que mi voz no se hubiera convertido en una escandalera de latas nupciales atadas a la parte de atrás de un coche.

El decir, el instaurar un orden, me relajaba, y seguí lanzándole a Germán variaciones de lo mismo: tengo ataques de pánico, y también creo que me estoy volviendo loca.

—Para, Elisa. Son solo ataques de pánico. Por eso sientes que te estás volviendo loca —me dijo, o yo lo escuché por primera vez y quizá me lo había repetido todo el rato.

Entonces tuvo lugar la siguiente conversación en la que fui capaz de parecerme a alguien sin pánico. No supe de dónde me venía la fuerza ni quién era la que hablaba:

—Me contabas que te quedabas paralizado.

—Eso también. ¿Qué es lo que has leído? Los ataques de pánico se manifiestan de muchas formas. ¿Quieres que vaya?

—No.

—De todas maneras voy a ir esta tarde cuando salga de trabajar. ¿Susana no tiene ansiolíticos?

—Y yo qué sé. ¿Por qué?

—¿No te ha contado nada?

—No cuenta nada sobre ella. Solo cosas de su novio o su ex novio y de proyectos artísticos raros. Tú me dijiste que era una tía normal.

—No te dije eso. Te dije solo que una persona acostumbrada a compartir piso no iba a darte problemas. Además, es una tipa curiosa, ¿no te parece?

—No quiero hablar ahora de Susana.

—Perdona. Iré a verte esta tarde.

Cuando colgué algo muy leve había vuelto a su sitio. Luego retornó el zumbido silencioso. Ese zumbido tenía unos cuantos decibelios más que ayer, que anteayer, que hacía un mes. Pero sabía cómo quitármelo. Guardaba dos botellas de vino, otras dos de whisky, un vodka polaco y el orujo que me había regalado un fraile de Burgos en un arcón pintado con motivos campestres. Encontré el arcón durante una noche de recogida de muebles en el barrio de Salamanca, junto con algunas joyas modestas a las que roía la carcoma.

Agarrarme al pensamiento. Siempre que había estado cerca de quebrarme había buscado una forma *lógica* de salir. Una forma que el conocimiento asegurara. Como si el conocimiento no fuera una construcción endeble. Hasta que llegó Germán estuve buscando en Internet causas y remedios contra mi mal. No comí. No podía tragar, pero había regresado a mí. A mi depresión incipiente y *lógica*. Eran las ocho cuando Germán arribó al piso; Susana salió a saludarle y fue la primera vez que los vi juntos. Hablaron de personas a quienes yo no conocía y no pude aguantar estar allí de pie, entre el olor de sus camisas; creí que me iba a dar otro ataque. Saqué del arcón la botella de whisky y me bebí medio vaso a palo seco. Cuando volví al salón Susana dijo:

—Bueno, os dejo para que habléis.

No nos molestó. Sentí el alivio de la borrachera que me fui pillando con Germán mientras él no paraba de advertirme que al día siguiente iba a levantarme peor, que el alcohol dispara el pánico cuando el efecto se pasa. Me daba igual: estaba eufórica, con una alegría que me apabullaba, con esa convicción ebria de que es posible instalarse en la gloria para siempre. Dejé de creer en lo sucedido.

Germán me había conseguido una tableta de trankimazines. Cuando se marchó, vomité, me tomé una pastilla y me metí en la cama. Al levantarme me tomé otra. Miré la dosis mínima indicada en el prospecto que encontré en la web. Pasé el día con sueño e intentando corregir. No sentí pánico. Tampoco me encontraba bien, pero mi malestar era soportable.

Los días siguientes me fui a trabajar a la biblioteca. Me llevé un litro y medio de té porque era incapaz de cazar erratas sin excitantes. También me tomaba el trankimazin. El efecto del té me disuadía de mirar demasiado por la ventana y de salir a fumar; el trankimazin mantenía a raya el pánico. Aunque me empeñaba en estar bien, no dejaba de sentir que todo podía tornarse apocalíptico, y me inquietaban la disposición del espacio y la mirada de los bibliotecarios, ante quienes creía que iba a desvanecerme. No entendía por qué ese mecanismo se detenía si me concentraba. Al cabo de una semana se me acabó la tableta de trankimazines. No me habían dado más ataques; pensé que si dejaba pasar un tiempo más lograría cierta estabilidad. Ese pensamiento me duró un día. A la mañana siguiente volví a romperme. Ocurrió también en un autobús. Había ido a primera hora a la oficina para dejar un manuscrito; a la vuelta me senté detrás del conductor. Noté un hormigueo en las piernas y en los brazos, que se me paralizaron. Asistí a lo que me pasaba como si le ocurriera a otra persona. Pensé que se trataba de un ictus, y que la muerte debía de ser un acto tranquilo y de comunión con la propia escasez de fuerzas.

—¿Pueden parar y llamar a una ambulancia? No puedo mover los brazos —le dije a la señora que estaba a mi lado, una ecuatoriana que, en lugar de hablar con el chófer, me miró como si yo fuera Marilyn Manson y se bajó del autocar.

A los pocos minutos recobré el movimiento, y fue entonces cuando me espanté. Conseguí abandonar el autobús, refugiarme en una cafetería y llamar a Germán, que vino a recogerme en un taxi. Luz vejatoria, trajín, sonidos ásperos. Momias. La marea de mi cabeza mientras Germán me abrazaba y su piel tibia que volvió más liviano el quiebro. Retorné a un estado igualmente patológico, pero sin atravesar la frontera.

—La de mi curro solo me ha dado lexatines —me dijo Germán cuando me vio más compuesta—. Tienes que ir al psiquiatra. Ahora vamos a pedir cita con tu médico de cabecera.

Asentí. Mi médico de cabecera era una mujer que me recibió esa misma tarde, y su sentido del deber la llevó a reñirme: ¿cómo es que no había avisado a mi familia de lo que me pasaba?, ¿mi soberbia llegaba al punto de privar a mis padres del derecho a saber cómo estaba? La doctora llevaba ese tipo de mechas rubias mezcladas con raíces castañas y grises que hacen pensar en un cenicero sucio, labios color rosa Sisí, pañuelo estampado con motivos propios de una cortina. Me dio una receta para más lexatines, un volante para el psiquiatra y una bola de goma que, al estrujarla, apaciguaba los nervios. Había una lista de espera de una semana para el psiquiatra.

Estuve cuatro jornadas sin tomar más decisiones que la de aguardar a que la ansiedad pasara, y lo único que pasó fue la sombra del monstruo durante el día y las presencias negras durante la noche, arremolinadas en torno a mi cama para clavarme sus garras en la primera vértebra cervical. Resolví mezclar los lexatines con el alcohol y la ansiedad cedió, aunque no podía emborracharme mucho para trabajar. Solo me alcoholicé salvajemente el día que tuve que ir a por un manuscrito a la oficina. No sé en qué estado llegué, ni qué pensaría Carmentxu. A pesar de que había atravesado la ciudad, ni siquiera fui capaz de aprovechar esa salida para irme al hospital. Ahora que escribo esto, me doy

cuenta de que algo en mí se aferraba al desmoronamiento.

Germán impidió que torpedeara mi cita con el psiquiatra. El día en que tenía que presentarme en su consulta decidí no ir; sin embargo, él me llamó un par de horas antes, y cuando le solté que había resuelto quedarme en casa, se plantó en el piso, me obligó a vestirme y me metió en su coche; creo que Susana, de la que me había estado escondiendo toda la semana, dijo algo así como «¿Pasa algo?», y que Germán le respondió que la llamaría. Yo estaba tan enajenada por tener que salir a la calle que no atendía.

En la consulta del psiquiatra se reanudaron los temblores, y mi mandíbula se entregó a toda clase de movimientos espasmódicos. El facultativo me inyectó un tranquilizante y le extendió a Germán una receta. Apenas me dijo nada, o eso creo. El tranquilizante me hizo dormir dieciséis horas; cuando me desperté, tenía en la mesita de noche dos cajas de medicamentos sobre un folio con instrucciones en las que reconocí la letra apretada, escueta, de Germán. El cóctel sanador mezclaba ansiolíticos con antidepresivos. Me los tomé; estuve toda la mañana ahuevada, y cuando Susana volvió del trabajo me repitió las instrucciones que Germán me había dejado escritas. Añadió:

—Tienes que volver al psiquiatra la semana que viene. Si no quieres que vaya contigo, Germán te acompañará. Me ha dicho que lo llames.

En mi estado, comparable al de un enfermo de narcolepsia, apenas podía corregir, y le dije a mi jefa que estaba con cuarenta de fiebre. La duermevela química, que describía ciclos caprichosos, me mantenía en una calma impostada en la que a ratos lograba ser alguien casi normal que se ha levantado con resaca y remordimientos por el ridículo de la noche anterior.

Susana me preguntaba a diario si me había tomado la medicación. Me observaba con parsimonia; quizá se sentía a salvo contemplando mi debilidad. Se esforzó en convencerme de que yo había tenido suerte, pues las crisis podían ser devastadoras. Le pregunté qué quería decir y no se explicó.

Una tarde la vi aparecer con mi libro. Lo había sacado de la biblioteca y lo puso sobre la mesa. Metió entre sus páginas el pequeño relato, o lo que fuera, que yo había escrito para el periódico, como si estuviera reuniendo mis obras completas. Juzgué maldito ese cuento arrugado, con su descripción anticipada de trayectos y caídas, y le pedí que lo retirara de la mesa.

—Pensé que te daría fuerza ver lo que has hecho —se excusó como si fuera un manual de autoayuda.

—Te lo agradezco, pero más bien me perturba —mentí.

Lo que me molestaba era que Susana observase mis reacciones ante algo que me comprometía. Ahora todos los objetos, incluido mi libro, despedían un aura de vivos en otra dimensión. Yo ya tenía bastante con esos otros objetos. ¿Y si me daba por abrir la novela y leer un par de páginas? ¿Qué sinsentido trenzarían esas palabras?

En un curso al que me había apuntado tras mi mudanza a Aluche, cuando barruntaba montar una empresa de servicios editoriales, me habían dado claves para gestionar el tiempo de una forma empresarial, es decir, vigorosa y sin contemplaciones para los cafés y el bello y a la vez horripilante paisaje de barrio ladrillista. Quien impartía el módulo se acompañaba de estudios científicos llevados a cabo en universidades americanas que señalaban la falta de eficacia y el consiguiente estrés de los que, como yo, saltaban de la cama al ordenador yendo entremedias una docena de veces a la cocina o al correo electrónico. Los estudios incluían experimentos en los que se obligaba a los freelance a pasar algunas semanas en lofts de aspecto fantasmal, donde no podían acceder a redes sociales ni a otra cosa que a las mortecinas webs de sus clientes. Su rendimiento aumentó considerablemente. Me había esforzado por traducir en páginas y caracteres esa cifra, pero se me colaba el sudor, la espalda dolorida, el aceite de freír, el polvo, mi respiración, las imágenes que cada palabra y cada frase generaban. Era imposible convertir mi actividad en una acción pura. Los freelance de esos estudios de universidades americanas, Trevor Harris, Doron Nissim, Robert Herz, Morgan Stanley, Jerome A. Chazen, Gauri Bhat, Ryan Wilson, que trabajaban, al igual que yo, hasta bien entrada la noche sin contar con un solo día libre a la semana, pudieron acabar su jornada por la tarde y tener los sábados y los domingos libres gracias a la disciplina a la que les obligaba el experimento. En el curso pusieron unos ejercicios, que cumplí más o menos para experimentar la eficacia procurada con buenas dosis de fuerza de voluntad. Ahora había días que trataba de seguir esas directrices resumidas en un papelito azul y guardadas en mi cómoda. Era cierto que, plegándome a aquellas instrucciones, llegaba antes al final de la jornada; sin embargo, lo que me restaba por hacer me recordaba lo sola y frustrada que estaba. Mi zozobra aumentaba entonces los suficientes grados como para que el tiempo libre no me resultara deseable. En cambio, mi actividad incesante, salteada con aquellos extraños abismos de nada en Internet, me permitía un olvido mayor de mi situación, lo que no dejaba de ser paradójico. Esa sensación de fuga no era gran cosa, aunque hacía que mi furia y mi hartazgo se multiplicaran, y que llegara al final del día con la adrenalina bien puesta. Y entonces mis paseos me gustaban.

Pero ahora ocurría que mi volumen de trabajo había empezado a aumentar porque me daban más libros para corregir con agobiante premura, y ello implicaba esforzarme más y terminar algunos días no ya a las nueve o las diez, sino a las doce de la noche. A pesar de que estos libros urgentes habían comenzado a pagármelos, aún me debían las correcciones de los meses anteriores. Me acordaba a veces de las pautas de la negociación Win-Win, que aprendí también en aquel curso donde se nos enseñaba a los freelance a sacar partido de nuestra autonomía. Yo no tenía mucho que rascar, pero me presentaba todo lo Win-Win que podía para que Carmentxu estimara que las dos ganábamos algo con mi fidelidad. Se lo daba a entender con una solicitud que durante la época en la que trabajaba en la oficina no había mostrado. No obtenía ningún tipo de prebenda ni de satisfacción personal con mi estrategia. Semana tras semana salía del despacho de mi jefa humillada no solo por mis condiciones cada vez más penosas, sino también por algo que no me gustaba admitir. Los sellos de ficción del Grupo Editorial Término publicaban libros de autores de best seller y libros de autores literarios consagrados. Aunque yo no pertenecía a ninguna de las dos categorías y llevaba mucho tiempo

afirmando que mi vocación de escritora había sido un espejismo, me sentía dolida por que mi jefa jamás hubiese mostrado el menor interés por lo que había hecho y por lo que tal vez me restaba por hacer. En el fondo no me había resignado a ocupar el humilde puesto de correctora, y pensaba que las circunstancias podían volver a aliarse para que escribiese un nuevo libro con el que atestiguar cierto mérito. Desde que era autónoma y mi ánimo naufragaba, esta circunstancia, que antes apenas me hería, se estaba convirtiendo en un motivo crucial de mi desazón.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo cuarenta y cuatro —respondió Susana.

La contemplé con asombro. No había una sola arruga en su rostro, ni caídas equívocas en su cuerpo. Sus pechos enormes y alemanes se mantenían firmes incluso cuando no llevaba sujetador, y a pesar de que era grande y de que le gustaba comer, en su tripa no había rastro de orografías. La había visto un par de veces en bragas, y su culo, siendo tan grande como el resto del cuerpo y con una extraña forma de mesa, exhibía las virtudes de un trasero atlético, como si hiciera diariamente tres horas de gimnasia rítmica y se chutara anabolizantes.

—Lo empecé todo tarde. Hice Pedagogía tarde, intenté especializarme tarde, y mi relación más larga y seria también la inicié tarde. Antes de la carrera pasé un tiempo en Londres y luego me marché a Cali, donde me matriculé en la universidad. Cursaba tres asignaturas de Psicología. Las tenía a primera hora de la mañana. Un día me quedé dormida, y cuando llegué al campus me encontré con un tiroteo. Parte de quienes venían conmigo a clase murieron. Fue entonces cuando me dio el brote psicótico. Vi cómo recogían los cadáveres y limpiaban la sangre. Treinta y dos personas muertas, ¿qué te parece? Al día siguiente empecé a sentir que me vigilaban. Tras las ventanas, cuando cogía el coche, desde la pantalla de televisión. Hasta que un día los noticiarios hablaron sobre mí. Se había escapado la única alumna de la universidad a la que habían querido realmente matar. Compartía piso con una inglesa y un portugués, compañeros de la organización para la que trabajaba como voluntaria cuidando a niños de la calle, y fueron ellos quienes se alarmaron, porque me pasé dos noches sin dormir, sin salir de mi habitación y escuchando a Frank Zappa. Los niños que tenía a mi cargo querían saber qué me pasaba. Sin embargo, en la habitación yo pensaba en ellos como gremlins disfrazados de humanos. De todo esto guardo un recuerdo difuso; lo que puedo contarte lo habría confundido con un sueño si no fuera porque mis compañeros de piso me confirmaron algunas de las cosas con las que deliraba. Desde luego, no las habría olvidado, pero pertenecen a un orden raro. Me encerraron durante tres semanas en un psiquiátrico, hasta que llegó mi hermana para llevarme de vuelta a España. Durante los seis meses siguientes tomé primero risperdal, porque me diagnosticaron erróneamente una esquizofrenia. Luego me pasaron al litio. El risperdal hacía que me temblara la cabeza y que tuviera una sensación de estar oscilando. También me asolaban los tics y mi propia lengua, que era como una bayeta empapada de líquidos. Hacía lecturas poéticas, y cada vez que leía un verso el cuello se me iba hacia atrás, como azotado por una ráfaga de viento a 180 kilómetros por hora. Tuve que dejar de hacer las lecturas porque me daban tortícolis, y eso que el psiquiatra y la psicóloga me decían que debía continuar con mis actividades. Curiosamente, los laboratorios que fabrican el risperdal se llaman Janssen y tienen una sede en Colombia. Antes de irnos de Colombia, mi hermana quiso hacer un viaje. Ahora pienso que mi hermana me quitó la medicación y me dejó alucinar hasta que se terminó el periplo. Lo pienso porque apenas recuerdo nada. Solo selvas de color aceituna y guerrilleros portando cargamentos de cocaína y preguntando por Susana Baños, la que se había escapado del tiroteo. Para serte sincera, ni siquiera sé si mi hermana me llevó de viaje. Ignoro si se trata de una alucinación mezclada con cosas de Colombia que he visto por la tele. Nunca se lo pregunté a mi hermana porque en los meses siguientes estuve

ida, y además prefería mi versión. El risperdal daba también insomnio y hambre. Engordé veinte kilos, que me quité con la dieta Atkins. Si estaba mucho tiempo con la boca abierta, lo que me ocurría a menudo porque las fosas nasales se me quedaban secas, babeaba. Era fantástico verme.

Susana continuó con su retahíla de sucesos. Me siguió diciendo que a su vuelta a España se dedicó a poner anuncios en la sección de contactos de los periódicos. Gracias a esos anuncios tuvo una relación con un enano. Me narró los pormenores de esa relación sin pudor. Nunca había hablado tanto sobre sí misma, y tuve la impresión de que mi ansiedad traspasaba sus palabras.

Los días que siguieron dejé de sentir la somnolencia y el nerviosismo mórbido del shock químico. Lo único que me producía una inquietud creciente era lo que mi inquilina me había contado.

Esto también me parece ahora una consecuencia de mi trastorno: durante algunas jornadas me olvidé de lo que me había pasado porque solo podía pensar en Susana y el enano. Ignoro si era una forma de evasión o simplemente se trataba de que la vida se abría paso entre el miedo y las pastillas. Hablo de vida porque por primera vez en tres años tuve el impulso de escribir, y me entregué a él sin reservas.

Armé un relato con la historia de Susana. Traté de alcanzar la impresión que me habían producido sus palabras; la mezcla de fascinación y estupor.

No utilicé el portátil porque la pantalla me recordaba demasiado al trabajo. Lo escribí todo en una libreta. Cuando lo acabé, no supe cómo juzgarlo. Me obsesioné por dejar clara la manera en que estaba construido. Tuve miedo de la cercanía de mi voz, que había puesto entre paréntesis, con la del personaje de Susana; al releerlo, especulé con que no era fruto de una incapacidad, sino de una evidencia. Me pareció asimismo que se trataba de una narración confiada por la facilidad y la ligereza con que todo se resolvía, y que además rezumaba una nostalgia que no era de Susana, sino mía, por la época en que me crié: los ochenta. Yo no había tenido en mi familia ningún yonqui que me aguara el mito. Me vi con once y doce años en el salón de mi casa, atenazada por mis primeros quiebros y atenta a cómo los personajes de las series y de los libros resolvían de un plumazo violaciones, infidelidades, fracasos.

En la consulta del psiquiatra no mencioné el manuscrito ni mi obsesión con la historia de Susana. Me limité a contarle al facultativo mi periplo tóxico, y por la manera impaciente en que asentía imaginé que ya Germán debía de haberle informado. No quise indagar.

El psiquiatra, un hombre gordo y avejentado que hablaba dándose palmaditas en los muslos, me dijo que el estado ansioso es la cúspide de algún tipo de contradicción sobre la que se ha caminado largamente, contradicción que, al igual que un cáncer si no se extirpa a tiempo, arriba a su momento de metástasis y se extiende a todas las facetas de la vida, a todas las pequeñas decisiones, a la percepción y al aire.

Luego me explicó las pautas del tratamiento, me recomendó no trabajar hasta que no me estabilizara con la medicación y me pidió que redactara una carta sobre mi trabajo especificando qué daba, qué recibía, qué esperaba y cómo me organizaba. Debía llevársela en la próxima consulta. Añadió que cuando me encontrase mejor me mandaría a terapia.

Decidí estar un par de semanas sin corregir. No iba a darle el papel de la baja a Carmentxu, sino a delegar en alguien de confianza los libros que me habían encargado.

Calculé mis ahorros; me daban para dos meses más. La perspectiva me dolía. Estaba a punto de

levantarme cuando el psiquiatra me dijo:

—Me contó el chico que te acompañaba que eres escritora.

Supongo que lo miré con fatiga. Se me pasó por la cabeza relatarle mi problema con la escritura, pero en el fondo lo que me ocurría no tenía que ver con la escritura, sino conmigo. La escritura era un escenario más de mi miedo.

—No tengo vocación —dije.

Susana no había vuelto a mentar su confesión y yo no había querido preguntar más. En el fondo me aterraba lo que me había contado y lo que yo había escrito a raíz de ello. Me di cuenta de que mi inquietud también estribaba en que yo buscaba en la historia de Susana algo que pudiera ayudarme. Aquel humor, aquel desafío desde el que se había contado, me crispaba porque no estaba a mi alcance. No podía aplicármelo. Me sentía demasiado rota para admitir distancias y demasiado cerca de una locura que no podía contarme a mí misma sin horror.

Su comportamiento era el habitual: silencio salteado con narraciones de películas. Se le había ocurrido una estrategia para llamar la desvaída atención de Janssen. Me contó su plan como si algo en su garganta hubiese tenido que ir en busca de la voz. Ella, me dijo, hablaba casi a diario con Janssen por Skype, si bien ahora comenzaban a hacerse menos frecuentes las apariciones de su novio o ex novio. Sospechaba que había empezado a quedar con otras.

—Está comprobando si le merece la pena dejarme definitivamente —precisó.

—¿Y tú quieres seguir con alguien que está comprobando eso?

—No estoy segura. Y aunque lo estuviera, ya te he contado cómo soy.

Y esa fue la única referencia a sus confesiones, que ahora parecían diluirse, como nubes que ráfagas de viento súbitas quebraran hasta quedar convertidas en flecos, o en borreguitos surcando velozmente un azul que no acabara de espejear. Susana había decidido fingir que también ella se interesaba por otros hombres, aunque no por ausencia, pues tal cosa le resultaba imposible, sino dejando una serie de pistas en las redes sociales. De alguna manera, me dijo, y casi sin haberse dado cuenta, ella ya había empezado a coquetear virtualmente con otros, pero de una forma que solo estaba en su cabeza. Me pidió que la agregara a mis amigos de Facebook y que le permitiera observarse desde mi página. No entendí qué diferencia podía haber entre verse desde mi muro o desde el suyo, si al fin y al cabo su imagen y sus palabras eran las mismas, y además perseguía encelar a Janssen. Susana me contestó que no era igual contemplarse entre perfiles extraños. Quise replicarle que a ella la veían sus contactos y no los míos, pero temí que interpretara mi observación como una negativa a colaborar. A pesar de que la química empezaba a hacerme efecto, lo que me permitía un ánimo más sosegado, me embargaba cierto miedo a los conflictos, a quitar la tapadera a una sartén y encontrarme con un sapo. No me fiaba de la medicación. La agregué sin comentarle que su *nick* me parecía poco funcional para lo que andaba buscando (Karffloggyari), así como su foto, donde lo único que se veía eran sus enormes y horrendas gafas de pasta y una expresión displicente. En su galería de fotos no encontré ninguno de los recortes con los que, con esa paciencia de los que hacen puzzles, Susana había ido armando las piezas de los madrises desordenados. Había, eso sí, miniaturas fotografiadas que Facebook, o tal vez la propia Susana, había, a su vez, achicado. Algunas de esas miniaturas eran casi un puntito en mitad de un océano blanco, y no valía, para verlas bien, con aumentarlas, pues entonces sus contornos se desmembraban en sombras. Era necesario, al igual que con las que trabajaba en el papel, acercar una lupa a la pantalla.

Aquellos meses yo había quedado ahíta de los recortables de Susana, que ella guardaba en carpesanos sobre láminas de papel grueso en las que echaba cola. Eso no impedía que en ocasiones asomara por debajo del sofá un dependiente del tamaño de una uña, un bañista sesentón con sus

piernas bajo el agua, un lavavajillas, un rosal, una batidora plateada. Solo entonces me acordaba de las miniaturas de la pared del comedor y el baño, que había integrado en mi cotidianidad de esa manera que supone la anulación de lo que se ve. Cuando me encontraba con un recortable de Susana, lo ponía junto a las dos mujeres de apariencia de gatas siamesas del salón para comprobar el efecto, y a veces también para jugar, como si hubiera en mi pared una casita con sus pequeños habitantes. Tener a Susana en Facebook me llevó a examinar su lista de contactos buscando parecidos, rastreando a esa hermana mencionada durante la noche que me contó su delirio. Lo único que evidenciaban sus contactos era la edad de Susana y su pasado en Utrecht. Había una mayoría de Sven, Sem, Tom y Stijn que seguramente serían holandeses y amigos, o conocidos, de Janssen, lo que tornaba poco viable el plan de mi inquilina de darle celos. Susana se asomaba un par de veces al día a Facebook desde mi muro, aunque se observaba poco. Se entretenía con mis contactos, casi todos del mundo editorial y que hablaban sin cesar de libros. Cotilleaba sus conversaciones y apuntaba ideas. A ratos entraba yo en su muro y leía sus estados en inglés y los comentarios que iba dejando; me di cuenta de que había un hombre, Antonio, que se llevaba la palma en «Me gusta». Era un tipo pelirrojo de edad indefinida vinculado a una empresa llamada Telcomark. Pinché en el nombre, pensando que tal vez se trataba de la empresa donde estaba empleada Susana; en efecto, era una casa de telemarketing. El mutismo de mi inquilina sobre su vida laboral seguía siendo férreo. Yo ni siquiera sospechaba qué trayecto acometía todas las mañanas, cuando teóricamente aún no había abierto los ojos, si bien ya andaba despierta, y tan solo esperaba que Susana saliera del piso para levantarme. Esta Susana de primera hora, a cuyos movimientos ponía imágenes desde la cama, me resultaba ajena, y la emparentaba con la Susana de los primeros días, inaguantable y aterradora. Mi imaginario ansioso no se desligaba de lo que le producía pavor. La fabulaba casi en sueños. El transcurso del día exoneraba su fantasma, y por la tarde llegaba el café (descafeinado para mí), nuestra conversación, leer en Facebook sus mensajes a Antonio. Fantaseaba con lo que podía estar pasando por la imaginación de Janssen al observar en la red social el coqueteo de Susana, y me preguntaba cómo hacía mi inquilina para ser atractiva con todo aquel friquismo y aquella falta de amor propio que, por momentos, y debido a su fuerza, me resultaba fingido. A veces imaginaba a Janssen masturbándose con escenas sexuales protagonizadas por Susana y el tal Antonio. Susana colgaba ahora imágenes suyas en bañador, con ese arte de sacarle el mejor partido a su cuerpo dantesco, un partido de anuncio de Dove, de reivindicación de mujeres *reales* a través de esa herramienta que permite las mayores ficciones sobre uno mismo. Bajo las fotos, Antonio decía «Mmmmmmm».

Al cabo de un par de semanas la medicación acabó haciendo su exultante efecto. Retomé el trabajo y salí a la calle para comprobar lo extraordinario de deslizarme entre la gente sin rastro del monstruo. Sin embargo, aunque la evidencia de que las palabras y el pensamiento eran una química en el cuerpo me producía una sensación de triunfo, todo volvía a configurarse para que regresara la distorsión, el no estar viendo lo que sucedía. Los efectos que debían producir ciertos acontecimientos estaban borrados. Tal vez esos efectos fueran una ficción mía. Una mañana, antes de ponerme a trabajar, leí en el periódico que mi empresa estaba a punto de declararse en concurso de acreedores. La noticia permitía suponer revuelo en las oficinas, pancartas fuera, un pequeño tumulto insólito que me hizo buscar una excusa para plantarme allí. Me encontré con el mismo orden de siempre, primoroso y eficaz, como si nada hubiera ocurrido y yo me hubiera equivocado. Ni siquiera fui capaz de inmismirme entre los susurros que flotaban alrededor de las máquinas del café, pues me parecía una impertinencia. Al día siguiente me llegó por e-mail una circular anónima señalando qué día se iba a declarar el grupo en concurso. Si tal cosa sucedía, retrasarían aún más los pagos, o quizá no recibiríamos jamás esos pagos. Yo había cobrado con puntualidad los libros urgentes, y la noticia aumentó mi sensación contradictoria. Pasé unos días en que, cuando no reescribía el manuscrito, contestaba a la cadena de e-mails generada por la circular. Al fin me harté de mis suposiciones y de los correos. Me vestí entonces con cierto esmero: una americana gris que heredé de mi madre, pantalones capri negros, zapatos de salón con tacón medio; transformación ligera que debía alzarme unas cuantas pulgadas sobre mi tendencia al silencio. Me aseguré de que Carmentxu iba a recibirme. Las últimas veces no había conseguido verla y empezaba a sospechar que se retiraba para no tener que darme explicaciones. Como además me habían ingresado con diligencia el dinero de los libros urgentes, tampoco había querido averiguar más. Pero no cobraba como para poder retomar mi antigua vida en Tirso de Molina; el bálsamo solo era efectivo cuando lo comparaba con mis meses sin ingresos. Sabía que estos movimientos resultaban inofensivos. Carmentxu no era más que una empleada, pero acceder a los espectrales jefes era una fantasía, y yo había decidido que protestaría a mi modo. Le dije que tenía dificultades con el manuscrito que debía reescribir, las memorias de la viuda de un escritor de la España de posguerra. Aunque la viuda había tenido solvencia narrativa, ahora estaba mayor y le costaba hilar párrafos. Se cumplían cincuenta años de la muerte del escritor, y la editorial le había pedido a la viuda que escribiera un libro de memorias. Durante las últimas dos semanas yo había sido la encargada de ordenar y pulir la amalgama de páginas escritas a mano y a máquina, llenas de títex y correcciones, de una señora de noventa años que olvidaba lo que había puesto diez líneas antes. Tenía dudas de sobra, que le podía consultar por e-mail, pero quería estar un buen rato en el despacho para incomodarla. En el fondo deseaba huir de la cadena de estos meses para instalarme en la posibilidad. La ruptura tenía que ser fruto de unas circunstancias que la propiciaran, de un enfado o de una emoción explosiva que deshiciera mis nudos de razonamiento y medida.

Llegué a la oficina y mi voz sonó como siempre. Pasamos las páginas del manuscrito; Carmentxu estaba acalorada por la discusión con la esposa de una vaca sagrada mexicana que se negaba a que su marido viajara a España si no iba en clase business, se alojaba en una suite del Palace y se le

ponía chófer.

—¿No hay ningún esposo excéntrico? —le pregunté.

—No tenemos escritoras viejas con ese estatus. La única cuyo marido daba la lata se la llevó el Grupo Astro.

La viuda del escritor español de posguerra, que era autora de algunos libros de corte pedagógico, vivía en un pueblo de Ávila, y según Carmentxu no era difícil tratar con ella. Le enviaban un mensajero para recoger las sucesivas versiones del libro de memorias, pues no se fiaban de sus gestiones en correos, y la viuda no guardaba copias. Según contaba en una entrevista, Internet la había pillado con setenta y cinco años; los ordenadores un poco antes, pero se negaba a que el maremágnum de recuerdos brillara en píxeles porque tenía los ojos secos y conjuntivitis frecuentes. Escribía a mano, y a veces en una vieja máquina eléctrica sin mirar las teclas, con los párpados casi cerrados y un humidificador cerca de la cara para paliar la sequedad. Contaba en la entrevista que cada media hora se echaba lágrima artificial, «así que me paso el día llorando». Se trataba de la entrevista de la autora más visitada de la web. El entrevistador había sacado el titular amarillista: «Me paso el día llorando». La entrevista producía cierta desilusión: la viuda no era una mujer llorica. Yo no pude evitar, durante aquellas dos semanas en que había estado pasando al ordenador su texto, que hablaba de acontecimientos que habían tenido lugar en Madrid, acordarme de los colores y los motivos de los cuadros de Ortega Muñoz, como si la letra de la viuda emanara no de las calles de la capital, sino de las hileras de árboles de esos cuadros, árboles secos con sus ramas en gritos, y también de las filas de vides igual de secas, y de los campos parcelados eternamente marrones, grises, amarillos, y el horizonte apenas, siempre en calma, deshecho por la nube de polvo de la meseta. Ahora el sol seguía abrasando igual, y la luz en Madrid no era clara, sino ceniza por el esmog. El paisaje ladrillista, la marabunta de edificios con sus coronas de antenas, se parecía al campo de Ortega Muñoz, o simplemente al campo, sin Ortega Muñoz. El ladrillo tenía el mismo color que la tierra que rodeaba Madrid, que a su vez era igual que la tierra de los cuadros de vides y árboles chupados, y se me antojaba que pudiera haber algún tipo de coherencia estética, en lugar de solo material, entre los edificios del desarrollismo y el arte de algunos pintores de aquel momento. Este falso pensamiento me permitía encontrar orden en el desbarajuste que la mayor parte del tiempo me generaba lo que veía desde mi ventana, la ciudad de crecimiento descontrolado, voraz, exorbitante, pobre.

Carmentxu lucía una camisa ligera y escotada. Soplaban una brisa con olor a los tubos de escape que invadían la M-30, a cuya vera se alzaba el edificio del Grupo Término. Había que poner libros y grapadoras sobre los papeles que poblaban las mesas para que no se volaran, y yo le mostré a la editora las anécdotas repetidas de la viuda que había eliminado. Cuando llegamos a un acuerdo, enuncié mi pregunta a la manera en que un conejo es sacado de una chistera, con naturalidad e ingenuo atrevimiento. Había siempre un arreglo previo que rara vez admitía renegociaciones, pero yo me estaba comportando como si fuera estúpida.

—Eso me obliga a pasar más horas con las memorias de la viuda, y no es lo que habíamos hablado —le dije.

Tuve la impresión de que Carmentxu no supo a qué me refería, y no porque no me hubiese expresado con claridad, sino porque era impensable que le estuviera reclamando más dinero. Temí

que me riñese como solía hacerlo mi madre, con un «Pero ¿es que no sabes que...?» moldeando todas esas acusaciones que me producían de niña una culpabilidad boba, fruto de hacer las cosas mal sin saber por qué. Las recriminaciones de mi madre exhibían una lógica de apariencia sencilla que yo no comprendía. Entrar en el mundo adulto era esgrimir esas aplastantes razones de índole misteriosa, que investían de poder sin dejar de rezumar algo perverso y putrefacto.

—Tu estrategia no te beneficia. Ni siquiera supone una amenaza para mí.

Carmentxu me dijo esto con seriedad. En efecto, mi estrategia incomodaba a lo tonto, pero en el fondo, y como ya he dicho, yo buscaba romper con la empresa. Este deseo salía a la luz gracias a la estabilidad que me daba la medicación, y no podía satisfacerlo por mi cuenta. Jamás me habría atrevido a decirles que ya no iba a trabajar para ellos. La cobardía reinaba en mi vida: tampoco me había atrevido a dejar a ninguna de mis parejas, ni podría echar a Susana aunque me dijera que sí, que en cuanto ganara el mismo dinero que antes finiquitaría el piso de Aluche y volvería a Tirso para observar muy quieta la calle, los movimientos de quienes iban y venían de madrugada, la efervescencia de las mañanas, con el fulgor del tráfico y las flores y todas esas plazas cercanas con bares y tiendas y edificios conformadores de una ciudad sólida en lugar de una ciudad hecha con cascotes, aunque era probable que la solidez ya no existiera. Me invadía un optimismo exacerbado desde el que me veía retornando a algún lugar donde me gustara vivir gracias, precisamente, a que mi jefa prescindiera de mí. Todo ello no tenía sentido alguno.

Carmentxu seguía hablando, y ya no solo se refería a mí, sino a una estupidez general, a la torpeza que exhibíamos todos los colaboradores.

—Os comportáis como si, en lugar de negociar, esto fuera una venganza. Pero qué cabe esperar, si lo que veo aquí a diario es un comportamiento de colegial —dijo.

Vaciló unos segundos, tal vez esperando una respuesta mía, una respuesta que habría sido como aplastar un mosquito entre las manos.

—Desde hace meses me acuerdo de algo que me ocurrió las pasadas navidades, y que me parece ahora premonitorio —prosiguió—. La víspera de Nochevieja me quedé tirada en el aeropuerto Charles de Gaulle por overbooking. Los viajeros decidimos poner una queja en Air France, pues la única solución que nos ofrecieron al principio fue pasar la noche en un hotel de Roissy cercano al aeropuerto. Enseguida llegó una azafata para decirnos que irían colocándonos en otros aviones. Ya antes, cuando creíamos que íbamos a quedarnos en París, unos viajeros protestaron más que otros y trataron de que hiciéramos piña. Luego, cuando anunciaron que nos montarían en los aviones en los que hubiesen plazas libres, los que habían animado a los demás a reclamar comenzaron a dar codazos y a colocarse en primera línea del tumulto cada vez que aparecía la azafata. Recuerdo a dos: un hombre de cuarenta y muchos y una estudiante Erasmus a quien estaban esperando en su casa para hacerle una fiesta de cumpleaños. No era insólito que quienes habían tomado la voz cantante corrieran ahora a los mostradores para hacerse con una plaza, y además la situación no requería heroísmos absurdos. Lo que me sorprendió y me repugnó fue que, en el momento en que dijeron que nos íbamos a tener que apañar entre nosotros para el reparto de las plazas, los cabecillas se comportaran como si nunca lo hubiesen sido. La chica Erasmus se apoyó en el mostrador y se puso a lloriquear y a tratar de convencer al resto de los viajeros de lo importante que era para ella llegar a su casa por la noche, pues todos, absolutamente todos sus amigos, la estaban esperando para celebrar

su cumpleaños, y además ya habían comprado la bebida y la comida, y había alimentos perecederos. Tal como lo relataba, parecía que sus amigos llevaran treinta y seis horas aguardándola con las cervezas, las Fantas y el vino ya servido en los vasos, y que las torres de sándwiches tapadas con servilletas hubiesen comenzado a oler mal. Era la víspera de Nochevieja; con toda probabilidad los demás viajeros también tendrían sus fiestas y sus planes, pero nadie insistía de esa manera. A su lado, el hombre que había promovido la protesta no decía nada, se limitaba a permanecer callado y atento, a veces sonreía. Cuando apareció por tercera vez la azafata, el hombre apartó a la chica Erasmus y dio su nombre. Él iba a ser el primero que partiera. La chica Erasmus lo miró al borde del llanto y del colapso, y a continuación también le gritó a la azafata su nombre. Yo seguía fijándome en el tipo no solo porque antes hubiera sido uno de los cabecillas, sino también porque me gustaba. Te confieso que la perspectiva de pasar una noche en un hotel de la periferia mirando a lo lejos la torre Pleyel, las luces de las colmenas y el ajeteo de la autopista mientras me tomaba una copa con aquel tío para llevármelo luego a la cama no me parecía un mal plan. Y además tenía posibilidades: mientras creímos que nos tocaría pasar la noche en el hotel, nos habíamos mirado de manera significativa. Por otra parte, constantemente fabulo con este tipo de encuentros, y la mayor parte de las veces no hago nada; que se me torciera la perspectiva de un polvo con aquel líder espontáneo de una revuelta de pasajeros de Air France no me supuso ninguna decepción. Además, adoro que se abran brechas, que no todo discurra según lo esperado. Me gusta que se me averíe el coche en mitad de un viaje y hacer noche en cualquier pueblo donde jamás había pensado detenerme, o que se vaya la luz, aunque hace mucho tiempo que no se va la luz, y todo se llene del olor de las velas o del camping gas. Me gusta columpiarme en esa falla, pasar dos horas, o cuatro, o seis, o un día entero, sin hacer nada de lo que tenía planeado; entonces estoy cerca de que mis sentidos vuelvan a afilarse, como cuando era más joven. No obstante, lo prometedor de aquella jornada, en la que los viajeros comenzaron a pelearse como hienas para subirse en el siguiente avión, se esfumó. Me dispuse a gritar, pero al verme en aquella nube de empujones y excusas crispadas, abandoné el tumulto y me senté en el suelo. Decidí no pelearme con nadie. Seguía además empeñada en que el hombre con quien había pensado pasar la noche sintiera vergüenza. Es posible que me condujera el despecho; sin embargo, al presenciar la forma rastrera con que había conseguido la primera plaza, estuve segura de que ya no quería acostarme con él. El hombre me miró un par de veces más, y no porque siguiese interesado en un juego de seducción que no desembocaría en sexo y confianzas fáciles, sino por este empeño mío de avergonzarlo, de darle a entender que me repugnaba su rapacidad, su apenas disimulada violencia, los empujones del resto de los viajeros, el triunfo de algunas señoras mayores que ahora racaneaban latas de Coca-Cola y emparedados sin tener hambre ni sed, solo para sentirse triunfales sobre la compañía que las había dejado en tierra. No me creía distinta a ellas, pues al fin y al cabo estaba ahí vengándome, o tratando de hacerlo, y los beneficios de esta venganza eran íntimos y mezquinos. Salvo para ir al baño y comprar un bocadillo, no me levanté del suelo hasta que recolocaron a todos los pasajeros; cuando ya no quedó nadie me acerqué al mostrador y me informaron de que no había más vuelos para Madrid ese día. Me llevaron a un hotel de lujo hortera, con un hall rematado por un techo de vidrio en forma de pirámide, sobre el que caía la llovizna sin alcanzar nunca las palmeras plantadas en los arriates que estaban frente a la recepción. Desde fuera, las palmeras parecían de plástico. Por un momento imaginé que habían sido traídas de Argelia por

quienes iban a visitar a sus parientes pobres de la Seine-et-Marne. Era una fantasía descabellada, pues ni la cadena pertenece a un grupo árabe, ni creo que los árabes ricos tengan parientes pobres en la periferia parisina. Eran las doce de la noche cuando arribé; la cafetería ni siquiera estaba abierta, y tuve que conformarme con lo que había en el minibar de la habitación. Los hoteles así están llenos de hombres de negocios. Cuando yo llegué todos roncaban. Acabé con las botellitas de licor de la nevera, vi la tele y me dormí pocas horas antes de tener que levantarme; por la mañana di un par de vueltas a la manzana para despejarme y me sentí incluso más estúpida que el día anterior.

»La luz del amanecer ya estaba filtrada por la claridad límpida, como de piedra blanca y brillante, propia del sur del Mediterráneo y que también fulguraba allí, destilándose sobre las avenidas y las circunvalaciones. El chirimirí se volvía nieve; por momentos parecía estar en un Marruecos helado. Años atrás había pasado las navidades entre Fez y Chaouen, y recordaba la nieve sucia, de arrabal, de algunas de las ciudades que atravesé en autobús. Roissy dibujaba un paisaje similar, que no será nunca como el de Madrid, y no porque entre las afueras de cualquier ciudad no florezcan lugares sin marcas de la casa, sino por una simple cuestión de luz. La meseta es distinta, no hay matices en el aire, es como si la atmósfera cayera a plomo y las nubes no escanciaran su humedad. Hay algo demasiado alto, demasiado áspero y reseco; si sales por la A-3 hacia el este no ves más que un paisaje de colinas escasas y pedregosas sobre las que crecen matojos negros parecidos a hongos. Son como una plaga de langostas muertas sobre la tierra. Es un paraje feo y sin embargo a mí me gusta. Mi familia paterna es de Fuentidueña de Tajo; he pasado parte de mi infancia en mitad del páramo. Allí estás a salvo de los turistas. A veces, cuando voy de visita, me salgo de la carretera y me meto en algún camino con el coche. En verdad, y excepto por las colinas, por esos extraños cráteres que se elevan sobre el llano y sugieren aristas, aquello ya es La Mancha, la planicie con su horizonte parecido a la nada, y cuando digo nada, en lugar del vacío me figuro algo inmenso. Siempre he creído que la nada está llena de cosas informes. A nadie le importa que se levanten urbanizaciones allí; quienes las han hecho fracasaron porque el negocio del ladrillo se ha venido abajo, pero no verás a ecologistas reclamando por la supervivencia de los matojos negros. Un entorno así ni siquiera es un erial hermoso. A lo que recuerda el hongo es a haber dejado tras de sí una dantesca escombrera. Cuando de adolescente volvía con mis padres de la playa y el amago de atasco empezaba ya a la altura del hongo, jamás me pareció que aquel paraje subsistiera por sí mismo. Lo miraba como si se tratara del resto de otro, la señal de un suburbio cercano que echaba raíces con las que consumir el agua y los minerales del páramo. He vivido siempre de espaldas a la sierra; mi familia emigró de Fuentidueña a Palomeras al cumplir yo once años, mi piso daba al parque, fui a colegios públicos y solo miré la periferia pija que es la sierra cuando empecé a estudiar Filología en la Complutense. Los veranos podíamos irnos quince días a la playa porque mi padre compartía una cooperativa de apartamentos, aunque a veces subíamos al País Vasco, al pueblo de mi madre. Para ser seis hermanas y que solo hubiera un sueldo en casa, nos apañábamos. Soy la pequeña; hasta que no empecé a buscarme la vida a los dieciocho no estrené ningún pantalón. Ni siquiera para mi cumpleaños me compraban ropa. Ahora me pregunto si el gusto por esa brecha de la que antes te hablaba no tiene que ver también con los años que he pasado en estado de sitio, cercada por la falta de dinero. La brecha hace que ignore aún más mi antiguo mirar precavido.

»No quería irme tan lejos. Solo pretendía decirte que me recordáis al episodio del avión. Si me

echan, me voy a tirar una temporada fuera de España y de cualquier espacio cerrado, y también fuera de los libros, porque esta no es forma de estar en los libros. Me paso el día calculando beneficios, diseñando campañas de prensa y envíos a blogs literarios que son inútiles porque nadie aglutina a demasiada gente y cada vez se lee menos. Quiero olvidarme de todo y volver a los clásicos, estar en Módena o en Berlín, y pasar la mañana atisbando callejuelas, la tarde en algún café y la noche en el cine. Viviría de este modo hasta que se me acabara el dinero. No es un plan osado, aunque me alarmaría un poco cada vez que revisara mi cuenta bancaria. Siempre me han dicho que tengo una flor en el culo; tal vez por eso fantaseo con vagar por ciudades hasta quedarme sin pasta.

Carmentxu metió el dedo índice en el café frío y luego se lo chupó; era un gesto que hacía a menudo, un gesto tal vez infantil al que no renunciaba; en ocasiones le reíamos esa gracia no buscada y ella se sentía bien por llamar nuestra atención, pero no se molestaba en apuntalar el gesto. Me dirigió una mirada de tregua vigilante, y tuve la impresión de que no me acechaba a mí, sino a sí misma. Sus futuribles paseos por Cádiz o Nápoles podrían haber aterrizado en otras orejas en las que tal vez habría vibrado el escepticismo. Pero yo solo veía paisajes y a mi jefa en ellos, y no sabía qué decirle. Ignoraba qué edad tenía, siempre le había calculado más de cuarenta y cinco y menos de cincuenta. Era una mujer madura a punto de congestión por el tabaco, el alcohol y el café. Vestía ropa de Serrano y Velázquez, prendas de diseñadores para equilibrar con el buen gusto, y a veces con cierta ostentación que nunca era chusca, una cintura que parecía un barreño y una papada que caía sobre collares exquisitos. Caminaba con la espalda recta y un discreto baile de cadera, le gustaban las botas altas y las medias de hilo componiendo arabescos. Tenía un sexy de presidenta de comunidad autónoma, ese tipo de sexy que da el mucho poder discreto, y siempre me había parecido que lucía demasiadas variantes de pendientes y colgajos para la esforzada vida de editora reclinada sobre manuscritos, aunque esto último no era más que un prejuicio mío. Yo llevaba ya unos cuantos años comprobando el aspecto de ser solo gestores que tenían algunos editores, y de hecho, la mayor parte del tiempo eran únicamente gestores. Incluso formaba parte de mi prejuicio que alguien del sector del libro no podía votar a un partido de derechas, lo que también era una visión heredada que luchaba por persistir, pues seguía tratándose, a pesar de todo, de una idea consoladora. Resultaba además probable que casi nadie en la empresa votara a un partido de derechas, si bien se adscribían a una izquierda de modos y modas pijas conforme subías a los pisos de arriba, y a veces de modos y modas cool. Quienes ahora ocupaban cargos y tenían mi edad eran nietos o sobrinos de los fundadores del grupo, nietos y sobrinos que se habían educado en colegios exclusivos para estudiar luego Administración de Empresas y un máster; estos altos cargos de mi edad trataban con los escritores y con los curritos como yo desde el orgullo de su ropa y su bronceado, y les gustaba marcar sus glúteos de gimnasio. En ocasiones arrastraban cierto complejo de inferioridad intelectual, pues habían aterrizado en los despachos leyendo lo justo y a desgana, y con una conciencia tardía de que la solvencia en temas humanísticos es también un elemento de distinción con el que resulta difícil familiarizarse en un cursillo. Comprobaban esto aterrados; en sus universidades privadas y en sus másteres se habían topado con hijos de grandes empresarios ajenos al mundo de la cultura, y no les había hecho falta más que sacar unas notas aceptables y lucir guapos y con un buen coche para lograr la aceptación. Muchos sabían que ya iban a ser para siempre como esos que han aprendido a tocar tarde un instrumento y que se acercan a un virtuosismo de segunda, pues tampoco tenían talento para

crear desde lo precario. Los más resentidos te miraban con odio y trataban de humillarte.

Mi jefa seguía con su discurso, y cuanto más hablaba, más impelida me veía yo a decir algo, a participar en aquella revelación de sí misma, insólita no porque nunca se desnudara de esa manera, sino por hacerlo delante de mí. Cuando trabajaba en la oficina la había escuchado parlotear durante horas con algunos colaboradores, y también con los autores. Lo decía todo con naturalidad y sin fijarse en el tiempo que su interlocutor llevaba callado. Yo había superado el límite de silencio, lo que podía propiciar que Carmentxu siguiera hablando hasta que le estallara la garganta. El manuscrito de la viuda del escritor de posguerra descansaba sobre la mesa, y me aventuré a meterlo en mi cartera para ver si ese gesto disuadía a Carmentxu de seguir con su cháchara; por suerte le sonó el móvil, y yo aproveché para decirle que me iba. Pareció aliviada. Me levanté cuando descolgaba y me despedí con un gesto.

Barajé recrear por escrito el largo parlamento de Carmentxu. Aparqué durante un día el libro de la viuda, y me concentré en hacer de esa perorata algo legible para el psiquiatra, pues pensé que, de una forma literaria, ahí estaban relatados mis males laborales. Finalmente no lo consideré buena idea, y me dispuse a escribir la carta tal como me la había pedido el facultativo. Me repiqueteaban en la cabeza los «qué das, qué recibes, qué esperas y cómo te organizas» que me había aconsejado referir en mi misiva, y no sabía si proceder de una forma práctica, casi a modo de instancia:

EXPONE: Autoexplotación laboral.

SOLICITA: Blablabla.

o por el contrario escribir una carta en toda regla, contestando a las preguntas sin explicitarlas. Mi primer borrador fue como sigue:

Estimado psiquiatra:

Le agradezco mucho que no se haya usted limitado a recetarme pastillas, como hacen, o eso me dicen, la mayor parte de los profesionales de su gremio. En cuanto a lo que me pregunta, me cuesta contestar sin rabia, y también dando cantidades precisas, o lo que considere usted que podría ser objeto de discusión. Como sabe, mi cabeza la ocupa una bruma que parece no tener límites. Mi impresión desde hace unos meses es que lo que doy es mi bruma, y por debajo de ella algo parecido a cierta eficacia en el trabajo. Pero intentaré ser lo más clara posible, y atenerme a lo que pueda tratarse en una sesión de terapia si finalmente decide desviarme a un psicólogo, que es lo que creo que necesito. Lo que doy desde que me tomo las pastillas y puedo dormir por las noches son cinco horas de trabajo por la mañana, aprovechadas solo a medias porque abro varios periódicos, y Facebook, y blogs, y además miro fotografías en Google, y a este respecto hago algo que me divierte mucho, que es averiguar qué ha sido de mi antiguos compañeros del colegio, o de gente a la que conocí un verano y a la que no he vuelto a ver. No hago esto todos los días, pero si me pongo a ello puedo estar rastreando durante horas trozos de biografías que en verdad nunca dicen nada relevante y que no me importan especialmente.

Detuve aquí este primer borrador de mi carta. Me parecía demasiado simpático e intrascendente. ¿Qué más le daba al psiquiatra en qué perdía yo el tiempo? Opté por el modo ficha:

Qué das: Cinco horas por la mañana con demasiadas interrupciones. Dedicación aburrida. A veces aprendo algo si el libro es un ensayo. Me satisface el trabajo bien hecho. Pienso al mismo tiempo que no me pagan con justicia, y lo hago peor. Por las tardes no saco más de cuatro horas excepto si tengo una entrega a la vista, aunque estoy hasta las nueve, o las diez (y a veces más), delante de la pantalla. Me permito perder mucho tiempo porque así me

ocupo todo el día y no me angustio. Y también porque me he acostumbrado. No tengo nada mejor que hacer.

Qué recibes: Me deben quince facturas. Me pagan los libros urgentes. Me dan cualquier tipo de libro para corregir. No sé cuándo van a dejar de contar conmigo. Como soy autónoma, tampoco ellos se sienten con la obligación de darme explicaciones. Hacienda me trata como si yo tuviera una empresa, pero en la práctica no soy más que la trabajadora externa de un gran grupo editorial que nunca más va a contratarme.

Qué esperas: Soy escéptica y espero poco. Me gustaría que me pagaran lo que me deben, que subieran las tarifas de corrección, que no me sobrecargaran de trabajo, que por el número de horas que corrijo (son muchas aunque pierda el tiempo) pudiera pagar tranquilamente un apartamento para mí sola en el centro, tener un mes de vacaciones y no llevarme un disgusto ni recurrir a mi padre cada vez que se me rompen los cristales de las gafas. Supongo que tendría que ser emprendedora, como dicen los manuales de los cursos para autónomos que he hecho, pero ahora estoy demasiado deprimida y acobardada.

Cómo me organizo: Obviamente, fatal.

La opción ficha me resultó satisfactoria, y cuando salí de mi habitación me encontré a Susana con la tetera, esperándome. Caí en la cuenta de que era la primera vez que no la había oído entrar ni moverse por el piso, y lo consideré un triunfo de las pastillas, o de mi nueva capacidad de concentración en mis propios problemas.

Había empezado a retomar mis paseos nocturnos gracias al orden de mis horarios y al control, o algo similar, de mi miedo. Caminaba chutada por los recaptadores de la serotonina y de la noradrenalina. Tomaba las dosis altas prescritas por el psiquiatra y seguían haciéndome un efecto un poco extraño, pues a diferencia de Germán, que se acostumbró y se estabilizó *en la medicación*, yo notaba con absoluta claridad a lo largo del día que estaba bajo los efectos de varias drogas, que además tenían distintos cometidos en mi sistema nervioso y por tanto en mi cabeza, y que ocultaban, o tal vez simplemente mecían, una suerte de aporía. No abandonaba la desconfianza de fondo, ni el observarme a mí misma desde una atalaya, como si alguna región neuronal hubiese alcanzado un estado zen que combatiera los ataques de otra región que se resistía y estaba histérica. Eso no me ponía nerviosa. Me quedaba a las puertas de una estupefacción liviana. El psiquiatra me había dicho que los tóxicos nunca hacían el mismo efecto en todos los organismos; que había quienes reaccionaban de forma contraria a la esperada, y también quienes no terminaban de acostumbrarse, de *normalizarse en la medicación*, nunca. Ese «nunca» me sonó a que me iba a pasar el resto de mi vida medicada para lograr *normalizarme en la medicación*.

Las drogas me convenían para mis paseos. No quería volver a los lugares que más había frecuentado durante el invierno y la primavera, y que ahora me recordaban al monstruo. Abandoné Eugenia de Montijo y el solar donde había estado la cárcel, y en general Carabanchel, y comencé a recorrer Usera. Tenía que tomar un autobús, pero no me importaba. Luego regresaba en el cercanías desde el Doce de Octubre, lo que me obligaba a acotar bien mis caminatas. A las 23.47 salía el último tren, y a las 00.04 estaba en la estación de Aluche; tanta puntualidad en lo que antes era un caos me permitía recrearme de nuevo, como si los horarios de los trenes se acoplaran a mi voluntad, en la impresión de dominio. De Usera me interesó al principio el barrio chino, cuyos comercios estaban abiertos hasta muy tarde, si bien no eran los comercios lo que reclamaba mi atención, sino el ajetreo discreto a su alrededor, y también los restaurantes. Si en la carta encontraba pasta de arroz con cangrejo, entraba y me comía un plato. Luego dejé de vagar por la zona de los comercios y me interné, como era mi costumbre, entre las colonias de casas, dirigiéndome siempre hacia el Doce de Octubre. Algunas colonias de la parte que colindaba con Almendrales se ofrecían a la vista como supervivientes de un tiempo muy viejo. Las que tenían la fachada remozada parecían cubiertas de una fina capa de papel, y sobre las que conservaban el ladrillo visto podía pensarse que estaban en obras. Durante los últimos cuarenta años, o quizá más, el Ayuntamiento no debía de haber destinado demasiado dinero al lavado de cara de los edificios de estos lares, cuyos balcones acristalados lucían tan pléticos de bicis, ventiladores, sillas, bolsas y fundas llenas quizá de cortinas de macramé o *clics* de Playmobil descabezados, que parecía que en cada uno de los pisos se apilaban tres generaciones de una familia. Sin embargo, al mismo tiempo, el silencio hacía pensar en viviendas desocupadas, en edificios en trance de ser desmantelados. Cuando me interné por una de esas calles de nuevo vi que de algunos balcones salían cables que robaban la luz. No eran muchos, desde luego, lo que no impidió que retornara la agobiante, por inverosímil, idea de que había movimientos de carácter subterráneo capaces de modificar el escenario mental que yo tenía de la ciudad, y también el que leía en los periódicos o veía en la televisión y en Internet. Se trataba de una

idea difusa, o más bien de una simple y desvaída intuición que me inquietaba. Su certeza equivalía a descubrir que éramos marcianos, el sueño de alguien, o un programa informático cuyas reglas cambiaban de un día para otro. Por otra parte, los gitanos y las familias desahuciadas llevaban décadas habitando casas vacías, y desde que habían llegado inmigrantes muchas viviendas de las afueras eran allanadas. Yo sabía historias de propiedades sobre las que los herederos no se ponían de acuerdo, propiedades muertas coronando taludes al borde de las vías de los trenes o encajadas entre edificios nuevos, que por complicadas razones legales el Ayuntamiento no había logrado expropiar. Los herederos dejaban que las familias sin hogar vivieran en el inmueble a cambio de mantenerlo. Durante un tiempo me había aplicado en descubrir fenómenos similares, y rodeaba las calles en las que algunas de las añosas casas se mantenían con aparente lozanía, pero eso era todo lo que podía constatar.

—Janssen y yo hemos decidido tener un hijo —me anunció mi inquilina.

—Oh —le respondí.

Susana bizqueó; supongo que esperaba que yo dijese algo más.

—Ya sé que piensas que soy demasiado vieja para tener hijos —continuó.

—No me ha dado tiempo a pensar nada —le respondí.

—Los prejuicios no se formulan —me contestó.

—Estaba pensando en otra cosa. Pero si deseas saber mi opinión, te diré que lo que me acabas de decir no es más que tu propio concepto sobre ti. Se me ocurre preguntarte si vas a volverte con Janssen a Utrecht, o si se va a venir Janssen.

—Deseas averiguar si me marchó del piso.

—No pensaba en ello —mentí.

—Hasta que no me quede embarazada no puedo decírtelo.

—Pero al menos significa que os habéis arreglado un poco.

—No nos hemos arreglado. Pero nos llevamos bien y queremos hacerlo.

Susana me sirvió té rooibos en una de las tazas con dibujos de vacas que yo arrastraba de piso en piso, compradas cuando pasaba los veranos en pueblos irlandeses para aprender inglés de cara a mi prometedor futuro. Me alojaban familias cuyas mujeres se parecían a Susana en la blancura de la piel y en los ojos azul claro, aunque ninguna de esas mujeres eran altas ni corpulentas. De Irlanda solo recordaba el paisaje que iba de Greystones, el pueblo costero donde vivía, a Bray, y también que una tarde unos amigos y yo rompimos los cristales de un caserón abandonado y entramos. No había murciélagos ni cadáveres de ratas, sino columnas de paquetes de folios. Eran paquetes viejos, los folios amarilleaban; cogimos todos los paquetes que pudimos y desperdigamos las hojas de camino a la playa. No había vuelto a Irlanda.

—Bueno, pues ánimo. No sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada.

—¿Cómo llevas tus planos?

—He terminado los mapas. ¿Quieres verlos?

No esperó a que contestara; se levantó y fue a su cuarto, de donde volvió con una carpeta grande. Ignoraba que mi inquilina hubiese trabajado tanto. Extendió los cuatro primeros mapas, que me parecieron cifrados y extenuantes con sus edificios de Madrid al retortero, hechos con una precisión que solo podía atribuir a las máquinas. Recordé lo que Susana me había dicho sobre la diferencia entre pegar las miniaturas manualmente y elaborar los planos mediante algún programa.

—No sé si sería capaz de reconocer Madrid a simple vista.

—Yo tampoco. Por eso hice unos cuantos mapas solo de barrios. A ver si adivinas cuáles son.

Susana rebuscó entre los mapas y extendió otros cuatro: en nuestra mesa no cabían más. Los observé con atención. Si hubiese entrado en una sala de exposiciones donde estuvieran colgados, habría advertido el tufo a ciudad española, pero no habría sido capaz de lanzar demasiadas hipótesis.

—Esta torre con reloj —dije—, ¿es Sol?

—Es la torre de la plaza Fortuna.

Hice lo mismo con los otros mapas, examinarlos con cuidado; me costó aún más reconocer algo. Susana parecía haber excluido lo evidente, como el edificio de Gran Vía con el cartel de Schweppes o La Cibeles. Tal vez yo no los localizaba.

—¿Me dejas que los vea todos? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió halagada.

—Estaría bien que lograses exponer en alguna galería.

Susana rezumó más satisfacción todavía, y caminó a un lado y a otro de la ventana, supongo que fantaseando con exponer en galerías, mientras yo miraba sus mapas. No identifiqué ningún barrio, aunque era evidente cuáles podían ser céntricos y cuáles estaban fuera de la M-30. Estos últimos, además, me recordaron a mis paseos, no porque yo tuviera una imagen clara de la ciudad, sino por el caos. Me habría gustado comprarle aquellos mapas, pero veía a mi inquilina tan entusiasmada que no quería arrebatarse el ánimo con una proposición ruin. Mi bolsillo no daba para otra cosa.

—¿Es la primera vez que haces un trabajo tan sistemático? —le pregunté.

Tuve dudas sobre mi apreciación: sistemático.

—Ya sabes que me paso los días haciendo ese tipo de cosas —me respondió—. Las hago, las guardo durante un tiempo, y luego las quemo o las tiro. No puedo vivir rodeada de papeles. En realidad, lo que quiero es montar algo con las notas que voy tomando y las fotografías.

—¿Y no es mejor que te centres en lo que se te da bien? —le contesté, y de inmediato me arrepentí.

Le acababa de dar a entender que no sabía escribir y que sus fotografías no eran interesantes. Susana no se inmutó.

—Tal vez —me dijo—. Eso es lo que me gusta. Pero estoy tan acostumbrada que no le veo el mérito. ¿Conoces tú a alguien que me pueda echar una mano?

Susana había pronunciado la última frase con una expectación afligida, como si algo estuviera a punto de concluirse y sospechara que el resultado no podía ser bueno. Yo también compartía esa sensación. Ignoraba por qué tenía una corazonada sobre un asunto que no era mío, ni me importaba. Me sentí como un perro ladrando mientras se libera de la correa para huir a las montañas la noche antes de un tsunami.

—Podemos preguntar. No será tan difícil que, al menos, te escuchen —le dije.

—¿Y cuál es tu plan?

—Pues ir de galería en galería... preguntando.

—Ya —dijo Susana con retintín.

Me exasperó en un sentido muy distinto al que solía, que era el del aburrimiento o la impertinencia. Me pareció una cría mimada que espera que alguien le solucione la vida.

—Yo salgo muchos días a caminar un rato —le dije a pesar de todo, y junto a mi corazonada y mi exasperación, noté un pavor, pues pasó por mi cabeza la imagen fugaz de los del camión, el cartón filoso con el que golpeaban la noche—. Puedo adelantar mi paseo, me acompaños y visitamos las galerías. Llévate tus mapas y los enseñas.

—Vale —fue la respuesta de Susana.

Me sorprendió que cediera con esa facilidad, y que además abriese su Hp mini dispuesta a hacer un listado de galerías a las que acudir. Me recogí en mi cuarto abrumada por la suerte que pudieran

correr los mapas de la ciudad desbaratada. Ahora la congoja que me había sobrevenido se mezclaba con el presentimiento hasta ser una sola cosa. Temía descubrir un vínculo entre los recogedores de cartón y la empresa de Susana. Es más: entre ambos quehaceres encontraba una relación directa y evidente. ¿Evidente de qué? La tarde estipulada para las visitas mi inquilina llegó antes del trabajo, sacó de su carpeta todos los mapas y se pasó un buen rato interrogándome sobre su conveniencia.

—¿Vamos? —le dije cuando llevaba casi una hora decidiendo, y no porque tuviera ganas de recorrer galerías, sino porque yo misma me había puesto a examinar los mapas obsesivamente.

Durante el tiempo en que los estuve mirando, mientras contestaba a las preguntas de mi inquilina sobre cuál era el mejor, pensé que aquellas composiciones no eran inocentes, ni habían salido de la cabeza de Susana, sino que copiaban algo ambiental. Cuando subimos al metro, mi inquilina volvió a sacar los mapas de la carpeta y a escrutarlos, y a mí me pareció que se fundían con el aire. Bajamos en Alonso Martínez y abrimos nuestro plano. Susana había trazado un reguero de puntos rosa fosforescente para marcar las galerías. Observé con desazón la robustez y la elegancia un tanto sucia de los edificios del ensanche, donde siempre había deseado vivir. Llegamos a la primera galería, un espacio chiquito que me tranquilizó, en la que había bodegones actualizados, con paquetes de donuts y restos de patatas fritas a los pies de perdices y calabazas perfectas.

—Hola —dijo Susana a un chico joven—. ¿Eres tú el dueño de la galería?

—No, yo soy el encargado.

—¿Y cuándo puedo ver al dueño?

—El dueño es una dueña. Se llama Laura Díaz. ¿Qué deseas?

—Enseñarle lo que hago.

—Puedes dejar tu currículum y una copia de tu trabajo.

—Ah, pues no he caído —dijo Susana.

Salimos a la calle sin despedirnos y caminamos desorientadas un par de minutos. En Susana se adensaba un gesto amargo. Su cara se laminó en finísimas arrugas. Aunque me arrepentí por haberla animado a concurrir en una suerte de *Operación Triunfo*, estaba agradecida a aquel golpe de realidad. Nos metimos en una tienda de fotocopias.

—No voy a dejar mi currículum, porque sería absurdo. Yo no tengo currículum —me dijo mientras las fotocopiadoras rugían rítmicamente.

Retomamos el camino a ese mismo ritmo de máquina, y con una rapidez inusitada fuimos dejando copias en las galerías de la lista, recorriendo Chamberí, Chueca, algunas calles del barrio de Salamanca. Vimos, entre otras cosas, una exposición de fotografías que figuraban ser sangre, otra de desnudos depilados, otra de figuritas de hierro o de algún otro metal, una cuarta de manchas nubosas, una quinta de marinas para decorar pisos, otra de óleos de paisajes pop. No llegué a ninguna conclusión sobre las posibilidades de colocar los mapas. Susana tampoco. Al final, más que caminar, parecíamos vagar; en un par de ocasiones mi inquilina no fue capaz de franquear la puerta de aquellas espirituosas salas, y tuve que entregar yo las copias. No estaba ninguno de los galeristas; los encargados recogían el trabajo de Susana sin decir nada, con diligencia acostumbrada, a veces con dejadez.

—Soy como una repartidora de anuncios de esos que la gente tira en la primera papelera que se encuentra —me dijo cuando llegamos a la décima y última galería, que estaba ya cerrando, y cuya

encargada guardó de mal humor las copias de Susana. Mi inquilina añadió—: Aunque, por otra parte, me ha animado comprobar que yo misma podría estar haciendo ese tipo de trabajo. El aburrimiento de esta gente es igual al que yo tengo cuando atiendo llamadas.

No quise replicarle, y además desconocía qué tecla podía satisfacerla. Parecía anhelar un empleo que tocara cierta realización, pero se consolaba descubriendo la miseria en lo que codiciaba. Los días siguientes estuvo aguardando las llamadas triunfales que no llegaban, y yo le decía que era normal que no se interesasen de buenas a primeras por sus mapas, a los que procuré no mirar.

—No es eso —me respondía.

Se quedaba meditativa sobre los planos, como si esperara encontrar errores; yo no podía figurarme qué clase de error albergaban que no fuera evidente desde el principio. Que estuvieran mejor o peor rematados no me parecía importante, y supongo que a Susana tampoco. Al final de aquella semana, mi inquilina ni siquiera deseaba hablar de los mapas, cosa que agradecí. Andaba cabizbaja, como si hubiese logrado exponer y ello hubiera conllevado el más estrepitoso de los fracasos, la confirmación de la inutilidad de todo lo que hacía y de su existencia. Era el momento de que nos olvidáramos del asunto. No tenía sentido insistir, y sin embargo mi miedo y lo que intuía, esa cosa informe que me parecía fruto de mi enfermedad, me llevó a decirle:

—Creo que es mejor que descartemos las galerías. Voy a buscarte bares donde hagan exposiciones, ¿vale?

Mi inquilina me dio un sí fugaz. Durante dos días, que fue lo que tardé en encontrarle un bar, no dijo una sola palabra, aunque multiplicó su presencia en el salón, enorme y recogida. No hacía amagos de encontrarse con Janssen en el ciberespacio. Ni siquiera encendía el portátil. Por mi parte, procuraba no pensar. Me movía sonámbula, obedeciendo una orden que procedía de una parte de mí que debía silenciar. Ignoraba cuál iba a ser su reacción cuando viera el bar que le había averiguado, un bar pequeño en una calle discreta, que no era el mejor espacio para una exposición, ni siquiera amateur. Había parado por casualidad en ese bar a descansar; si bien no se trataba del típico local con aspiraciones culturitas, me había parecido idóneo para mi inquilina. La imaginé sentada en una de las mesas con su portátil. Cuando le planteé el asunto al dueño, no puso reparos. Ni siquiera me dijo que le gustaría ver el trabajo de Susana, ni me pidió dinero. Solo me comentó que un amigo suyo hacía una tesis sobre la cartografía en el Renacimiento, y que le parecía una idea espléndida. Le habría dado lo mismo que colgásemos, en vez de mapas, una colección de tapetes. Aquel entusiasmo por la mera idea congeniaba con el carácter de mi inquilina.

No creo que Susana hubiera sido más detallista sobre su pasado, arrojando algún dato que no llegó a mi consciente, que se quedó alojado en alguna región cerebral, propiciando la impresión de que no existen casualidades sino causalidades. Cuando le mencioné que había encontrado un bar en una calle cercana a Huertas, un bar llamado Las Meninas, y acto seguido le dije de qué calle se trataba, mi inquilina alzó las cejas con desmesura y abrió la boca, y durante largos segundos permaneció así, cautiva de una sorpresa tan muda como el silencio que la precedía, y que a mí me había ido sacando de quicio.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Puedes repetirme otra vez la dirección?

Se la volví a dar. Se mordió la uña y replicó:

—Ese es el bar donde yo tenía mis citas hace diecisiete años. Antes se llamaba El Cuatro.

Susana pronunció estas palabras con una naturalidad atípica en ella, carente del tono repipi que la acompañaba.

—Si no quieres, puedo buscarte otro —le contesté.

Me noté nerviosa y culpable de un delito cometido sin darme cuenta, como si anduviese bajo los efectos de la hipnosis para poner a mi inquilina sobre un pliegue temporal que podía desestabilizarla, hacer que se quebrara en cristales pequeños, de los que resultan luego imposibles de extraer de la carne.

—Cuando me has dicho la calle, me he visto llamando a los periódicos y dando la dirección de esa misma manera, con el mismo ímpetu con que tú lo has pronunciado —continuó Susana.

Se quedó en Babia, tirando de un padraastro, tensándolo hasta el dolor y la sangre. Su cara se crispó, y esa crispación planeó durante unos instantes sobre el padecimiento físico, que hacía de excusa para volcarse en otro. Tal vez era el mismo temor que la había atenazado estos días, y que ahora recibía una confirmación inesperada.

—No puedo no quererlo aunque no quiera —añadió—. Y no voy a molestarte más. ¿Siguen pintadas las paredes de azul?

—Ahora están rosas.

—El rosa es un color perfecto —dijo sin entusiasmo, aunque sin duda pensando en sus mapas, en cómo quedarían sobre un fondo cálido.

Temí que no fuera el mismo bar; la invité a que lo comprobásemos con el Street View. La imagen era de un día nuboso. El interior se apreciaba frío a través de los ventanales oscuros.

—Ese es el bar, sí —dijo Susana—. ¿Lo lleva un viejo que se llama Tobías?

—El hombre con quien hablé tendría cuarenta y muchos, y se llama Pedro. Me dijo que era de Guadalajara.

—Entonces ha cambiado de dueño.

—Probablemente. —Recordé que ese hombre llevaba una camiseta con un mensaje que había leído y olvidado casi al instante. Añadí—: Me dijo que un amigo suyo estaba haciendo una tesis doctoral sobre cartografía.

—¿Ah, sí? —contestó Susana.

Su cabeza seguía en ese otro asunto que no me desvelaba, y que no creo que tuviera relación con su fe en las coincidencias, ni con la llamada esperada en vano, con ese fracaso en el que se recreaba. Mi inquilina estaba convencida de que se le había pasado el arroz, y ya no iba a hacer esfuerzos distintos a aquellos que la reafirmaran en esta idea. Pero su desazón tenía ahora una intensidad diferente. Algo discurría; sus pensamientos se volcaban en averiguaciones difusas. Cuando me dispuse a encerrarme en mi cuarto, me dijo:

—He seguido pasando por delante del bar unos cuantos años, y también durante el tiempo que llevo aquí tras mi vuelta, pero no he reparado en él hasta que tú no me has dicho la dirección. A menudo sueño con sus antiguas paredes azules y con las viejas que iban a merendar. Esas viejas con sus dentaduras postizas que tenían estómagos de vaca. Recuerdo que algunas se quedaban toda la tarde. Antes de haber digerido el croasán plancha y el cortado, ya estaban pidiendo unos boquerones en escabeche. No se me había ocurrido volver.

En los días siguientes, la ayudé a preparar su exposición. No me movía la generosidad; es que no podía pensar en otra cosa. Fuimos al local varias tardes. Nos rodeaba una fauna anciana de barrio que trasegaba con sus descafeinados y sus colacaos, y que se mezclaba con otra perroflautera, acorde con la estética del barman. Susana se esforzaba por no afligirse. A menudo, mientras el dueño hablaba sobre el acomodo de los mapas y de protegerlos de la humedad de la pared, lo interrumpía para decirle que iba a salir a la calle. Quería estudiar cómo se verían sus planos desde fuera. Yo suponía que no investigaba nada; tan solo miraba la fachada para martirizarse por no haber sido capaz de reconocerla durante todos estos años a pesar de haberse topado con ella, de soñar con ella, de pensar a menudo en el tiempo que pasó allí citándose con desconocidos. Susana retornaba al local sobrecogida y se bebía un par de vermús. Empecé a temer que le diera otro brote psicótico. No le dio nada de eso, sino una tristeza callada y soberbia.

—Cualquiera puede exponer aquí sus estupideces. No tengo ningún mérito —me dijo poco antes de que se inaugurara la exposición.

Cuando llegó el día, cambió su turno en el trabajo, y desde primera hora trajinó con vestidos y peinados, todos severos y raros. Pensé que esa noche le pondría unos cuernos triunfales a Janssen. No sé por qué lo pensé; mi inquilina, desde que planeaba la exposición, solo había sido capaz de centrarse en los mapas. Cuando le pregunté si Janssen iba a venir a la inauguración, me dijo: «He hecho otras cosas similares cuando vivía en Utrecht, pero en mi casa. Organizaba fiestas artísticas. Él está harto de ver mis collages». Su formidable y musculoso trasero acabó embutido en unos pantalones de terciopelo granates que parecían de equitación, y se puso una camisa blanca abotonada hasta el cuello, muy ceñida sobre sus pechos. Vista de perfil, parecía una zeta con cabeza y piernas.

Durante el tiempo que duraron los preparativos del evento me desentendí de mi trabajo. El día de la exposición llegamos temprano al bar. Ayudé a Susana a colgar los mapas y bebimos, ella cerveza con alcohol y yo sin porque el psiquiatra me había prohibido beber. Mi inquilina estaba de nuevo expectante; me pregunté qué esperanzas albergaría. La más modesta tal vez sería vender sus mapas, obtener un dinero extra con lo que hacía, incluso ganarse la vida con ello en un circuito menor, como quien comercia con su artesanía. Puede que también fabulara con que alguien relevante entrara en el bar y se fijara en sus planos, e incluso en su compulsión por la miniatura; alguien que entendiera hasta el final esa pasión. Yo no podía imaginarme qué implicaba componer esos collages puntillosos para destruirlos cuando ocupaban demasiado sitio en sus cajones, pero había una diferencia radical entre hacerlos arder en un parque y valorarlos. Quizá Susana solo aspirase a gustar a los amigos, si bien, y aunque persistía en ella la fe en su fracaso, esta vez había ido demasiado lejos y debía de tener otras expectativas. Ahora se tambaleaban sus credos. «No puedo no quererlo aunque no quiera», me había dicho, y la afirmación cobró más importancia de la que le di. Susana esperaba algo que no tenía que ver con el triunfo ni con sus mapas, sino con estar diecisiete años después en el lugar de su locura, y que ahora se había convertido en el lugar de su arte. Juraría que ella se había aferrado a ese hilo invisible. Brotaron esperanzas nuevas, o no tan nuevas, pero que no estaban destruidas por los fracasos. No era una vuelta atrás, sino una suspensión temporal sobre la que mi inquilina tomaba asiento.

Cuando faltaba poco para que su exposición diera comienzo, Susana se puso a acariciar su Hp mini. Yo había aprendido a leer algunos de sus gestos, como ese de acariciar el ordenador, de

saborear los instantes previos a la ejecución de una idea. Susana le pidió permiso al hombre del bar para grabar. Fue mapa por mapa; luego dejó la cámara de su portátil encendida, apuntando hacia la puerta. Cuando comprobó que nadie iba a quedarse sin cabeza, enchufó el adaptador. Los invitados asistirían a su propia visita.

—No va a poderse grabar bien —dijo el dueño del bar, pero a Susana no le importaba que se grabara *bien*, no le perturbaba que el resultado pudiera no ser satisfactorio.

Lo que le importaba era tomar una idea y observar su desenvolvimiento.

Antes de ponerse a grabar, mientras hablaba con el hombre y conmigo, Susana se había acordado de una película argentina. El barman le preguntó si iba a venir su familia, a lo que Susana respondió:

—Prefiero no hablar de mi familia.

—A las familias es mejor tenerlas lejos —añadió el hombre para no contrariar a la artista.

Susana sonrió. Pensé que iba a empezar a coquetear con el dueño, quien miraba con mal disimulado arrobo su pechera. Pero la sonrisa de Susana se debía a la película argentina:

—Hay una peli de Lucrecia Martel —nos dijo—, que se llama *La ciénaga*, donde los únicos libres son los niños. Juegan, se toquetean, espían, y los adultos siguen con sus cosas al margen de la orgía. En esa película la cámara está situada a la altura de los niños. Todo se ve desde la estatura de un infante.

El dueño del bar y yo esperamos a que añadiera algo más, pero Susana se limitó a sacar su Hp mini y a rozar el *on*, y luego vino lo de grabar los mapas, poner el ordenador en una silla emulando la mirada de un niño muy quieto mientras los mayores entran. El temor se había borrado de su cara. Tal vez agarraba por primera vez el hilo invisible. A Susana le gustaba experimentar con lo que aprendía para ver qué se desataba y porque así se sentía importante. Su necesidad la volvía original de una manera que solo podía acarrear burlas.

El hombre no adivinó la relación entre la película y la idea de Susana. Las viejas que habían venido al bar a merendar se asomaban al jolgorio. Los conocidos de Susana fueron llegando en grupos. No había nadie demasiado cercano, ninguna amiga que acaparara miradas cómplices. Pensé que mi inquilina no tenía amigos porque no quería. Sus conocidos, gente cuarentona y cincuentona, permanecieron apartados, hablando entre sí con un aura de otra época. Susana charlaba con ellos, les enseñaba los mapas y miraba hacia la puerta, como si esperase a alguien que no debía fallar, que tenía que estar a punto de franquear el umbral. En el exterior el ambiente era suave y recogido. Apenas había comercios. Los planos desordenados de Susana resultaban turbadores por la anarquía minuciosa que los presidía. En un par de mesas, Pedro había colocado cinco tortillas y siete botellas de vino. Se juntaron treinta personas entre conocidos de Susana, míos y algunos espontáneos que escrutaron los mapas, y en el culmen de la reunión mi inquilina se puso frenética y comenzó a graznar «Gracias» con su voz de pajarraca. Me pareció que temía a quienes observaban de más los mapas, a los que se acercaban a los cristales y estudiaban la composición. Como Susana comía cuando se agitaba, no la vi en ningún momento sin un trozo de tortilla o de pan en la boca. Al acabarse la tortilla y el pan, empezó a vaciar vasos de vino, si bien mantuvo las formas hasta que la reunión declinó y los invitados se disolvieron en la fresca noche. Susana miró de nuevo hacia la puerta y estuvo otro rato esperando. Quizá aguardase al enano a quien yo había bautizado como Fabio en mi escrito sobre su desquiciamiento. Se sentó a una mesa que, según ella, estaba en el mismo sitio que la

antigua mesa donde hacía veinte años quedaba con los hombres y las mujeres de los anuncios. Me dijo:

—Esto es como *Los amigos de Peter*.

Luego le preguntó al dueño del bar:

—¿He vendido algo?

—No —dijo el hombre.

Esquivé su mirada; ni siquiera yo le había comprado un mapa a pesar de que los precios eran baratos. Pero yo tenía excusa, me dije miserablemente.

—Cuando los descuelgue de aquí te los regalaré todos —me soltó Susana.

Ni siquiera me atreví a musitar un «No hace falta» ni «Gracias». Ya no quería los mapas. Me imaginé en el piso de Aluche con las treinta ordenaciones de Madrid colgadas de las paredes. La visión me horrorizó.

—Necesito pasear —me dijo, y yo le respondí que también.

Al día siguiente tenía que levantarme temprano y trabajar a destajo con la apretada y parkinsoniana caligrafía de la viuda del escritor de posguerra. Pero prefería demorar la jornada de mañana. Quería hacer las cosas mal.

En ningún momento decidimos regresar al piso caminando, y solo cuando ya estábamos a mitad del trayecto comenzamos a decirnos «Ya falta menos para llegar a casa». Habíamos dejado atrás el puente de Toledo, la M-30 recién soterrada, y subíamos hacia Aluche como dos sombras o dos insectos danzantes. La madrugada caía sobre la zona sur sin que los servicios de limpieza que barrían y refrescaban las calles del centro hubiesen hecho amago de pisar por allí alguna vez, y el polvo y el asfalto duro era lo único que se sentía. Teníamos sed, pero a partir de General Ricardos no encontramos nada abierto. Ni chinos, ni bares, ni salas de fiesta de dominicanos. Solo el silencio y algún que otro coche. Todo era como siempre, si bien lo que se desplegaba ante mí no parecía la ciudad que veía a diario, sino los planos de Susana, que creí habitados de manera subrepticia, y que ahora que la ciudad se descubría como otra cobraban sentido. No habría podido precisar en qué consistía esa otredad, pero me resultaba obvio que la tenía delante, que crecía y conspiraba contra mí. Me entró terror de que nos encontráramos con los del camión; era tarde, y yo suponía que ya habrían peinado el barrio y que ahora debían de transitar por el centro aprovechando que había menos policías, aunque este razonamiento no servía de nada, porque todo obedecía a otras leyes. Cuando miraba a Susana, mi zozobra se disipaba un poco; ella no se daba cuenta de la extrañeza por la que avanzábamos. Se la veía derrotada y borracha, y su cabeza parecía presa de un zumbido que la llevaba a caminar con resolución y a musitar con rabia palabras sueltas. Este hecho me beneficiaba; necesitaba arribar cuanto antes a la casa, o a cualquier sitio que devolviera mi percepción al rincón de mi locura. Pensé que Susana y yo caminaríamos así aunque estuviésemos dando un paseo por Gran Vía a las siete de la tarde, que nunca habíamos pasado tanto tiempo juntas fuera del piso y que era asombrosa la poca resistencia que yo oponía al hecho de encontrar a Susana tan semejante a mí, con esa misma forma de andar que no disimulaba la ansiedad por llegar de inmediato a aquellos árboles y a aquel coche fucsia que se perfilaban a lo lejos, y luego a ese conjunto de edificios que siempre había tomado por un geriátrico, pero que no era un geriátrico, sino un conservatorio de música. Por otra parte, si yo hubiese expuesto algo, unos dibujos o una colección de orquídeas disecadas, me

habría sentido igual de incómoda que ella; me habría pasado la exposición con la boca llena de tortilla y vino y deseando caminar después para despejar mi cabeza. O para perderme. O incluso para toparme con algo parecido a lo que estaba viviendo ahora.

A la altura de Eugenia de Montijo, donde se encontraba la cárcel demolida durante el invierno, no pude soportar mi impaciencia, y me detuve porque necesitaba contarle mi neura a Susana, y también para preguntarle de dónde le había venido la idea de hacer varias ciudades sobre el mismo plano. En realidad quería preguntarle si había visto esas ciudades, y que de paso advirtiera mi canguelo, que me mirase, pero mi inquietud tan solo observaba el descampado mientras peinaba con la nariz unas ráfagas de aire inexistente.

—Ahí estaba la cárcel —fue todo lo que me atreví a decirle.

—Lo sé. Mi padre estuvo preso. No sabía que la hubieran demolido.

—La echaron abajo hace unos meses —dije.

—Ah —respondió Susana, y calló sobre los motivos por los que su padre había entrado en prisión.

Yo tampoco indagué porque no quería hablar de eso. Aunque no estuviera aterida por mi inquietud me habría encogido de hombros. Supuse que el padre de Susana había sido un preso político de finales del franquismo, pues no me parecía que ella procediera de una familia de quinquis. También supuse que tal vez había asesinado a su madre, o a alguna de sus hermanas, o que había violado a Susana con la complicidad del clan familiar, lo que podría explicar su historial psiquiátrico y que ahora no quisiera encontrarse con nadie de su familia. Todas estas figuraciones pasaban a toda velocidad ante mí; quería apartarlas para ver mejor el solar alambrado, el parque; para devolverlos a la tranquilidad con la que yacían en mi recuerdo. Cuando nos dispusimos a salir del parque llegó hasta nosotras el ruido de un motor que no era de un coche, sino de un vehículo de mayor envergadura; sin mirar hacia aquella dirección, supe que se trataba de un camión de los que andaban recogiendo cartones. Salió de mi garganta un maullido abortado; le pedí a Susana que retrocediéramos y que no hiciera ruido. Nos sentamos en un banco; mi inquietud se había puesto tensa y yo no supe contarle lo de sus mapas y la ciudad porque me pareció que no tenía una traducción al lenguaje, que no podía decirlo porque no sabía qué le tenía que contar. Desde aquella distancia no distinguía si se trataba del camión de los gitanos; tan solo se veían bultos humanos trajinando en los contenedores de basura. Noté algo en mi frente, que pasó rápido; podría haber sido una hoja del árbol bajo el que estábamos sentadas, o un insecto, pues no palpé ningún rasguño cuando toqué mi piel.

—¿Tienes miedo? —me preguntó mi inquietud, y vi que sonreía de una forma cómplice y maligna.

—¿Quién diablos eres? —le contesté.

Me puse en pie; hubiera echado a correr si no hubiese sido por las cinco figuras que se habían colocado en la linde del parque, y que miraban hacia nosotras con una inmovilidad propia de los espectros.

Susana me dijo sin dejar de sonreír:

—¿Estás loca o qué? Haz el favor de sentarte.

Las cinco figuras se disolvieron, y Susana me contó el argumento de una película antigua que transcurría en un Madrid donde se escondía una ciudadela subterránea en la que siete jorobados

hacían desaparecer a la gente. Según Susana la película no explicitaba cuál era el móvil de los siete jorobados. Se trataba, añadió, de una película de humor.

—Te voy a enseñar una ermita, y luego regresaremos por un camino de tierra —anunció cuando nos pusimos de pie.

Yo sabía de qué ermita se trataba: una construcción del siglo XIII frente a la cárcel y al lado del Cementerio Parroquial de Carabanchel Bajo.

—Antes estaba aquí la casa del sepulturero. Luego la echaron abajo para que no estropeará el conjunto monumental —dijo Susana, y estalló en carcajadas.

Jamás me había parado a contemplar la ermita. Traté de reírme, pero seguía sin entender. No quería salir del parque; no me atrevía a ir a ningún lugar sin Susana.

El boquete por el que me había estado colando durante los meses de invierno, obra quizá de los gitanos, estaba ahora reparado. El camino entre el cementerio y el solar parecía conducir al campo o a unas huertas, aunque el sentido común dictaba que solo podía desembocar en la urbe. Nunca me había animado a tomar ese atajo durante mis incursiones nocturnas, pues no había manera de salir de él si me encontraba con algún maleante. Ahora no se me antojaba más seguro. Era como un túnel, o un callejón: no tenía salidas por sus costados, y a los temblores de mis piernas les sucedió el sudor de mis manos. Temí que volviéramos a toparnos con esas cinco figuras, a las que bastaba sumarles el número par que éramos Susana y yo para que la película de humor que acababa de contarme mi inquietud redondeara su misterio. Avanzamos en silencio y presas, en aquella oscuridad inesperada, de un cielo que por contraste lucía el esplendor naranja de la contaminación lumínica. Parecíamos estar caminando por la bóveda celeste, y que lo que se desplegaba sobre nuestras cabezas fuera la ciudad. Llevaba meses sin llover; la tierra se levantaba con facilidad a nuestro paso. Salimos del camino sin que nadie nos cercara y Susana volvió a su seriedad. Yo debía de estar lívida; mi inquietud me miró con cierta sorpresa, pero no dijo nada. Cuando llegamos a la casa y nos quitamos los zapatos, observamos agarrados en los cordones decenas de insectos minúsculos que al principio nos parecieron las semillas adherentes de alguna planta, y que cuando fuimos a sacudirlos rodaron hasta el suelo y se esfumaron detrás de los muebles.

—Son pulgas —dijo Susana.

Yo negué:

—Las pulgas habrían encontrado nuestra piel. Estaríamos ya rascándonos.

Me sentía mareada; ignoraba si había alucinado durante la última hora y media. Todo volvía a ser sólido, compacto; meforcé a pensar en esos bichos minúsculos y concluí que eran arañas. Aquellos bichos también me habían recordado a las formaciones de hielo en nuestras ventanas durante el otoño y el invierno. Fui a por el bote de insecticida y regué con él la parte trasera de los muebles del salón, las estanterías con los libros, las hojas de árboles y los botes de tierra tintada de Susana, que observó cómo sus novelas y sus manuales se colmaban de veneno sin poner más reparos que un «Vamos a tener que estar lavándonos las manos cada vez que nos dé por leer». Yo asentí, entré en mi cuarto y seguí echando insecticida; luego me fui al antiguo balcón pletórico de aluminio, que era ahora un cuartucho inútil de cristal, pues en invierno hacía demasiado frío para permanecer en él y en verano te freías. Aquella noche, sin embargo, pasé más de una hora allí, mirando el paisaje y sin saber qué pedirle. Ni siquiera reparaba ya en la distancia que me separaba de los lugares que había

deseado habitar, y además todo olía a tóxico, y yo huía de lo que no fuera inmediato: esos bichos deslizándose como libélulas diminutas desde nuestras piernas a los muebles, y desde ahí quién sabe adónde. Tenía bien abiertas las ventanas del falso balcón para que se fuera el pestazo a Cucal. No le había dado las buenas noches a Susana, pero qué importaba eso. Tampoco me había tomado mi medicación, y eso sí me importaba, aunque no tanto como para abandonar mi atalaya frente al solar donde en primavera crecían jaramagos de un tenue amarillo, y que me permitía ver a una escala digna de un tetris el Palacio Real, la fea Almudena, la cúpula de San Francisco el Grande, el faro de Moncloa cuya cafetería sobre la ciudad había resultado un fracaso, los deslucidos edificios de Ciudad Universitaria. Seguía interrogando inadvertidamente al paisaje, de la misma manera que él se había hecho presente de un modo que no era posible calibrar desde mi balcón. Desde allí todo cabía en la palma de mi mano, extendida hacia un aire ilusorio.

Mientras yo trabajaba en la reescritura del libro de la viuda, Susana recibió una llamada de Pedro, el hombre del bar. Había estado allí un galerista que quería hablar con ella. Susana me lo contó incrédula.

Me había pasado la mañana revisando mi texto sobre ella. Quería que destilara algún tipo de certeza, de pista tras la cual habrían de venir otras, como las luces de un aeropuerto en la noche, sin las que los aviones no pueden aterrizar. Su noticia me llevaba a una confusión mayor; no había llegado el tiempo de considerar si lo escrito era válido, pero me urgía el acierto. ¿Era serio que yo hubiese empezado el relato sobre Susana con una provocación? ¿Y acaso me estaba dejando llevar por un criterio conservador al considerar que había motivos más serios que otros? ¿Era justa mi visión o había sido tendenciosa? Estas preguntas encubrían otra que no era capaz de hacerme: ¿cabía la posibilidad de que fuese *real* ese delirio? Mi inquilina se encerró en su cuarto para telefonar al marchante y cuando volvió al salón su rostro refulgía.

—Me ha dicho que le han entusiasmado los mapas y que le gustaría que expusiera en su galería —dijo.

—¿Sabes si es un buen galerista?

—Es una mujer. Olga Romero. Ni idea de si es buena. Según el del bar, ella vive al lado y se fijó en los mapas porque pasa por allí todas las mañanas. Su nombre me suena, y habré ido alguna vez a su galería, pero eso es todo.

—Podemos rastrearla —le dije.

—¿Me dejas tu ordenador? El mío tarda mucho en encenderse.

Susana tecleó el nombre en Google, que nos apabulló con noticias de Olga Romero en diarios y en webs de arte. «Olga Romero, la marchante de moda», «Olga Romero, una maestra del buen arte», «La galería Olga Romero, codiciado destino de los artistas», «Olga Romero, la heroína del arte». Artistas españoles como Miquel Barceló, José Manuel Broto, Alberto García-Alix o Ferran García Sevilla habían iniciado su trayectoria en la célebre galería, donde además se exponían obras de otros creadores de fama internacional que a mí no me sonaban de nada y a Susana tampoco.

—No me lo puedo creer —dijo.

Lo repitió tres veces más.

Esto sí era el guión de una película, pero Susana no mencionó ningún film.

—Te felicito —le solté sin ninguna sinceridad—. ¿Qué te ha dicho?

—Quiere ver lo que tengo.

—¿Y es mucho? —le pregunté con vergüenza.

Nunca le había pedido que me enseñara sus collages. Había supuesto que su valor era escaso y que me bastaba con ver sus recortes, aun cuando yo misma me perturbaba ante sus mapas.

—No sé si es mucho o poco, bueno o malo. No sé nada. ¿Qué le digo cuando me pregunte, que lo mío es *art brut*? Suena ridículo.

—¿Qué tiene de malo? Además, tú vas a muchas exposiciones. Algo sí sabrás.

Escuché mi voz partirse de una forma solo mental; el desgarró sonó en mi cabeza como tictac de relojes vistos en anuncios.

—Voy a muchas exposiciones, sí, pero nunca me entero de su valor real. No tengo formación. Me aburre leer sobre arte. Siempre paso de los catálogos; lo que me gusta es mirar.

Yo no debía perder más tiempo. Tenía que entregar el libro de la viuda. Por tanto: ir a mi cuarto, sacar la libreta, examinar el escrito sobre la locura de Susana. Apaciguar mi duda. Una página, me dije, con una página sobra. Pero entonces recordé a Fabio y las citas y las voces saliendo como fantasmas del contestador y sentí que había perdido, que aquello no estaba a mi alcance, o lo estaba de una forma que me aterraba. Lo estaba como recuerdo. Como si yo fuera Susana. La seguí hasta su habitación. Debajo de la cama, metidos en bolsas, tenía una veintena de carpesanos que albergaban miniaturas sueltas y composiciones recargadas, fieras, extenuantes. Ella las miraba y luego me las pasaba. Pensé que si me pedía que me marchara la desobedecería. No podía irme hasta que *calculase* el alcance de aquello. Mi pretensión era imposible.

—Menos mal que no lo he tirado todo —dijo—. Guardo lo que he hecho durante los dos últimos años en Utrecht.

—¿No has conservado nada más antiguo?

—Solo lo que no me he atrevido a romper porque a Janssen le agradaba.

—¿Y no has regalado nada?

—Algunas cosas. Un amigo holandés me dijo que, aunque lo que yo hacía le gustaba, no se le ocurriría colgarlo encima de la tele. Dejé de regalar mis collages. Detesto que alguien se sienta con la obligación de colgar algo que le trastorna.

—Te ha dicho que le lleves todo, ¿no?

—Sí, pero me parece excesivo. No creo que haya nada que tenga más valor que los mapas.

—Acabas de decir que no sabes valorarlo.

—Tengo intuiciones sobre lo que hago.

—Llévaselo todo —le ordené—. Que decida ella. Podemos llamar a Germán para que te ayude con el coche.

—Ella se ofreció a venir a ver lo que tengo, pero me pareció que el piso no era un buen lugar para enseñárselo.

—No lo es.

—Tengo que separar las composiciones de las colecciones de recortes.

—Llévale también esas colecciones.

Susana me miraba con estupefacción y sin entender mis mandatos. Yo tampoco los entendía.

—¿Cuándo tienes que llevarlo?

—Pasado mañana.

Pasé dos horas más metida en la habitación, mirando sus figuritas. El olor de la cola era intenso y matérico; un dulce resbalando por el aire. Luego me fui a la calle. Se había apoderado de mí un afán resolutivo que me hizo caminar como si supiera adónde me dirigía. Llegué hasta Lucero, y cuando regresaba, al pasar por una plaza en obras que obligaba a caminar por la calzada, me rozó la sien un material procedente de la parte trasera de un vehículo que había doblado la esquina. Apenas me dio tiempo a verlo. No es que no mirara; es que cuando el material me rozó agaché la cabeza, y para entonces el camión ya había desaparecido y a mí me quedaba un discreto reguero de sangre, gotitas que al juntarse semejaban un arañazo. No pude precisar qué me había herido. Ni siquiera sabía si me

habían tirado aquello a propósito o se había desprendido del vehículo, como antaño pasaba con la paja en los camiones de forraje. Busqué el proyectil, pero no encontré nada. Seguí andando hacia arriba, guiada por el instinto, pues como siempre no me sabía el camino exacto, sino que intuía diagonales y cuestas y ciertos colores, y también la composición general del trayecto, que se perfilaba en mi cabeza como planos de esquinas, de aceras, de la pura sacudida que me dejaba encontrar de súbito un chalet con un palmito frente a tramos de escalones que solucionaban de manera tortuosa los desniveles del terreno. Al rato, ya en una avenida que a aquellas horas se asemejaba a una planicie, a una llanura nocturna, volvieron a aparecer los del camión, y hubo unos cuantos silbidos. Entonces vi la mano, y no solo eso, sino que pude imaginármela en su trabajo de rastreo entre los cartones para sacar pequeños triángulos que, por su consistencia, parecían de madera, si bien eran papeles pegados cuyo borde de nuevo me rozaba una parte del rostro, esta vez la barbilla. Me agaché y tomé del suelo aquel aglomerado de celulosa que jamás podría matar a ningún transeúnte. Desde el camión, y a la vez que los gritos, cayeron unas cuantas serpentinas. Cuando me acerqué me di cuenta de que no eran serpentinas, sino tiras de antiguas máquinas de fax, con su lenguaje parecido al Braille, con su código de agujeros adornando el sombrío asfalto. ¿Se trataba de un juego de proyectiles inofensivo?, ¿cómo hacían para golpear en partes no dolorosas, para no dejar rastro del ataque?, ¿me estaba inventando una historia de agresiones donde solo había trozos de cartón duro y papeles que caían de entre la chapa ruinosa? Miré la avenida, inmensa, vacía, invernal a pesar de que el verano estaba a punto de irrumpir; avenida mal iluminada, porque había menos tráfico y no era el centro. A esa hora incluso resultaba difícil dar con un taxi, y la escasa circulación parecía brotar del asfalto y sumergirse en el asfalto, como delfines nadando silenciosamente sobre un cemento líquido. Llegué a casa sin la sensación de paz que me producían mis salidas, con esa misma idea, que ya me asaltó la noche anterior, de que había caminado por los mapas de Susana. Apenas pude dormir.

Al día siguiente trabajé mal. No me concentraba. Quería que todo pasara cuanto antes. Empezaba a entender por qué me había fascinado la historia de la locura de Susana y por qué a raíz de ella ya no quise saber nada sobre su pasado *real*. Llamé a Germán y le conté que mi inquilina debía llevar sus collages y sus mapas a la galería.

—Ya me llamó ella anoche —me dijo.

Me enfadé. ¿No era Susana solo una conocida de Germán? ¿Por qué esa familiaridad con él?

—Ah —contesté.

—¿Estás bien? —me preguntó Germán.

—No lo sé —le respondí.

—¿Te estás tomando lo que te recetó el psiquiatra?

—Sí. Y hasta hace poco me ha hecho efecto.

—¿Y entonces?

—No lo sé.

—¿Quieres que vaya a verte esta tarde?

—No. Ya hablamos mañana. No te preocupes. He dormido mal.

Colgué y ya no pensé más en Germán. Me puse a trabajar en el libro. Las palabras de la viuda describían tortuosas hileras de matorrales cuyas ramas debía podar, y conforme avanzaba, en lugar

de letras me pareció que lo que tenía en la pantalla eran dibujos muy precisos. No me importaba lo que escribía; me dejaba guiar por la conversión de las letras a estos dibujos, segura de que si conseguía la perfección en las hileras, el matrimonio entre forma y contenido sería inmejorable. Esta convicción me permitió emplearme a fondo hasta bien entrada la tarde. Ni siquiera me detuve para comer.

Susana llegó al piso cargada con bolsas de ropa.

—Mira lo que me he comprado —me dijo poniendo sobre el sofá un vestido negro de raso, unos pantalones *baggy* y un par de camisas *vintage*. De una caja dorada sacó unas bailarinas de color plata con las puntas de charol, y de otra unas Converse. También había adquirido una cazadora de leopardo y un chaleco de cuadros—. No me gusta celebrar antes de tiempo, pero no he podido evitar darme un premio —continuó—. Si lo de la galería sale mal yo voy a seguir igual de contenta, o eso creo. Hace dos años que no me compro nada. Además, soy supersticiosa y creo que tengo que estrenar algo para que todo cuadre.

La ropa que se había comprado Susana rompía su estilo austero y anodino. Era una ropa que podría haberme comprado yo. La encontré vulgar. Pensé en si había sabido interpretar su actitud de construirse a través de películas y libros y series y su silencio sobre su trabajo. Susana nunca se comportaba como cabía esperar de alguien que no había dado más que tumbos, que no había conseguido nada de lo que ansiaba, que casi en la cincuentena vivía en una precariedad poco envidiable. Lo que me había parecido irritante y estrafalario de ella, y me había llevado a suponer que tenía menos años, era lo que al mismo tiempo admiraba, pues esa forma de conducirse no dejaba de ser una resistencia. Sin embargo, el verla alardear de la ropa nueva me hacía descreer. Tal vez Susana nunca había buscado diferenciarse ni salvarse ni oponer resistencias, y era yo la que interpretaba a través de categorías que solo me retrataban a mí. Por otra parte, ¿realmente la había admirado? ¿Acaso no me angustió la posibilidad de acabar como ella, y solo ahora que parecía a punto de *triunfar*, de darle un giro a su existencia, yo idealizaba su pasado para impugnar su presente? Conforme formulaba estos pensamientos, me daba cuenta de su inutilidad. No eran ellos los que me angustiaban. Quien asomaba el hocico era la rotura absoluta, alegre, tétrica, Fabio, y yo no tenía humor para eso. Susana se calzó los zapatos plateados; sus pies semejaban dos naves espaciales con las que volar a la galería. Jugueteó con la chaqueta de leopardo y se probó el chaleco para que yo admirara lo bien que conjuntaba con camisas blancas sencillas, como la que llevaba puesta. Luego le entró prisa y se puso a ordenar en cajas los carpesanos con su obra. Sentí la misma rabia que cuando se instaló en el piso. El día que llegó, dejó su maleta en el cuarto junto a unas pocas pertenencias y desapareció durante una semana. No soporté su autosuficiencia. Yo la había esperado día tras día, sola y con las habitaciones limpias.

Debía trabajar en el libro de la viuda porque se aproximaba la fecha de entrega, pero no quería estar en la casa con Susana. Me fui a la calle.

Decidí que no iban a pillarme por sorpresa, así que me agaché cuando, al escuchar el renqueo del motor, intuí que podía tratarse de ellos. El proyectil rebotó en la pared y cayó al suelo. Lo cogí: esta vez era un conejito de cartón. Me entretuve examinándolo. Estaba en una zona de Usera que conocía un poco. Cuando me cansé de deambular por allí, atravesé Pradolongo y luego la avenida de los Poblados hasta llegar a una calle cuyo nombre me causó ese deslumbramiento de las evidencias

largamente olvidadas. Se trataba de la calle del Plan Parcial, a la que se arribaba por unas zonas de césped mustio. Volví a ver maromas robando la luz sin ningún disimulo. Los cables iban de los pisos hasta una farola, a la que ordeñaban electricidad. Había ventanas forradas de plástico, lo que significaba que para ocupar la casa habían tenido que usar escaleras de mano y romper los cristales. Luego ya no estuve segura de esta hipótesis. Como en otras ocasiones, concluí que aquellas ocupaciones estaban hechas con la bendición de los vecinos y de la policía. Esos edificios no lucían tan viejos, ni eran viviendas de protección oficial tan precarias que estuvieran al borde del derribo. No pude evitar fijarme bien en las colonias para descubrir señales de que no me equivocaba. Atravesé el parque y salí por Primitiva Gañán; mientras escudriñaba supe que el escritor de posguerra, sobre el que trataba el libro de su viuda, no tuvo nunca el pensamiento de que la ciudad pudiera crecer por donde yo me movía. Antes solo había huertas y vaquerías sobre este pavimento. El dato me llegó como una iluminación; me dije que era el escritor de posguerra, cuya mirada planeaba por todo Madrid observando aquel crecimiento desconsiderado, quien me había inoculado esta información. Le pregunté a su fantasma dónde debía buscar más departamentos allanados que confirmaran la existencia de otra ciudad. Arribé a una vía de casitas viejas. Luego tomé el metro y salí a una zona nueva donde las viviendas de protección oficial obedecían a una política de arquitectura de autor. Transité por las avenidas atenta a aquellos edificios que nada tenían que ver con el ladrillismo. Había unos chalets que semejaban contenedores de puertos. Me entró miedo; pensé que ese barrio del Programa de Actuación Urbanística había sido dejado a su libre albedrío, pues los acabados eran falsos. Regresé caminando y llegué al piso a las tres de la madrugada; dormí una hora y me puse a trabajar en el libro de la viuda. Al alba se levantó Susana. Nunca la había visto en pijama. Me dijo:

—¿Te pasa algo?

—Tengo que entregar un libro y he corregido toda la noche —le contesté.

Cuando se largó me acosté. No pude dormirme. Por la tarde tenía que venir Germán y yo no iba a estar presentable. Me levanté a la hora de comer sin haber pegado ojo. Escondí el libro de la viuda porque temí que Susana se diera cuenta de que no lo había entregado. Quise acicalarme. Me probé la ropa que heredé de mi madre cuando murió: sus trajes de chaqueta que me hacían parecer mayor, sus faldas largas, sus pantalones de señora, sus americanas. Las prendas elegantes no me favorecían. Me puse un vestido rojo y aguardé a Susana sentada en el sofá. Miré hacia arriba y descubrí que algunos de los bichos que se desprendieron de nuestros zapatos habían formado pequeñas colonias en las esquinas del techo. A las seis de la tarde Susana y Germán entraron en el piso.

—¿No tienes que trabajar? —me preguntó Susana.

—Os estaba esperando para ayudaros —dije.

Germán se sentó junto a mí.

—Elisa, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Los antidepresivos tienen a veces efectos raros. A lo mejor estás un poco ida.

—Me he pasado toda la noche trabajando y he venido hace un rato de la editorial. Tenía una entrega. Vamos a cargar el coche, ¿no?

Me puse en pie y me fui al cuarto de Susana. Agarré una caja. Germán hizo lo mismo. Subimos y

bajamos varias veces; yo procuré no escucharlos, pero era imposible porque todo el tiempo hablaban y se hacían bromas. Parecían conocerse muy bien. Las cajas no cabían en el maletero; Germán abatió los asientos para convertir el auto en furgoneta.

—Vas a tener que esperarnos. No hay sitio atrás —me dijo.

—Adiós —musité.

Germán añadió:

—Vengo ahora a por ti y tomamos algo los tres cuando Susana salga de la galería. No te vas a quedar aquí con tu vestido rojo.

El motor se encendió con un ruido de batidora.

Cuando llegué al piso sonaba el móvil; era Germán. No contesté. Sabía que eso haría que viniera antes a por mí, así que dejé el teléfono sobre la cama y me marché. Atardecía. No era hora de encontrarme con los del camión, ni con las calles desiertas. Las terrazas vibraban de gente adelantándose al verano, y olía a piruleta y a helado de vainilla. Me propuse ir a la pradera de San Isidro para contemplar cómo la ciudad se agrisaba conforme el sol se escondía. Lo había hecho otras veces; era una imagen bella y sin misterio. Me esforcé por que los pedazos de urbe por los que ahora me adentraba dejasen de guardar ya secretos. Por aferrarme a lo literal.

Dos años atrás había tenido que ir a una boda en Manzanares. Gocé del trayecto en autobús por ese paisaje manchego tan de nariz roma, y cuando llegué me dispuse a hacer lo mismo con el lugar. Iba a alojarme en un hostel céntrico; pensé que no me sería difícil encontrarlo, y al salir de la estación pregunté a la tendera de un comercio de variantes. Me lo explicó mal, o más probablemente confundí sus instrucciones. Era un mediodía caluroso, con ese achicharramiento de la estepa sin árboles; en las afueras había edificios sosos y ni un alma. Caminé largo rato hasta una glorieta que debía marcar un punto de inflexión en mi cada vez mayor certeza de que estaba errando la trayectoria. La glorieta no fue el punto de inflexión de nada y yo ya no disfrutaba del paisaje, ya no lo fabulaba, porque el calor era insoportable y llevaba tres cuartos de hora con el sol aplastándome y la maleta sin ruedas empeorando la contractura de mi espalda. Habría sido imposible escabullirme de aquellas razones simples si me hubieran preguntado por mi impresión del lugar, y con Susana ocurría lo mismo.

Volví al piso a la una de la madrugada. Con el fin de hacer tiempo, me había metido en el cine. Supuse que Germán y Susana habían vuelto para recogerme, que habían esperado unas cuantas horas, que probablemente se habían preocupado y hastiado a partes iguales. No imaginé que seguirían allí, y menos en semejante disposición: desnudos en el sofá, la cabeza de Germán reposando sobre el muslo de mi inquilina. Estaban dormidos y no les dije nada. Sobre la mesa fulguraba, ya vacía, mi botella de vodka polaco, y también la de orujo que me había regalado el fraile de Burgos. Cogí el orujo y lo devolví al arcón. Me encerré en mi cuarto. Al poco, Germán golpeó mi puerta. Se había vestido. Sus palabras, que describían variaciones de «Ya no te esperábamos», «Estábamos preocupados» y, un poco más adelante, envalentonado quizá por mi actitud expectante, «Lo queríamos celebrar» y «Yo me había acostado con Susana hace años y era fácil», se atropellaban en la lengua, en el pensamiento, en el ambiente que apestaba a alcohol y a tabaco de liar.

—No tienes que darme explicaciones —le dije.

Era verdad solo porque otras veces lo había sido. Germán solía contarme con quién se acostaba

si venía al caso, y en otros pisos en los que habíamos finalizado las juergas nocturnas lo había visto amanecer en la habitación de alguna de las chicas. No era un ligón, aunque no se le daba mal, cuando se lo proponía, acabar en la cama de alguna. Yo solo le había conocido una relación estable. Estaba tan borracho que se tumbó en la cama y se quedó dormido al poco, mientras musitaba «Déjame quedarme aquí» y de nuevo, y cansinamente, «Lo siento». Me resultó patético y consolador. Me asomé al salón; Susana había desaparecido, no sin antes limpiar la mesa y abrir la ventana. Me acosté junto a Germán. Había algo que me aliviaba: esto me daba una excusa para echarla, para que ese pasado imposible pero que estaba ahí se fuera amablemente por la puerta. Entrar en el cuarto de Susana, sacudir su cuerpo, ordenarle con educación: «Mañana, por favor, te marchas». Susana reducida a una mera piel, a la extraña que ya era.

Germán me despertó a las siete de la mañana.

—Quiero hablar contigo antes de irme a trabajar —me soltó, impregnando de vodka el hueco entre su boca y la mía.

Al abrir los ojos tuve la impresión de haber dormido con una profundidad rara, ofuscada; me enfadó que me despertara, cabalgar por una aridez contra la que mi sueño había batallado. O eso parecía por la tranquilidad, evaporada en cuestión de segundos, con la que acababa de amanecer. Antes yo solía tener sueños compensatorios, que no eran gran cosa, pero que me permitían desquitarme. La ansiedad había burlado ese apagón reparador hasta que comencé con las pastillas.

Me incorporé; por pudor no había dormido en bragas. No estaba acostumbrada al pijama y la tela algodonosa me fatigaba. Me tomé mis pastillas, me coloqué una bata ligera, salí del cuarto. En la habitación de Susana sonaba el despertador.

—Estás enfadada —me dijo Germán.

Salió tras de mí; su disposición me tranquilizó. La resaca lo demolía. No pude evitar imaginarme un polvo fracasado con Susana. Quizá habían follado antes de embriagarse.

—Voy a decirle a Susana que quiero que se vaya del piso —le dije.

—¿Te lo puedes permitir?

—Si tú te vienes a vivir aquí, sí —le dije—. O si me dejas que yo me vaya a tu casa. Y ahora vete, por favor. Si te quedas no me atreveré a decírselo.

No me paré a considerar lo que acababa de soltarle a Germán. Estaba segura de que iba a hacerme un hueco en su apartamento escueto, de techos altos y tarima flotante, de la calle Luna, o a venirse conmigo a Aluche. Puse la cafetera al fuego; escuchaba los movimientos de Susana por su cuarto, y al salir, tan desnuda como la noche anterior, con la toalla de baño y una muda, me miró con una frialdad que no juzgué agresiva. Parecía fruto de la prisa y de la somnolencia. De una realidad que aún no había cuajado, a la que era posible hacer cortes de mangas. Me preparé una infusión; cuando mi inquilina salió del baño, ya compuesta, su expresión era otra.

—¿Tienes tiempo?

—Quince minutos.

—He hecho café. Está en la hornilla.

Susana llenó de café un vaso de los de beber agua hasta arriba y se sentó frente a mí. Su pelo mojado despedía un agradable olor frutal. Me sentí sucia con mi pijama, mi bata, mis rastros de sueño en la cara.

—No es por lo de ayer, o no exactamente. El caso es que me gustaría que te marchases del piso. Esta me parece una buena oportunidad para decírtelo.

Susana no se alteró. Su cabeza estaba en otra cosa; su cuerpo obedecía a decisiones que, por su potencia, parecían materializarse ante nosotras adquiriendo la sonoridad de una expresión antigua: rayos y centellas.

—Lo es —dijo a pesar de todo, esforzándose por evaluarme sin condescendencia—. Estoy un poco atontada por la resaca.

Aquí vaciló, como si no se sintiera con derecho a explicarse y al mismo tiempo no pudiera esquivar su triunfo, o tal vez su suerte, puesto que ella no había buscado nada. Solo se había deslizado por una inercia que era mía. Le pregunté por su visita a la galerista. La dejé que comenzara a resarcirse de todos sus años de zozobra. Eso era lo único que podía dar Susana durante un tiempo largo.

Tardó apenas dos semanas en encontrar un piso nuevo. Germán y yo la ayudamos con la mudanza. Pronto expondría; el acontecimiento la ocupaba por entero. El día que se fue me compró un ramo de tulipanes y me dio uno de los mapas. Era una despedida capciosa. No pude evitar el miedo de que su marcha no supusiese la clausura de nada.

TERCERA PARTE

PESQUISAS

—Me ha contado que tras mudarse con Germán decidió seguir creyendo en una suerte de conspiración.

—En efecto, aún vagué buscando señales cuando me fui a vivir con Germán a un piso que encontramos en Prosperidad. Eso me obligó a deambular por barrios nuevos. El territorio desconocido me daba armas, pues ahí podía reclutar pistas. Al mismo tiempo, durante el día, fingía ante mí que eso no pasaba.

—No entiendo por qué en su libro da por hecho que el lector sabe lo que ocurre entre Germán y la protagonista.

—Me contó que aquella fue una forma desesperada de llamar mi atención. Se había emborrachado hasta estar seguro de que no iba a empalmarse. No hizo nada con mi inquilina, salvo exhibirse. Para que me molestara más aún, había insistido en emborracharse con el alcohol que yo guardaba en el arcón. Él sabía muchas cosas sobre mí. Hacía diez años que nos conocíamos.

—Y ahora es su pareja.

—Pero mi problema no es Germán.

—A lo largo de las sesiones se dará cuenta de que el problema tal vez no está donde cree.

—Bueno.

—El final de su escrito no menciona el tema laboral, que es un desencadenante de su crisis.

—La situación se normalizó, o más bien se estabilizó en lo precario. Pero me pagaron las facturas pendientes. Carmentxu sufrió un ictus y se despidió. Nos reunió a los colaboradores y nos dijo que el trabajo la había enfermado. Probablemente fuera así, aunque ella tampoco se cuidaba. Comía, bebía y fumaba a discreción. En su lugar pusieron a un francés que sigue siendo mi jefe, y que por cierto es muy guapo. Se llama Claude. No sé si es un enchufado; supongo que sí porque, aunque habla muy bien el castellano, no es bilingüe y no puede valorar nuestro trabajo. Pero no me agobio. Germán gana más que yo: con su sueldo da para pagar el piso. Y además tengo menos encargos y he estado escribiendo la novela. Eso me ha llevado a otro sitio. A otro lugar mental. Supongo que más adelante tendré que volver a afrontar el problema laboral, pero de momento lo he aparcado.

—Dice que ha superado su, digamos, alucinación, pero desea grabar nuestros encuentros para usarlos después como una especie de coda a su novela y fijar así la curación en el papel. Me dijo el primer día que pensaba que lo que había escrito hacía años desencadenó su crisis nerviosa, y quiere dejar constancia literaria de su proceso terapéutico para asegurarse de que nunca más volverá a asomarse al abismo. ¿No esconde eso una nueva fantasía?

—Yo lo llamaría superstición.

—En su novela dice que no es supersticiosa.

—Lo que hay en mi novela es un personaje basado en mí, pero no soy yo. Ni lo que he contado es exacto. He tratado de aproximarme a algo, pero quizá lo que he hecho es otra cosa distinta. El libro no está terminado, y nuestros encuentros forman parte de él. Necesito rematar la obra. Y no puedo inventarme el final. Me resulta falso. En una ficción todo es falso, pero no me estoy refiriendo a ese tipo de falsedad, sino a no respetar la coherencia del texto. Para la coherencia de lo que he escrito, necesito que esta conversación ocurra.

—¿Y qué es más importante para usted, registrar lo que suceda en mi consulta para rematar bien su libro o asegurarse la curación?

—No estoy segura de entenderle.

—Se lo diré de otro modo. ¿Qué pasaría si no logramos que usted se cure? ¿Escribiría sobre su fracaso?

—Si no logro superar la impresión de estar a punto de perder la cordura, esta podría ser la última frase del libro. Porque continuar si no ocurre nada resultaría redundante, ¿no?

NOTA

El texto que introduce la segunda parte de este libro se publicó en el «Cuaderno de Verano» del diario *Público* el 5 de agosto de 2010 bajo el título «Un ejemplo deplorable de estructura circular».

La cita de la página 27 («espectro del pensamiento») pertenece a *Cosas transparentes*, de Vladimir Nabokov (traducción de Jordi Fibla, Anagrama, Barcelona, 2012), aunque yo la leí en un artículo de Enrique Vila-Matas titulado «Los viajes andados» y publicado en el diario *El País* el 13 de noviembre de 2012.



ELVIRA NAVARRO (Huelva, 1978) estudió Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado dos novelas complementarias: *La ciudad en invierno* (2007, Caballo de Troya) y *La ciudad feliz* (2009, Literatura Random House), que fue Premio Jaén de Novela, Premio Tormenta al mejor nuevo autor y finalista del Premio Dulce Chacón de Narrativa Española. Es también autora del blog *Periferia* (www.madridesperiferia.blogspot.com), un *work in progress* sobre los barrios de Madrid que explora los espacios limítrofes e indefinidos. En 2010 fue incluida en la lista de los 22 mejores narradores en lengua española menores de treinta y cinco años de la prestigiosa revista *Granta*. En 2013 fue elegida una de las voces españolas con mayor futuro por la revista *El Cultural*.